

PERIOLIBROS



NÉLIDA PIÑON

LA FUERZA DEL DESTINO

Traducción:
Mario Merlino
Ilustraciones:
José Díaz

Página/12



Este *Periolibro*
llega a millones de lectores
en toda Iberoamérica
a través de 25 reconocidos periódicos,
gracias al auspicio de:

BANCO INTERAMERICANO
DE DESARROLLO

◆

FUNDACIÓN DE INVESTIGACIONES SOCIALES A.C.

◆

IBERIA

◆

BANCO SANTANDER

◆

FUNDAÇÃO ROBERTO MARINHO

◆

BACARDÍ Y CÍA. S.A. DE C.V.

◆

UNESCO
y FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
agradecen el respaldo a este gran proyecto
de integración iberoamericana

NÉLIDA PIÑON

(Río de Janeiro, 1937)

Una de las más importantes escritoras brasileñas contemporáneas, es autora de una decena de libros donde la renovación formal se une a la exploración ética y mítica de la vida de las mujeres y los hombres de su patria. Nélida Piñon se dio a conocer en 1961 con *Guía-mapa de Gabriel Arcángel*. Desde entonces se ha ido afirmando con cada nueva obra como una figura central de las letras iberoamericanas. Ratifica ese sitio la concesión del Premio Juan Rulfo de Literatura Latinoamericana y del Caribe en 1995, galardón que por primera vez se concede a una mujer y a la lengua portuguesa. Junto con *Fundador, Tebas de mi corazón, Dulce canción de Caetana,* y *La República de los sueños, La fuerza del destino,* que hoy presentamos, es una de las novelas de Nélida Piñon traducidas al español. Esta singular narración es una inolvidable variante del drama romántico del mismo nombre que escribiera el Duque de Rivas y que Verdi llevó a la ópera. Su singularidad estriba, entre otras cosas, en la eficacia y velocidad con que varía el punto de vista, y en la introducción de la narradora como personaje de la misma. La pérdida de la honra femenina en las condiciones de una sociedad cerrada es transfigurada por Nélida Piñon en una pieza moderna, preñada de resonancias míticas, musicales, operísticas y que, sin dejar de imprimir una atrevida y dulce memoria, es también una interpretación en el sentido más noble y poderoso de la palabra.

JOSÉ DÍAZ

El pintor español nacido en Campo de Criptana en 1930, se marchó desde muy joven a París donde fue finalista en la Bienal Internacional de 1961 y en la de 1965. A partir de un primer periodo abstracto y de constantes búsquedas formales, José Díaz se ha consagrado como uno de los pintores más versátiles de su generación. Además de cultivar el paisaje como preocupación estética y técnica, ha realizado incursiones experimentales que gravitan en torno al mundo imaginario del Siglo de Oro español y al universo, hispánico entre todos, de la tauromaquia. La fuerza del destino ha querido que este extraordinario artista colabore con *Periolibros* en la ilustración de la tradición novelada por la gran escritora brasileña.



Al poner el libro, convertido en un suplemento de diario ("El Periolibro"), en manos de sus lectores, gracias a la inestimable participación de una red de prestigiosos diarios de Iberoamérica, la UNESCO y el Fondo de Cultura Económica, en cumplimiento de sus objetivos, dan un paso importante en beneficio de la integración cultural iberoamericana. De esta manera, grandes escritores iberoamericanos del siglo veinte, ilustrados por no menos importantes artistas del mismo espacio geográfico y cultural, llegan a millones de hogares al costo de un periódico. Nuestro agradecimiento a todas las personas e instituciones que han hecho posible tan noble esfuerzo.

Federico Mayor
Director General, UNESCO

Miguel de la Madrid
Director General, Fondo de Cultura Económica

Consejo Asesor
Jorge Amado, Alfredo Bryce Echenique, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Augusto Monterroso, Fernando Savater

Dirección Colegiada
Germán Carnero Roqué, Director de la UNESCO en México / **Adolfo Castañón,** Gerente Editorial, Fondo de Cultura Económica

Coordinador General **Manuel Scorza Hoyle**
Asesor Editorial **Alí Chumacero** / *Coordinadora Editorial* **Gabriela Vallejo**

Asesoría Técnica **Manuel Manrique Castro**
Diseño **Vicente Rojo, Rafael López Castro** / *Formación* **Alejandro Valles**
Supervisión **Ma. Ángela González, Manuel Nava Labastida**
Postproducción **Carlos Castañeda**

Diarios Asociados

Página/12, Argentina; **Presencia,** Bolivia; **O Globo,** Brasil; **Sport & Show,** Canadá; **La Nación,** Chile; **El Espectador,** Colombia; **La Nación,** Costa Rica; **Juventud Rebelde,** Cuba; **Hoy,** Ecuador; **La Prensa Gráfica,** El Salvador; **ABC,** España; **Vista,** Estados Unidos; **Siglo Veintiuno,** Guatemala; **La Prensa,** Honduras; **Aurora,** Israel; **Organización Editorial Mexicana,** México; **La Prensa,** Nicaragua; **La Estrella de Panamá,** Panamá; **Hoy,** Paraguay; **Diário de Notícias,** Portugal; **Diálogo,** Puerto Rico; **Listín Diario,** República Dominicana; **La República,** Uruguay; **El Nacional,** Venezuela.
PERIOLIBROS: APARTADO POSTAL 105-133, COL. ANZURES, C.P. 11591, MÉXICO, D.F.

La traducción al español de la presente obra fue publicada con el permiso de Editorial BARCANOVA, Barcelona. Publicada originalmente en Ediciones VERSAL, S.A., Barcelona, 1978.

PERIOLIBRO No. 38
Periolibros es producido y está registrado en la ciudad de México / Impreso en Argentina / Noviembre de 1995

LA FUERZA DEL DESTINO

La fuga se fue planificando minuciosamente. Álvaro le pedía a Leonora que no olvidase los detalles apuntados en la lista de la ropa. Lo importante es que tu padre no se entere, la nobleza es siempre avispada y persuasiva. Ambos sabían que el viejo noble se oponía a aquella unión. Leonora, además del amor de Álvaro, tenía a su favor la lealtad de Curra, la criada, que la acompañaba en la fuga. Nunca despediría a esa mujer, que todas las mañanas le llevaba la jofaina con agua caliente y los baños se demoraban durante largos minutos.

La sangre de los dos se calentaba tanto con el paso de las horas, hasta un te podrían haberse preparado con su vapor, que fijaron el encuentro para la medianoche. Antes de esa hora no habrían contado con el auxilio de la luna. Y si lo dejamos para mañana martes, dijo Leonora.

Mañana nos enfrentaremos con los mismos problemas, sin contar con los males del amor, acotaba Álvaro para sacarla de dudas. De otro modo, no nos uniremos. ¿Y si nos amamos en pleno jardín, Álvaro, como la dulce plebe? Por favor, Leonora no seas pesada. ¿Cómo voy a hacerte mi mujer si no abandonamos al menos las propiedades de tu padre? No creerás que voy a follar bajo el poder de tu casa invencible.

El mancebo tenía grabadas las dificultades en el rostro, hasta que Leonora finalmente le dio la razón. Vale, Álvaro, en estos tiempos de hace dos siglos, la mujer no puede hacer otra cosa que oponerse a la voluntad paterna escapándose con el novio. Pero ¿cómo será más tarde, en el tiempo de la miseria?

Curra era previsora. Nació sabiendo que sería criada de Leonora, antes incluso de que ella naciese. Sólo le faltó llamar a la puerta del vientre de la marquesa de Calatrava para adelantar el nacimiento de quien habría de recibir, en la pila bautismal, el nombre de Leonora. Tenía muchas ganas de ejercer sus funciones, sobre todo de rociar con perfume los pañuelos de seda.

Y, al tanto de la fuga, mucho meditó sobre sus deberes. Si debía denunciar a Álvaro a los esbirros del marqués o, por propia iniciativa, pinchar las nalgas de Leonora con un veneno que, inmovilizándole las piernas, le impidiese acudir al silbido del amante a la puerta.

Durante noches enteras recorrió los pasillos del palacio intentando saber qué destino sería mejor para Leonora. Pero en vista de que Leonora amaba a Álvaro, y Álvaro no era bien visto por el marqués, decidió que mejor sería seguirlos, antes que quedarse en el palacio como uno más de esos muebles raros que los herederos se repartirían apenas muriese el marqués. Se ocupó de reunir en un hato las mejores joyas de la familia. Le llevó una tarde hacer la selección. Sus ojos, como los de un joyero, le decían rápidamente el valor de cada una de ellas en el mercado de Amsterdam, en el supuesto caso de que fuesen a parar allí.



Álvaro se sintió inglés, no por la ropa, sino porque miró el reloj y comprobó que eran las doce de la noche en punto. Tuvo que esperar a Leonora treinta minutos más. Y cuando ella llegó fingiendo que corría nerviosa, no encontraba la llave que le indicase la felicidad, perdieron mucho tiempo en promesas, él musitaba amor, ella ponderaba el miedo, en vez de salvarse por los pies.

¿Qué será de mi honra, Álvaro? Qué honra, Leonora, casándote conmigo automáticamente recuperas la honra perdida en la fuga. Es cuestión de horas. Leonora lo abrazaba gimiente, no será fácil, no sabes lo que es la virginidad de una mujer, es un castillo con puente levadizo, sólo se levanta con la venia del rey. Y qué, más difícil será si nos quedamos aquí, los lamentos sólo hacen que crezcan las aguas del río, se desborden y ¿quién saldrá ganando con tales aspavientos? Pero Álvaro, escucha, dar el primer paso para dejar de ser doncella es siempre doloroso, es como clavar la daga en el pecho autoritario y bondadoso de mi padre.

Los padres siempre perdonan, amada mía, la tradición impone recibir a los nietos de vuelta a casa. Lo dudo, Álvaro, nuestra casa es orgullosa, aunque ahora esté lejos de los escalones del trono. Hasta las tejas se hicieron aquí por encargo, figuran en el catálogo de la Sotheby's. Nadie tira por la ventana una tradición tan antigua, que permite una larga crónica. No olvides que yo seré la primera en una dinastía que cometa este acto insensato. Por favor, Leonora, después me cuentas tu historia familiar, que mucha falta me hace conocer en detalle una genealogía así, uno la arranca del árbol y se la come como manzanas sabrosas. Tu historia sólo me traerá prestigio y medallas, pero ahora no tenemos tiempo. No ves el ruido que hacemos andando de aquí para allá, estas cruces en la tierra pisada pueden indicar muy bien las veces que pasamos por el mismo sitio. No sé cómo tu padre, con la fama de cazador de lobos que tiene, no ha aparecido todavía.

¿Así que no lo sabes? Porque está escrito que mi padre no vendrá a impedir nuestra fuga. No lo creo, Leonora, es muy capaz de aparecer sólo para darle continuidad a nuestra historia. Y qué historia, si nuestro guión justamente prescribe la fuga, silenciosa y moderada, con los ingredientes de un futuro feliz. ¿Qué gracia tendría que mi padre nos sorprendiese?

Atiéndeme, Leonora, si el viejo

no aparece, ¿cómo llevaremos nuestra historia adelante? ¿De qué material dispondrá Nélida para registrar nuestras vidas en sus anales? Admite, por favor, que no somos tan interesantes, lo que la vida nos quitó no ha servido para perfeccionarnos. Al fin y al cabo, no somos los primeros en oponernos a la decisión de los padres y, mientras no llegue la emancipación femenina, no seremos los últimos en huir. Y no será Nélida, perra vieja (hay que esperar para ver qué es una perra vieja/ridícula, expresión que se va a usar dentro de doscientos años, ¿no sabes que la lengua está unida a la moda, equivalente a una falda, una gorra, un abanico, el modelo de un carruaje?), quien se preocupe de nosotros, salvo, claro está, que le cedamos diariamente material de ingenio, para elaborar azúcar y tartas arquitectónicas.

Iré adonde me ordenes, Álvaro. Entre nosotros, Leonora, por qué estás peinándote ahora, a una hora tan precaria, guiñando los ojos, probándote las pestañas postizas, como si estuvieses posando para un retrato. Anda, confiesa, ingrata: ¿a quién le has dicho esas palabras? ¿A mí, a tu futuro amante, o a Nélida, a la que no conoces y sólo ahora has llegado a saber que está entre nosotros, disfrutando de nuestra compañía? ¿Por qué desconfías de mí, amado futuro amante? ¿No tienes cuerpo de sobra para provocar las fantasías de una doncella como yo, de origen noble, claro, pero ante todo una mujer? ¿Cuál es, Leonora, qué ritmo de la frase quieres alcanzar con tu voz de contralto? ¿Piensas que no sé que buscas atraer la mirada de quien quiere ser leída y suspira por la posteridad? Ah, querido, yo que te creía tan instruido, capaz de poner en nuestro lecho, además del ardor, algunas artes universitarias. Has de saber que, según los cultivados cánones de Salamanca, la tonalidad melodramática es la que mejor se ajusta a los sentimientos líricos. Está bien, mujer, voy a fingir que te exhibes para mí y no para Nélida la cronista.

Perdonadme, lectores, si mi nombre adquiere relevancia en la discusión ahora presente. Puedo asegurar que no había autorizado a Álvaro a denunciar una presencia que fatalmente provocaría roces y recelos. No llegué tampoco a prohibirle que me nombrase. Sólo pensé que, perdido Álvaro por tanto amor, llegaría a olvidarme. Ahora veo cuánto me equivoqué. No obstante, si no estaba seguro del amor de Leonora, hasta el punto de pensar que ella ya no sería la misma después de esta revelación, ¿por qué no guardó el secreto, o atenuó mi presencia con una tremenda descripción de mi rostro, de mis gestos, despojándome de cualquier residuo de nobleza?

Apenas conozco a este oficial español, nos presentaron casualmente. No me figuraba entonces que el garboso soldado llegaría a nutrirme con una historia de fácil locomoción, que pudiese trasladar al presente. No fui blanda con él cuando nos conocimos. Es verdad que le sonreí algunas veces, pero presintiendo cuántas leguas y cuánto polvo me haría atravesar a su zaga, le advertí que sería una sombra implacable, no admitiría barreras entre nosotros. Echase donde echase el cuerpo, aun en la intimidad de un catre, yo iría detrás, y no le valdría de nada disfrazarse. Y esta cacería permanente se extendía también a su amada. Pues él ya me había confiado sus planes secretos. Pensaba huir con Leonora al cabo del tercer día.

Álvaro vaciló en cederme sus bienes. Al mismo tiempo, temía perderme. La verdad es que el español tenía pretensiones literarias, aunque no sabía cómo servirse de las palabras, unirlas y darle forma a un conjunto que nunca hiciese agua. Y sólo en nombre de esta vocación le pareció natural participar en una historia que estaba aún por realizarse.

Y a todo esto, ¿sabes, Nélida, contar una historia? Su mayor preocupación era que inventase yo un espacio donde él no estuviese incluido. O que lo describiese de modo que ni siquiera lo reconociesen los vecinos. Álvaro quería un retrato vivo, penetrante y, sobre todo, moral. Temí prometerle la gloria, el espíritu de los anales romanos. Cuando yo sólo utilizaba un modesto instrumento que, afilándolo en la piedra, muchas veces me había querido, mi cuerpo era ahora un rico mapa. Le prometí que él sería el marinero principal en un barco cuyo modelo variase según el volumen de las aguas. Pero también le dije: no le cuentes a Leonora que os estoy siguiendo, seré una piel con una temperatura igual a la vuestra. Cualquier fiebre de tu amada habrá de quemarme a mí también.

Álvaro enrojeció. Era un juego peligroso. Bastaba hacer una señal con la cabeza para que yo sorprendiese a su sevillana haciendo el amor a cualquier hora del día. Distribuyendo fulguraciones en la carne segura de trascender, la de Álvaro y, en consecuencia, la mía también. Desde aquel momento, ningún gesto de la mujer, deformándola o iluminándola, merecería mi descuido, pues se destinaba sólo a Álvaro. Rozando su hombro yo le recordaría al hombre que estaba presente, que estaba allí exigiendo mi parte. Cuando Leonora cerrase los ojos, queriendo decir sufro así de pudor, de esta delicadeza de velo, y quién me llevará de nuevo a la lujuria, también estaría yo allí para poner a prueba su placer, con una sola exclamación que interrumpiese la subida prodigiosa de su arrebato.

Ay, Álvaro, ¿tienes alguna idea de lo que va a significar este reparto? ¿Has sufrido ya de celos, te has puesto los dedos ardientes en la nariz para librarlos de la aflicción? Nada parecía consolarlo. La modesta gloria le llegaba gracias a los acuerdos hechos con una extraña que requería a su amada. Una cronista que no le pedía permiso para integrarse en el cuerpo de Leonora y que incluso podía amarla cada vez que él la besase. Me di cuenta de su sufrimiento. Pero no podía ayudarlo, proponerle el abandono del proyecto. Le correspondía elegir entre la soledad con Leonora y mi historia dando testimonio de ese amor.

Únicamente mis manos los harían ingresar en la lengua portuguesa, que, como le expliqué a Álvaro, es un feudo fuerte y lírico al mismo tiempo. Un barco que hasta hoy cruza generoso el Atlántico, ora consolando a Portugal, ora perturbando a Brasil. Y porque esta lengua tiene vocación marítima, entiende bien los improperios del viento y más que cualquier otra deja que la arrastren las emociones. Los ayes y los llantos tanto la seducen que esta lengua busca las vías férreas para medir de cerca la intensidad de las penas que sólo ganarán cuerpo y expresión a través de sus recursos. Y porque se enorgullece de lo que es humano, esta lengua portuguesa, de rostro y sexo ardientes, es capaz de saber, sólo por el pitido del tren, si el miércoles es el día en que la usan los amantes cuando quieren perderse para siempre. Y como está en todas partes, es privilegio suyo probar la saliva de cualquier beso, sentir la densidad de su mal. Pues cuanto más salado es el beso, más fácilmente encontrarán salida por los poros, con los ojos desorbitados, las desesperadas palabras de su patrimonio.

A estas horas, como a propósito, la lengua estimula los lamentos africanos, que se le incorporaron en los últimos quinientos años brasileños. Con ellos ganó fuerza y fervor. Se hizo lengua morena. Tal vez por eso se conmueva con tanta facilidad, y se solidarice mucho más con un cuerpo en pedazos que con quien sale altivo en el embate amoroso. La lengua portuguesa se ha vuelto plañidera, de índole excesiva, y desea que usen veinte de sus vocablos, cuando sólo tres acaso expresen parte de sus sentimientos.

De ahí que esta lengua necesite que sus amantes se excedan, que imaginen el corazón incapaz de un nuevo afecto. Es a estas horas cuando la lengua, ante tan grave amenaza, adquiere dimensiones insospechadas. Se vale de la pluma de Camoes, Cecília, Machado, Clarice, sólo para no morirse. Quiere que la usen incluso para los sentimientos menos nobles. No le habléis jamás de economía, ni se os ocurra inculcarle sobriedad, pues sería como atarla con cuerdas a las camas secas de un cuarto de hotel con luz de neón, para que no se escuchen sus lamentos.

Esta lengua portuguesa, Álvaro, quiere hacerse oír para siempre. De cada palabra exige usos y goces nuevos. Sin importarle la parte del cuerpo a la que renunciamos para preservarla. Ah, Leonora, gracias a mis manos, y sólo a ellas, esta lengua recogerá actos, palabras, acciones, para devolverlos medidos y depurados. Gracias también a mis manos, Álvaro, entrarán definitivamente en una lengua que, al registrar la vida, acaba liquidando la inocencia para siempre.

Álvaro aceptó tal fortuna. Me miró fijo, pidió que lo esperase en el hotel. Sólo dos días, Nélida. Transcurrido ese plazo, seremos tuyos. Si dispongo de Leonora, es porque el amor es nuestro, común a nosotros dos. Cuando volvió a verme, había vendido su historia. Sin plazo y dejándome libre para crearla a mi antojo. No me impuso condiciones. Siendo así, no veo por qué me acusa de ser irrespetuosa con la vida ajena, sin tener en cuenta sus propias razones.

Álvaro se olvidó del precio que pagó para prestar continuamente atención a la mesa vecina, con esos comensales que se dedican a beber despreocupados, mientras yo nunca puedo ser joven. No tengo autoridad para olvidar el texto, cuya página blanca es un cazador que dispara dos puñales al mismo tiempo. Uno hiere por la agresividad, otro se acobarda por la ausencia de animales que abatir.

Se olvida también de que ninguna palabra me llega sin conocer antes el cautiverio, de que sólo la libero para convertirla en un elemento de contradicción y despecho verbal. Obligada a una avidez que no me da respiro y me envejece ochenta años a las tres de la mañana. Como si yo fuese una cisterna donde flotan frases y cloro que rescato diariamente del naufragio.

Aunque robustos, Álvaro y Leonora no soportan la inquietud de los minutos que les quedan aún por superar. Les sorprendo una mirada que me emborracha de sudor, vinagre, y el ímpetu de interpretar el amor. De nada sirve que me haga cargo de ellos, que les altere los rumbos, que les demuestre que mañana será sábado de gloria y no un jueves de un mes inconstante y vencido. Quiero respetar la ansiedad de estos protagonistas, no puedo construirles una nueva casa, ni un país ni otro sistema lingüístico, sólo en nombre del sentimiento que ambos pretenden añadir a mi arsenal de palabras y de afectos.

A Álvaro le resulta difícil creer que también contemplo la vida resistiéndome a zambullirme en sus aguas profundas. Me imagina únicamente capaz de corroer costumbres al servicio de mi ambición. No obstante, me pide lo imposible. Quiere su nombre acuñado en monedas, en especial una que le enriquezca la memoria con frutos del mar y de la tierra. Aspira a que lo glorifique, para escapar al compromiso de elegir su propia historia. Piensa que mi historia supera en mucho la que él tendría fuerzas para enfrentar. Cuenta con mi astucia y deliberada vocación para fragmentar su vida cotidiana. Y sólo por eso me obliga a inventarle la fábula, el mito, el relato, la narración, los huesos de repuesto para su tibia.

Ah, Álvaro, la vanidad no te deja ver tu propia vida modesta en estrellas, una urbe de surcos y afectos trazada sin grandeza. La verdad es que si yo no intentase aquí subvertir tus normas, tu lucha se habría resumido en la conquista de un matrimonio sólido, una prole legítima, y un futuro donde hubiese veranos dignos de júbilo mientras los días en el lecho fuesen ardientes. Seguramente participarías en las campañas emprendidas por el rey. Te darían la ilusión de la fortuna y de la juventud. En cuanto a Leonora, poco le pedirías. Pelando ella patatas para la sopa, ambos esperaríais la fortuna de su padre, en la lejana Sevilla.

Tal vez me prefieras fiel a esas historias cuyo sentido de lo real coincide con las tajadas de una realidad uniforme, de modo que me sea fácil seguirlas. Pero de qué me servirían estas vidas sólidas, con tejado y vigas maestras, que sólo se dejan retocar por encima y jamás se modifican. Encargadas de obedecer y de cosechar, impiden cualquier transgresión. Estás muy engañado, Álvaro. No pretendo atarme a colegas insulsos, de esos que tienen el calendario con fiestas previstas desde el nacimiento hasta el cortejo de la muerte.

¿Sabes acaso que me seducen las intrigas celtas, porque con ellas simulo aprovisionarme para los meses de escasa convivencia y, para colmo, lluviosos? No me preguntes qué es celta, o por qué los he nombrado aquí. Verdi

quiso cubriros de música, sangre y *marshmallow*, por las salas del mundo, porque amaba a quien nacía en Sevilla. Yo, no obstante, ignoro por qué os he elegido como compañero de narración. ¿Por haberos sentido el olor y el arrebato? Pero ¿basta con el simple latir del corazón? Tu Sevilla sí que me seduce. Las naves saliendo de allí directas para América. Pero ¿y vosotros? ¿Estaré viajando a través de vosotros por el interior de una tierra que me promete sólo ilustres muertos?

No creo que Leonora y Álvaro me hagan declaraciones completas. ¿Y qué importancia tendría, en definitiva, si jamás he defendido el texto verosímil? La vida se falsea con una sola palabra o mirada que, yendo hacia Pedro, recoge Juan pensando que es suya. Todo se puede enmendar o corregir con una sintaxis nueva. Por una simple distracción, tomo la encrucijada que sólo conviene a lo imaginario popular, nunca a mi destino individual. Soy tan incrédula frente a los hechos que se consideran reales por una prolija imitación de la realidad, que me dedico a adornar el bagaje terrestre con variantes que van desde los depósitos de semillas, estiércol, arado, un par de vacas, hasta la búsqueda de perlas, el descenso a las minas, la herida en los sentimientos profundos, agua por todos lados.

No sé si Álvaro o Leonora se dejan realmente alcanzar por la compasión humana, el árbol más frondoso. O si la vida para ellos será siempre excesiva y quieren vivirla moderadamente. ¿Qué derecho tengo, pues, de despertarlos al futuro, imponerles formas y movimientos inéditos? ¿Y qué haré cuando prescindan de mi complicidad y solos se dicten normas y afectos? ¿Estaré incluso preparada para construir y derribar héroes, desatar pasiones, insuflar sospechas, evitando poner mi vida sobre la mesa, para que se declaren en mi contra o a mi favor?

¿Exige Álvaro mi presencia porque arrastro un misterio vendido a precio de mercado, y escribir para mí es acto sin precio, por lo cual tengo un valor envilecido? Un poco más cerca y podría besar a Álvaro y Leonora. Con saliva y agonía podría disolver la representación de este amor. Ellos dicen amarse, no me precisan para la amargura de este sentimiento. Tengo que seguirlos como he seguido a otros durante años. Pidiendo disculpas, proclamando la independencia, pero sin prescindir de una sangre con la propiedad de envenenarme a lo largo de una larga dinastía.

Palpo la vida. Al auscultar su ruidosa exuberancia, aprendí que nada exige mi presencia. Únicamente mi cuerpo narrador se adapta a sus propias funciones, y teje una respiración ajustada a un sistema aéreo mediante el cual compongo notas musicales y espasmos. Sólo el sol es indispensable. Cuando oscurece y en la caverna de la tierra las carnes humanas surgen en el sueño con un crédulo asombro.

Por favor, Leonora, sé discreta. Cuántas veces te he dicho que no hagas locuras, que sólo podremos follar lejos de la casa de tu padre. A pesar de ser militar, he aprendido el valor de las palabras y de los actos, ambos son recursos peligrosos, siguen caminos que contradicen nuestra voluntad o hieren intereses del prójimo. Modérate, especialmente porque tenemos visita. ¿No has visto cómo hasta el polvo acumulado nos tiene en cuenta? ¿Qué dirá de nuestros corazones, sanguíneos y jóvenes?

Disfruta de nuestra compañía con un placer que llega a avergonzarme. Esta mujer no se resiste a la carne humana y a los platos calientes. ¿Te has fijado en su comportamiento en la mesa, elogiando los méritos de la comida? Deja de mirarla con esa expresión de languidez, pretendiendo cautivarla, con ganas, ya lo sé, de entrar en un texto cutre que cualquier publicación brasileña, del otro lado del Atlántico, estaría dispuesta a editar. No olvides, amada, que a pesar de Verdi y su verismo, nuestra historia es de origen español, lo que quiere decir que mantendremos la dignidad a toda costa. El ultraje es peor que la tragedia.

Está bien, Álvaro, te obedezco y me someto como suelen hacerlo en esta época las mujeres de mi nación. Pero no sé si evitaré mirar a Nélida. Y no es porque me encante, sino porque escribe. Asegura al futuro que existió el día cinco de diciembre y no hay quien dude de su palabra. Y tú ¿por qué la pusiste tan cerca de mí? Sabes bien que siempre he sido curiosa, jugaba a las muñecas hasta mutilarlas. Cuántas veces les he dejado sólo el tronco, descascaradas, sin brazos, sin pies ni cabeza. De nada servía que Carlos, mi hermano, les volviese a poner los brazos, nunca eran los originales. Antes de irnos, sin embargo, quiero despedirme de mi padre, aunque sea a una distancia de cincuenta metros.

No, Leonora. Cómo vas a despedirte del viejo, que me odia y no permitió que yo superase todas las pruebas olímpicas para merecerte. Va a oír esos pasos tuyos de libélula que arrastran, no obstante, botas de piel, la piel de un animal sacrificado en la arena de Sevilla. No des un paso tan infortunado, te lo ordeno.

Nunca, Álvaro. Jamás dejaré de hacer la historia que esperan de mí. Yo también sé puntuar las frases.

Está bien, Leonora, como yo soy ambicioso, irás. Pero yo te seguiré de cerca. Sin mi compañía, tú no haces la historia. No habría tragedia si tu padre te encontrase sola.

Nélida se pondrá contenta, ¿no te parece, amor?

¿Por qué te preocupa tanto esa mujer?

Ah, porque hace mucho soñé que ella invadía mi futuro, y todo para justificar el presente que los dos estamos formando con cascos de vidrio.

Qué costumbre tienes de leer historietas, Leonora.

¿Qué es eso que las ferias de Sevilla jamás me han vendido, aunque Curra sea tan curiosa y revuelva en todos los puestos?

Es el folletín de hoy.

Ah, amado Álvaro, cómo te quiero. Me emociona el conocimiento que tienes de la vida hasta el punto de anticipar sus formas venideras. ¿Será acaso producto de la inexperiencia? ¿O porque el bigote alcanza en ti una dimensión descomunal?

No lo creo, aunque el bigote tupido indique una visible supremacía del hombre sobre la mujer. No es al tuntún como Dios nos distinguió con esta prueba de inteligencia. Démonos prisa, de todos modos. Nélida acaba de susurrarme que me conviene adoptar la vida que está organizando para mí antes de conformarme con la vida que a ti te cuesta dejarme vivir.

Qué difícil eres, Álvaro. ¿Por qué te entiendo siempre después de los hechos y nunca antes de la memoria?

Porque tu padre me odia y lo que brota de mí te está vedado. Menos, claro está, el cuerpo que te poseerá después de las tres de la mañana, muy lejos de aquí. Pregúntale a Nélida lo que pasará si no salimos en menos de un minuto.

Y qué ha de ocurrir querida Nélida, que el hermoso rostro de mi Álvaro se ha puesto sombrío, y aunque lo acaricie así, lo bese así, él traga saliva, esconde la lengua que quiero arrancarle con mis dientes, simulando la tristeza de quien me ha perdido para siempre.

Se trata de una joven obstinada, aunque muy guapa. Presiento que no me dejará en paz. Exige que la atiendan, que le lleven agua, jabón, café, a cualquier hora del día. Pero si me quiere confundir con las costumbres de su país, está muy engañada. Yo vengo de una democracia donde ante la ley todos son rigurosamente iguales. No hay ricos ni pobres, de ahí mi gran optimismo. Con qué orgullo podría comunicarle a Leonora, aunque me arrepienta más tarde, que no hay en absoluto un país como el mío. Ni siquiera barriendo el universo con una escoba inmensa. Pero no quiero humillarla, la vida le reserva ya tantas adversidades. Y además la culpa es mía. Quién le mandó pasearse distraída por la tierra. Elegir Sevilla como lugar de reposo.

He venido aquí en busca de las buganvillas, aunque me corregirá João Cabral afirmando que no existen en la ciudad de su corazón. Le pido disculpas, lejos de mí lastimar al poeta que, aparte de dominar el nordeste, también se apropió de aquel rincón andaluz. Serán sin duda otros árboles, de nombre difícil para quien como yo apenas sabe bautizar lo que me parece despojado y deshabitado por la palabra. Nombrar, Poeta, es el arte en el que debe destacar el escritor. En caso contrario, sólo le toca el camino trillado de repetir palabras condenadas por el uso.

Por su prestigio, no había quien no lo visitase en Sevilla. A fin de cuentas, el marqués de Calatrava, padre de Leonora, era propietario de casi todas las naranjas amargas y de los toros dinásticos de Minos. A quien yo le iba a hablar cuando, de repente, sorprendí a Álvaro en el portal, consultando el reloj de bolsillo. Curra le hacía señas para que se acercase, no había peligro a la vista. Pero que no se excediese con el caballo, siempre exigente y receloso. Ella ejercía con gran naturalidad el poder que la casa le otorgaba. Más se parecía a la marquesa difunta que a una moza de cámara. Tal vez por su afición a las narraciones militares, muchas de las cuales sabía de memoria. Los resul-

tados de una campaña desastrosa, por ejemplo, los discutía durante meses, hasta sustituirlos por un triunfo inesperado. Los avances españoles por toda Europa la bañaban en lágrimas. Si hubiese sido hombre, aun contraviniendo las órdenes del marqués, estaría sirviendo al rey, por más modesta que fuese su patente. A Leonora le criticaba la ingenuidad y el permanente atraso. Aun cuando su vida estaba en juego. Si hubiese sido por ella, le habría dado una educación más severa, de modo que las arrugas no le sorprendiesen nunca el rostro. La quería joven y lozana.

Leonora, no obstante, aspiraba a ascender en la jerarquía oligárquica. ¿Por qué ser una simple marquesa, cuando en torno también había duquesas? Pero el corazón la había traicionado. Álvaro la encontró vulnerable al amor, y se declararon. Leonora me admitió a su lado, para que registrase la fuga. Permitió que le llenase la conciencia con detalles concretos, como parte de su orgullo. Su amor se dejaba desgarrar sensiblemente, atraído por la vida.

Tal vez no del todo así. Estoy inventando una Leonora con unos rasgos que ella misma no reconoce en el espejo. Os advierto, sin embargo, que no soy tan responsable de lo que ha de ocurrir en este patio andaluz. Sobre todo si Álvaro no se lleva a Leonora a rastras y la sujeta con cuerdas a la grupa del caballo. No puede prevenir a Leonora de los peligros. Ella es quien debe vivirlos y purgarlos. Quién sabe si la fatalidad no será su rendición.

En cuanto a mí, estoy ligada a una historia que, limitada a un hablar andaluz y al sentimiento correspondiente, me proyecta a una época en que la pasión prevalece, revestida casi siempre de nobleza, y no tenía honra quien la vendía, sino quien la compraba. ¿Valdrá la pena, pues, rescatar a Leonora de tales valores, para aportarle otros igualmente merecedores del exilio? Por favor, joven doncella, disípate ya mismo en la lujuria, folla con este huraño caballero, y hagámonos a la idea de que aún no nos han presentado. Yo nunca conseguiría mitigar tu hambre sevillana, que desde la cuna aspira los aromas del Guadalquivir.

De prisa, Leonora, el motor del caballo está conectado. Sus ancas ya trabajan con furia, en el plano ideal. (Y mi padre que no viene, Nélida ¿qué es lo que hago? Sigue adelante, si la tragedia no se desata ahora, ya la provocaremos más tarde. Aún contamos con el futuro a nuestro favor. Deja mensajes por el camino, que los pájaros no reparan en ellos. Ya habrá tiempo de alcanzarte después de la noche de bodas. Será incluso más emocionante. Sigue a Álvaro ahora. No puedo, Nélida. ¿Y por qué no? Mi destino sólo se engrandecerá si no me convierto en su mujer. La tragedia debe abatirse sobre nosotros antes de que el gran amor se gaste.) Tu pequeño hato está aquí, y bien pesado que es, gracias a Dios. A duras penas me contengo por saber qué llevas ahí dentro, espero que sea parte de tu patrimonio, Leonora. Bien, hasta los *traveller's checks* ya están en mi bolsillo, sólo falta ponerse en camino. ¿Qué ruido es ése? ¿Quién se atreve a interrumpir nuestro idilio? ¿Quién será, Leonora?

(Está claro que es mi padre, tonto. Parece que no sabes descifrar una carta militar, con sus sobresaltos y enigmas conocidos. Menudo pretendiente me ha tocado.) No lo sé, amado. Cómo identificar los ruidos de la noche, si son todos iguales y están allí para perturbarnos. Quizá sea un grillo que tiene la pila gastada, o una rama quebrada de la dama de la tierra. ¿Por qué pensar justamente en lo peor cuando todo favorece nuestra fuga, queremos de corazón volvernos marido y mujer, que fue nuestro sueño desde que tú viniste de las Indias, de pequeña familia noble, española, sí, pero más modesta que la mía, de tal modo que no puedo compartir así los sueños de grandeza del marqués de Calatrava, mi augusto padre, y pensándolo bien, cómo puedo unirme a un hombre de clase social inferior? Al principio incluso será bueno, follaremos mucho, el amor siempre nivela, ¿quién puede medir las consecuencias del deseo? Pero qué nombres tendrán mis hijos si mi padre no permite que les dé su ilustre apellido y sólo les quedará así el de tu linaje, que es tan escaso, en eso estarás de acuerdo, ¡oh, Álvaro! ¡Vámonos de prisa antes de que llegue mi padre! Vamos, que mi padre ya ha llegado. Oh, padre, ¿qué está haciendo aquí a esta hora? ¿No debería estar en la cama?

Buenas noches, marqués, ¿cómo está?

¿Qué haces aquí a esta hora, ladrón de la honra ajena?

¡Yo ladrón de la honra ajena! Por favor, marqués, nunca he pretendido alterar la paz de su casa, que, por otra parte, tanto aprecio me merece. Toda Sevilla lo tiene en la más alta estima. Sólo pasaba por aquí, hacía la digestión de una opípara cena, con más de dieciocho fuentes en la mesa. Oí voces cantando, pensé quién está en Sevilla festejando la primavera, que es la estación que más me gusta. Estacioné junto al muro el caballo, que es animal obediente, basta que lo toque con la espuela, me lee los pensamientos, y de un solo salto me vi dentro de sus tierras, marqués, por saber si me necesitaban para seguir celebrando la vida. Supongo que ya sabe Su Señoría cómo somos los andaluces. Volubles, pletóricos y sembradores de sueños. Espero no haberlo aburrido. Bien, estaba a punto de marcharme, señor marqués. Le presento mis respetos y, con su permiso, mi homenaje a doña Leonora.

¿A dónde crees que vas, vagabundo carioca?

¿Yo vagabundo? Se equivoca, señor marqués. Pertenezco a la Armada Invencible o, mejor dicho, a lo que quedó de ella en los puertos de nuestro litoral. La suerte me impuso ser militar, de modesta estirpe, es verdad, pero digno y muy capaz de llegar a general, con tal de que se declaren cinco guerras seguidas. Mi futuro depende de la ambición y de la susceptibilidad del rey. Pero confío en que nuestro soberano no habrá de dormirse ni aceptar insultos sin lanzar una respuesta inmediata. (Por favor, Nélida, corta ya esta verborrea, ya no puedo seguir ablandando al viejo. Parece irreductible. Ni siquiera pestañea. Yo diría que apenas respira. Todo indica que llegaremos a las manos. Y yo estoy en otra cosa. No quiero peleas, sólo quiero a la chica, lo que no es mucho pedir. Deja a Verdi de lado y sálvame, de prisa.)

Como estábamos diciendo, señor marqués de Calatrava.

No decíamos nada, vagabundo carioca.

Si supiese al menos lo que es ser carioca en Sevilla.

(Yo no sé tampoco qué es ser carioca en Río de Janeiro. No puedo ayudarte, Álvaro. ¿No ves que estoy ocupada con el magnetófono? Bueno, es un aparato que graba hasta la respiración, por eso quedan en él las palabras pronunciadas, sólo escapan de momento las que pensamos. Y cuando la memoria falla, sólo él prueba dónde hemos estado, siempre que hayamos apretado el *start* y no el *stop*. Porque el *stop*, como todo acto distante del corazón, inmoviliza la cinta del cassette. Ah, discúlpame, tú ignoras todas estas debilidades nuestras. Con tantas máquinas a nuestro cargo, la vida humana está muy difícil, te lo aseguro.)

Así que no te puedo ayudar, ni a ti ni a mí misma. Todo lo escucho por la mitad. Narro tu historia desde mi precaria condición y, por eso, sólo el sueño y el vino tinto me alivian de las frustraciones.

¿Qué extrañas suposiciones son ésas, padre? Estaba aquí, en amable tertulia con el amigo don Álvaro, de la infantería española, de estos que, a falta de caballo, no temen valerse de sus propios pies y que, como todos sabemos, acaba de llegar de las Indias, lo que lo convierte en un seductor cronista.

Exactamente hija ingrata, eso es lo que es: un seductor.

No padre, seductor porque lidia con palabras en sus informes a la corte, y a ellas les permite el impulso del vuelo, dado que estas palabras nunca están donde pensábamos. Tal vez se cierna sobre lo que narra una sospecha de frivolidad, lo que no está mal en la corte del rey. No vulnera reglas, ni siquiera las del propio Carlos V, si fuese posible la alegría de tenerlo aún entre nosotros. Don Álvaro bien puede llamarse cronista. Y cronista, padre, es quien cuenta una modesta historia, ceñido al deber de no profundizar en ella nunca. Entre otras cosas porque, cuando le pone énfasis, se convierte en un narrador del Caribe, alias el Proust de los cañaverales. O en uno de aquellos escrutadores de la palabra, a la manera de Guimarães Rosa. No se trata, éso sí que no, de un novelista, raza maldita como hay pocas, y de poco tino. Es un cronista, y de mucho futuro.

¿Y qué hace un cronista en mis jardines? ¿Acaso regar las plantas de mis propiedades?

Perdóneme, marqués de Calatrava, no he hecho nada más que embellecerlas. Quiero decir que no me he dedicado a otra cosa que a lanzarles miradas rápidas, pues todos sabemos que la belleza merece ser enaltecida. Pero siempre manteniendo distancia, señor. En mi familia también la honra es atributo moral. Su hija es la joya más galana de su casa. Le juro que se conserva intacta, su piel sólo mantiene las marcas del orfebre que la fabricó.

¿Así que ya no es virgen?

¡Marqués, cómo osa usted difamarme! Si crimen hubo, fue dejar el caballo pastando en esta vegetación fresca y verde mientras homenajeaba a la honrada Leonora. ¿Puedo entonces ser condenado, por el animal y por el homenaje? Pero, si le quedan dudas en el espíritu, me trasladaría yo al paraíso, y por vía láctea, lechosa y blanca, si me concediese la mano de tal doncella en casamiento. Ningún error repararía, pero sería visión delectable, que no viene de lácteo, sino de *laetitia*.

Criados, acudid, hay un ladrón en casa, debemos encadenarlo, entregarlo a los esbirros y a la justicia / padre, todo menos esta afrenta, yo amo a don Álvaro / ¿así que confiesas amor semejante, desgraciada? / ¿y es también amor maldito acaso? ¿desde cuándo el hombre y la mujer no gozan de todos los beneficios para amarse a su antojo y sin óbice? / no basta con ser hombre y mujer / ah, si doña Leonora fuese varón, ¿usted aprobaría nuestro amor homosexual? / por lo menos no lo tendría al alcance de la vista, yo habría asegurado a la sociedad de Sevilla que la honrada casa de Calatrava jamás se uniría a un techo menos digno con el propósito de tener hijos / padre, cálmese, cómo podemos debatir problemas tan graves si gritamos todos al mismo tiempo, ya no sé qué palabra es de mi coleto ni qué verbo ha brotado de su corazón / quién te ha dicho, hija, que yo quiera oír, tan sólo exijo prolija venganza, criados, pedazo de dormilones, dónde estáis, venid con las espadas desenvainadas (oh, vaina, donde se guarda la espada y quiere decir vagina, ¡qué horror!) / no me obligue a ser beligerante y profesional, marqués, cuando mi único deseo es respetarlo y además, fíjese lo que le digo, como prueba de mi amor por Leonora y mi estima por las canas que usted peina, le entrego la pistola, hágala desaparecer, así estaré indefenso.

Don Álvaro limpió el arma rápidamente, quiso incluso envolverla en un pañuelo, temió que la seda no la cubriese del todo o que el marqués interpretase el gesto como propio de una dama. Aquí está mi arma, marqués, con ella van mi esperanza y buena fe.

Oh, padre mío, qué dolor es ése, tu rostro se cubre de surcos y de mapas. ¿Qué ha pasado, de dónde viene semejante estallido? ¿Por qué caes al suelo, y ahora este hilo de sangre, es sangre, es sangre, sí, sangre, ah. Joder, Nélida, no me estoy enterando de nada. Álvaro no me puede responder, mira qué cara pone. Vamos, cronista de tres al cuarto, ¿qué ha pasado con mi padre?

Las circunstancias indican, doctor, que hemos tenido un asesinato, aunque bastante leve. O quizá un simple asalto a mano armada por alguien que soñó con algunas monedas de oro. Tal vez nada espectacular, que merezca titulares, a no ser por el ilustre nombre del muerto. No se puede despreciar, de todos modos, la postura decúbito dorsal del difunto, me atrevo a afirmar incluso que fue alcanzado de frente. A quemarropa, como suele decirse. No obstante, anticipo mi desagrado por tal expresión. Bien ingrata e imprecisa. Pues parece significar una bala que va a alojarse en un punto distante del hemisferio, procurando rozar levemente la vestimenta y quemándole algunos hilos del tejido tan sensible. La acción a quemarropa, lado opuesto de la caricia, nunca se concibe como un proyectil que se clava sin esfuerzo balístico en la parte del cuerpo que se descubre mortal, sobre todo en ocasión del cortejo fúnebre.

Bien doctor, ahora que nos hemos enriquecido con la presencia de un

muerto, aunque nos falte el asesino, le permito que haga constar la denuncia. Siento no poder pasarle una lista de nombres de sospechosos. Por ahí andarán, sin duda, pero yo no los he visto. Aquí en este jardín, sumidos en las sombras, poco hemos podido distinguir. Y aunque unamos los escombros de la memoria para formar un rostro o una frase, dudo que logremos así un mínimo de credibilidad. Siempre temí la intensidad de mis propias sospechas. ¿Si por casualidad puedo buscar en el baúl de los recuerdos una sombra que traspone la pared de un salto y se pierde de vista, no sin antes oír quejas, quejumbres, gritos airados, maldiciones, rudezas, modestos vocativos, disconformidades al fin anteriores a todo acto violento? Nada sé, no he oído nada. No me han educado para colaborar con la policía, es una cuestión de principios. Y estaba tan atenta, además, a detalles externos, que apenas pude ver a don Álvaro entregándole su arma al querido marqués con la visible intención de demostrarle estima y buenos propósitos.

No vi pues, cuándo el arma, por los nervios del caballero, eran tantas a fin de cuentas las emociones, cayó al suelo, en vez de cobijarse entre las falanges del marqués. Y desde allí, después de disfrutar del alivio de rozar una superficie resistente, se movió el gatillo que disparó la bala, que precisamente, con puntería y velocidad ejemplares, acabó alojada en el corazón palpitante del progenitor. Y si el proyectil, además, no se hubiese incorporado en ese corazón, doctor, seguramente no estaríamos los dos aquí desatendiéndonos de una misión tan delicada.

Con su permiso, doctor, ahora debo retirarme. Al fin y al cabo no soy testigo de fe ni tengo razón social en el registro de la Erasmo Braga. Y además casi siempre me inclino a deformar lo que he visto, sólo movida por la ambición de aclarar los hechos. Que don Álvaro fuese el dueño del arma de la que salió el tiro mortal, no es cosa que me concierna. Mi narración es porosa, exige incluso cuñas de madera en su matriz, pero no tan fuerte como para que corra riesgos su autonomía. La tragedia me enseñó la ejemplaridad del héroe, su cita fijada con la muerte. A lo sumo me dejo llevar por las lágrimas y por la esperanza de que purgan el dolor, pues con ellas a veces se enciende la luz de la vida.

Ya llevo retraso, doctor. Especialmente porque se han ido todos al galope. Don Álvaro, montado en el animal fiel. El mismo animal que invadió el jardín en busca del pobre militar, después de que Leonora asistiese a su padre a punto de exhalar el último suspiro, no sin antes gritar maldición, maldicion, hija ingrata, y don Álvaro, desorientado, queriendo escapar sin saber cómo. Sí, el caballo vino hacia nosotros, seguramente atraído por el disparo. Tenía una mirada sensible y algo cansada. Se inclinó sobre don Álvaro, lo acarició repetidas veces, parecía instigarlo a la fuga, no había otra salida. Al mismo tiempo, Curra trataba de convencer a Leonora de que abandonase el lugar del crimen. Quería evitar sospechas sobre la actuación de ambos en esta tragedia española.

Nada sé del tierno lazo de unión entre don Álvaro y su caballo. Poco conozco de sentimientos tan raros. Me limito a agotar ese sentir que se pega a la piel humana, de donde afloran urgencias y pasiones. Por lo que pude ver, imagino intenso ese afecto, pues al animal le resultó fácil convencer a Álvaro de que lo montase, que se acomodase con soltura, y que desapareciesen en la noche, olvidándose, eso sí, de llevarse consigo a Leonora, con quien el caballero, hasta hacía muy poco, había planeado montar un espectáculo llamado futuro.

La altivez, en Curra, la convertía en mujer de acción. Indignada con la deserción del caballero, que con la excusa de salvar el pellejo abandonaba a su doncella, cogió el hatillo nupcial, carcelario tal vez si se descuidaba, e indicó el camino a Leonora.

Por esa vía debía seguir hasta perderse de vista. No le faltarían suerte y aventuras. Derrotero preciso no le hacía falta, pero debía meditar muy bien en cualquier iniciativa que tomase. No podían olvidarse del otro hijo del marqués, heredero de sus dominios, genio y figura. En cuanto don Carlos se enterase del crimen, soltaría las monterías y la guerra para saciarse en la venganza. Ni a la propia hermana respetaría.

Curra se escondió detrás del árbol, no quería ver partir a Leonora. Muchas veces se limpió los ojos, eliminaba la sal que el dolor derramaba en el rostro. Después, dentro del palacio, intenté hablarle. Ella fingió no verme. No nos habían presentado, alegó. Le supliqué, ¿y el destino de Leonora? Me miró como queriendo decir será mi destino también. No pude oír su voz. Me cerró la puerta y no insistí. No sé mucho más, doctor. ¿Qué otros detalles puedo agregar a una narración rudimentaria? No me atrevo a pensar que también pueda ser hábil para las filigranas, que sus delicadas telas lleguen a orientar esta historia. Procedo de la rígida montaña, allí se cultivan la labor antigua y los sueños llenos de viento norte. ¿Si conozco el futuro y puedo anticiparlo? ¿Y mi modestia, doctor? Con su permiso, ¿eh?

Hornacuelos surgió en el mapa por descuido. Aunque ambicionando transformarse en ciudad, asfixiada por las montañas, la aldea no tenía cómo traspasar los límites del río. Gozaba, empero, de reputación, por lo que los pies pustulentos de los viajeros se quedaban allí al menos dos días, quejándose de la falta de comodidades, con el retrete a cien metros del albergue.

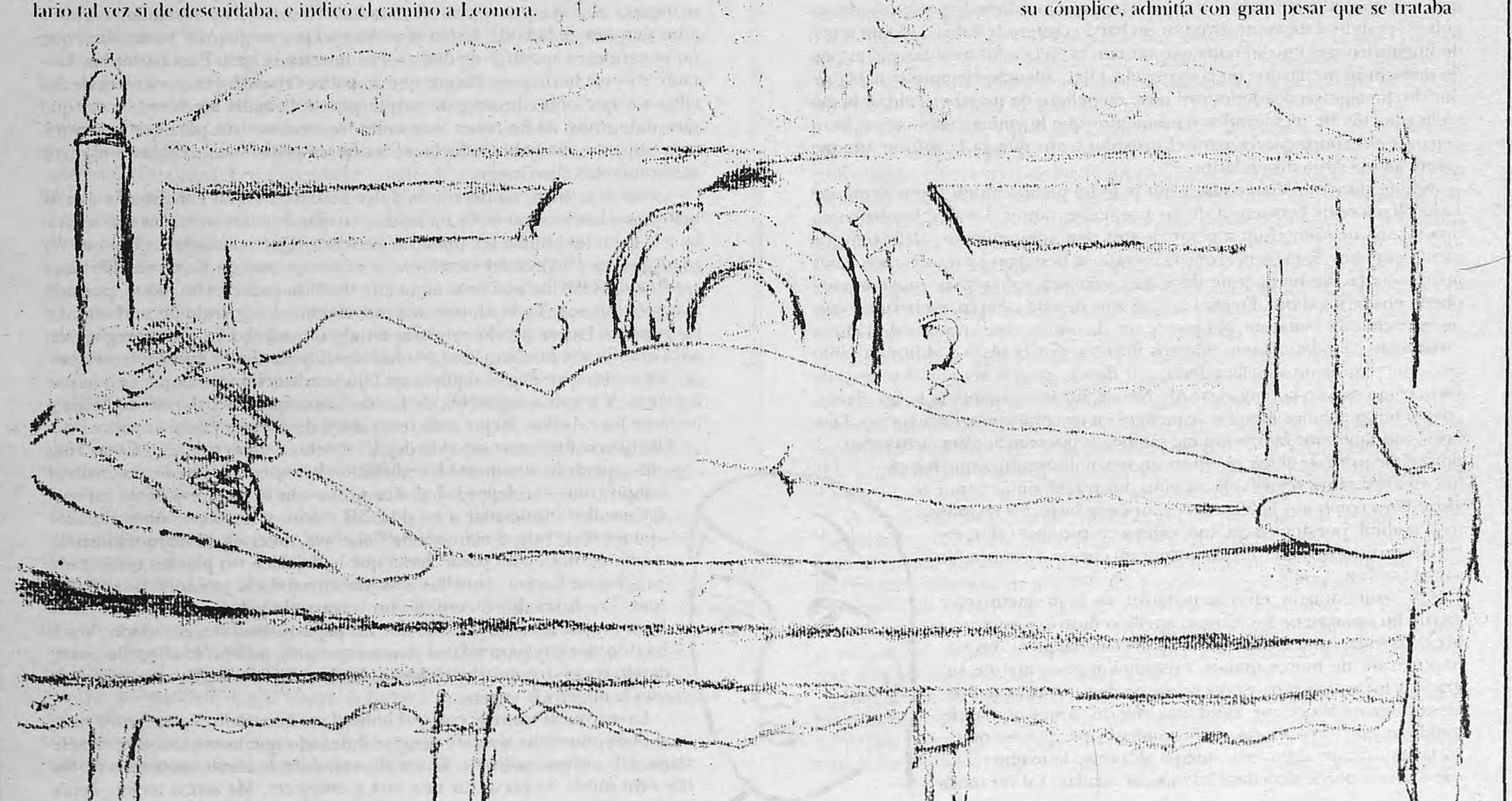
Disconforme con estos huéspedes de medio ducado, que le querían transformar la casa en el Hostal de Compostela, con sus trofeos de caza, el propietario denegaba la palabra a los que habían descuidado la vida campesina. A pesar de todo les ofrecía la taberna, también de su propiedad, en el otro extremo de la aldea, por ilusionarse así con que su imperio se había extendido en menos de un kilómetro.

Allí, el vino áspero lijaba las aristas de la garganta, y el jamón serrano merecía exclamaciones que ni siquiera provocaban las doncellas. Sus cerdos estaban autorizados a exigir más que los hombres para sus propias camas. Únicamente se dejaban engordar con patatas y castañas que hubiesen alcanzado un punto exacto de cocción. Y eran rigurosamente insensibles a los consejos sobre la conveniencia de moderarse.

Ávidos por tales manjares, los viajeros elogiaban la carne que se deshacía en el cielo de la boca e incentivaba sus divagaciones. Y sólo cuando acomodaban tales guisos en la memoria, volvían a sus aldeas vecinas entre ruidos y eructos. Ya don Carlos había llegado allí por motivos bien diferentes. Evitando por ello alardes o canciones obscenas, en las que era un maestro, había elegido la discreción como traje oficial. Pero de tal modo, en toda su vida, se había habituado a ser heredero de Calatrava, que no evitó la mesa central.

Se manifestaba su poder en la abundancia de vino y jamón, en la espada clavada en el centro de la mesa, con cuyo filo cortaba el alimento. Todo parecía hecho a su gusto, pues no protestaba como era habitual en él. Y ya había bebido unos cuantos cuartillos de vino cuando sus lamentos convocaron a los de la cocina a participar de su tragedia. Pues le habían matado al padre sin que al menos él, macho y noble, pudiese descargar la mano sobre el asesino. No actuó solo, fueron dos los que se asociaron para cometer el homicidio. Paralizadas por el miedo, las agujas del reloj marcaron el crimen en el silencio de la noche.

Del primer asesino, se negaba a hablar. Se había difundido su nombre por Andalucía, nadie le daría cobijo. La propia iglesia condenaba a semejante déspota de la sangre. En cuanto a su cómplice, admitía con gran pesar que se trataba



de su propia hermana. Hermana, sí, de don Carlos, allí, entre la plebe generosa.

Pudo saberse que Leonora atrajo al padre a la trampa con el propósito de matarlo en la oscuridad, para lo cual había limpiado previamente las armas blancas. Pues bien, no había asesinado al padre precisamente con un puñal, que sólo llega a rasguñar la piel y la daña a veces sin causar por ello la muerte. Eligieron los asaltantes el estruendo del pequeño cañón, que puede trasladarse entre los dedos. De allí salió el fuego que carbonizó para siempre la vida del padre.

Juro matarlos en cuanto los tenga a la vista, amenazaba el heredero, atrayendo a nuevos amigos a la mesa. Aguzaba más el paladar rodeado de hidalgos, con los que compartía el mismo lenguaje sobre los condimentos. Pero, no pudiendo ahora contar con el testimonio de la nobleza sevillana, dispersa por toda España, aceptaba a la gente de la aldea. Sin embargo, su llanto y el gran número de comensales le impedían reconocer a Leonora, velado el rostro, en la misma sala, la cual masticaba, a diferencia del fausto del hermano, un simple bocadillo.

También Leonora se democratizaba. La confortaba tener a la mesa al mulero que la guiaba con luces en los ojos. Con instrumento tan preciso él había traspasado las montañas, la había llevado sana y salva a Hornacuelos, a tiempo de saber que las palabras de Carlos no tenían otro blanco sino su alma, ya muy herida por la muerte del padre y la pérdida de Álvaro. No obstante haber aprendido, ya camino de las Indias, a sufrir más que ella, no supo resistir a las llamadas de su caballo, de nombre Memoria. Con caricias, el animal insistió en que abandonase el lugar del crimen, sin consultarla.

La alteración de los planes la obligó también a dejar su casa privada con el tiempo para dar al menos cristiana sepultura a su padre. Aunque la tranquilizaba saber que las mejores familias de Sevilla se encargarían de llevarlo al camposanto, incluso sin la presencia de un heredero que cumpliese a rajatabla las tradiciones de los Calatrava, impidiendo así que quedasen enterradas junto con el marqués. La aliviaba pensar en el cortejo llorando a su padre, arrojando tierra y claveles sobre un cuerpo que se dejó abatir en nombre de la honra.

Morir en defensa de la honra era la cláusula más venerada de la vida en Sevilla. Desde aquella fecha, en los muros de la ciudad, el marqués se hacía merecedor de inscripciones enaltecedoras que no había inspirado en vida. Ni siquiera él mismo se habría dado un destino mejor. Y una vez que Leonora le había asegurado generosamente esa blanca mortaja, ya no había por qué preocuparse de la gloria paterna. La muerte, en aquellas circunstancias, lo había absuelto de todos los pecados, sobre todo el del orgullo, sobradamente temido en la ciudad. Sólo había que lamentar ahora los improperios de Carlos haciendo pública una amenaza que incluía a los dos amantes y no admitía clemencia siquiera con la hermana querida. Su furia se comprometía a seguirlos a través de los Pirineos y, si fuere preciso, por los montes Urales.

Pobre de nosotros, si Carlos nos descubre. Ni la cronista podrá salvarnos con su intervención. ¿No, Nélida?

La cronista se sentía indolente. Con la piel sudorosa, disfrutaba de esta dulce sensualidad. No pensaba participar, al menos en aquellos momentos, de tantas intrigas palaciegas, del intenso destino de Leonora. Ninguna otra labor pretendía. Deseaba unas vacaciones, se arrepentía de haber puesto los pies con arco de bailarina y la piel de española, herencia familiar, en aquella aldea distante. Mejor estaría en Sevilla, la ciudad bañada en sangre, deslumbrándose con los faroles y las calles estrechas.

O también en Leblon, que amaba ahora como parte de una altiva agonía que no debería extenuarla nunca ni hacer que perdiese la paciencia de seguir esperando. Este amor suyo por un barrio costero le había dado un sentido lingüístico que mucho tenía que ver con la piel de los bañistas y el aroma de melocotón mezclado con la marejada. Oler, además, siempre la había seducido. En algunas ocasiones casi puso en peligro de muerte su vida y la salvó la emoción de inesperados sentimientos que le embargaban la voz. Pero dejemos esos pormenores para el próximo texto que ya la sofoca, aunque quiera a toda costa disimularlo.

Nélida susurró, déjame libre, ¿no te lo he pedido antes, joven Leonora? La sevillana tenía conciencia de los propios encantos, los desplegaba como una sábana de lino. ¿Aun a pesar de mis ojos compungidos, Nélida? Justamente por ellos. Está bien, cronista ingrata, te desterraré para siempre, serás una proscrita. No he querido decir eso, Leonora, sabes bien que tampoco puedo olvidarlos ahora. En ese caso, sácame de esta taberna, mi hermano tiene intención de matarme. No puede ser, Leonora, ¿me arrancas de Leblon justamente cuando mis sentimientos florecen por la playa y el bosque, sólo para que te indique aquella puerta, por donde pasarás sin que él te vea, absorto como está en la venganza? Ah, Nélida, no sabes cuánto te lo agradezco, apenas tenga algunos minutos te incluiré en mis oraciones. Cata la cruz, Leonora, ¿no sabes que la oración me inhibe, es intervencionista, actuando por mí me priva de elegir el futuro, secuestra la aventura que me cabrá vivir? Si tanto temes a la oración, no rezaré siquiera por tu alma. Pero cómo nos hablaremos ahora que huyo, he traspuesto el umbral, ya estoy en camino, echo a correr, qué calor, ¿hacia dónde vamos, mulero? Déjame por mi cuenta, Leonora. Yo soy tu sombra.

Oh, padre amado, ellos lo mataron, yo le prometo venganza. En nombre de los Vargas, apellido ilustre, y en nombre de Sevilla, cuna común a la vera del Guadalquivir, un río impregnado de moros, judíos, cristianos nuevos mal de su grado, y los antiguos pares del reino, he de vengarme, padre, especialmente ahora que usted está muerto. Antes no habría tenido gracia. Al contrario, yo lo combatía, porque me quitaba la respiración al impedir que yo alcanzase la madurez. Le daba horror que le disputase las mismas criadas. Tal vez temía que, por un descuido, yo fuese a parar a su cama. Muchas veces lo llamé obsceno, capaz de devorar a los hijos para probar el sabor de la propia carne. Pero no mencione ahora antiguas desavenencias. ¿Cómo habría de perdonar la bofetada que me dio cuando temía que arrastrase a Leonora por caminos que ignoraba su olfato de perdiguero? Empuñé el arma y le dije que si no fuese mi padre lo sangraba como a un cerdo. No fueron nobles las palabras, lo reconozco. Pero en el acto, para enseñarme buenas maneras, me dio usted nada menos que cincuenta palmetazos en mi culo inocente, que me quedó lleno de ampollas colmadas de un agua amarillenta. Una vez curado, mi trasero se convirtió en un cuero resistente, capaz de soportar suplicios y violentas caricias.

Acabé por agradecérselo. Qué otro sino usted podía enseñarme, corrigiéndome, métodos persuasivos. Hoy ya no recuerdo las bofetadas suyas que quedaron en mi rostro, puedo olvidarlas con gran facilidad. ¿Qué es una bofetada en la vida de un hombre sino escuela de perfección? Hasta tal punto lo he perdonado que, si hablo de las bofetadas, es sólo para restablecer un tierno lazo entre nosotros. Si no fuese así, no hablaría de bofetadas pues podría parecer que jamás he olvidado el daño que me ha hecho.

La verdad es que ellos, después de matarlo, se ataron los dedos de las manos con cintas de color, pues no querían extraviarse en medio de la noche. Y pronto se dedicaron a hacer el amor, olvidando entre ayes agudos al augusto muerto. Ah, padre mío, cómo tolerar la imagen de Leonora follando con el asesino de su progenitor y del mío, desde luego. Cómo concebir a mi pequeña hermana arañando el cuerpo del asesino sin tener en cuenta los lamentos de su padre por la profunda herida que le habían causado, sólo pendiente del desahogo de la propia lujuria.

Leonora sólo piensa en gozar, padre. Todo lo que la distraiga de este fin la pone de muy mal humor. Sé cómo es Leonora, caprichosa e ingrata. Siempre supe que, en cuanto conociese los placeres del cuerpo, no confiaría más que en ellos. Es una puta esa hija suya, ésta mi hermana. Es verdad que le correspondía desarrollar su propio cuerpo que, por las formas, sobre todo sus caderas, era típico de mujer. Ya en la pubertad, sus senos eran voluminosos y no simples ornamentos florales. De ellos parecía brotar miel refinada, imagen que vale, claro está, para quien sabe apreciar estas cosas. Nunca tuvo recato. Movía las caderas como una yegua. Exactamente, padre, no la llamé antes yegua por su respeto y porque era una mujer que ofendía mis sentimientos sólo con su mirada. La verdad es que siempre me dio vergüenza su actitud voluptuosa. ¿Va a decirme, padre, que nunca se fijó en las espaldas de su propia hija?

Perdón, padre, no he querido ser impertinente. Tiene razón, ciertas palabras corren el riesgo de abrasar el cuerpo. No hay que pronunciarlas. De ahí que nos haya dado una educación tan severa, que en conjunto le agradecemos. Ya mi madre era más libre que los miembros de su familia, padre. Y no por eso menos noble que usted. Al contrario, el linaje materno se depuró a lo largo de varias décadas. Tiene aquella casa más títulos que la suya de usted a pesar de su empeño. Por supuesto que estaba al corriente de tal genealogía y siempre la trató con deferencia. Quizá tenía miedo de que le echase en cara esta circunstancia cuando se enfrentase con una verdad más dolorosa para usted que para ella. Sin vacilar, la marquesa, mi madre, se había unido a usted llevada sólo por el afecto. ¿Qué otros intereses la moverían? Dicen que la marquesa habría prevaricado antes de la boda, y no con usted. Luego habría llegado usted para encubrir embarazos difíciles en estos tiempos que corren. Qué mejor que sanear mediante el casamiento el cuerpo de la marquesa abatido por algún vil cazador. Nosotros, no obstante, nacimos años después de la boda. Usted se preocupó por resguardar su nombre, que no se cerniesen sombras de duda sobre nuestro origen. Para bastardos, bastante con sus hermanos. Parece que su padre fecundó varios vientres de Sevilla, sin que antes investigase a qué puerta llamaba su deseo, hasta que murió de sífilis. Al fin no es para tanto, no veo motivos para que nos sintamos culpables, no había todavía en esa época penicilina, ni bismuto ni otros medicamentos americanos.

Como hijo suyo, conservo un dulce recuerdo de su convivencia con la marquesa. Los mosqueos de mi madre, sus insultos, las monedas que le tiraba a la cara, no podían ser tomados en serio. ¿Qué matrimonios hay que no se rasguñen? ¿No son las cicatrices en el cuerpo marcas de reconciliaciones arrebatadas? Por las mañanas mi madre decía tu padre es un idiota, por más marqués que sea. Yo le sonreía, desconociendo el recorrido de su dardo. Le preguntaba ¿acaso puedo ayudarla en algo, madre? Ella me corregía, aun para un hijo soy marquesa, no te olvides del tratamiento que me corresponde. He nacido con él y ni siquiera un hijo puede arrebatar lo que es mío por herencia. Y como arrepentida de la educación que me daba, se dedicaba a besarme los cabellos. Mejor sería tenerte a ti de amante y no a tu padre.

Ella quería decir que usted la dejaba mucho tiempo sola. ¿Qué otra cosa podía esperar la marquesa? La educación le imponía a usted cazar, salir al campo como un depredador. Era propio de su sangre y de su estirpe. ¿Cómo iba a traicionar a las dos? MI madre se metía en cama durante quince días. Para el marqués de Calatrava, no estoy. El marqués insistía, pedía permiso para pasar, hasta que le dejaba a sus pies los tesoros obtenidos en la caza. Aquellos días, nuestro palacio se adornaba con plumas. Era hasta difícil respirar sin tragarse la pelusa que, por extrañas leyes aerodinámicas, permite que los pájaros dominen el espacio. Volar ha sido siempre para mí una tierna esperanza, padre. No obstante usted, dando voces, me quitaba el sueño. Un hombre no sueña, un varón sirve para la mujer y la guerra.

La marquesa sonreía, con qué imbécil me he casado. Yo me ponía rojo, qué dirían nuestros amigos, siempre deseando que nuestra casa se viniese abajo. Ella me tranquilizaba. Todos ellos también se atacan mutuamente. No hay otro modo de preservar una casa y envejecer. Me sentía mejor. Tenía

tanto de qué enorgullecerme. Nuestra casa era casi principesca, teníamos fortuna, y veía a Leonora diariamente. Qué mejor despertar podía pedir. Soñando por las noches con mi hermana, ya desde la mañana me mantenía pegado a su sombra. Dedicándole siempre finos sentimientos, tan delicados que se declaran sin pudor en los salones, junto a perfumados aristócratas.

Recordando ahora a Leonora, pienso que yo debería haberme prevenido. Incluso haber esperado que actuase de este modo. Sus ojos se iluminaban con cualquier viento, ya había fuego en sus venas. Aquella desdichada estaba loca por gozar. Tendríamos que haber actuado a tiempo, quizá haberle puesto en las partes —¿qué partes? vamos, padre, usted ya sabe— un cinturón de castidad, la llave la guardaría una vez usted, una vez yo. Seríamos los únicos guardianes de ese tesoro.

Además, si por mí hubiese sido, Leonora jamás se habría casado. Nuestra casa exigía un solo casamiento. Me refiero al mío, claro, y aun así sólo para procrear. Mi corazón estaría ocupado velando por Leonora. Qué trabajos nos dio siempre. Por favor, padre, no piense que albergo sentimientos que tengo prohibido demostrar públicamente. Me aseguró la marquesa que no hay en la tierra un sentimiento que no se dignifique en la práctica.

No, padre, no tengo celos del asesino porque esté revolcándose por el suelo con mi hermana. Al fin y al cabo, Leonora no es mi mujer. Tiene derecho a que lo humano la cautive, siempre que no exagere. Lo humano debemos someterlo a revisiones, ¿qué haríamos si sólo prevaleciesen los caprichos? El único capricho consentido es el afecto de dos hermanos que en conjunto protegen la tradición de la casa, la fortuna común. No veo por qué Leonora necesita que un hombre vaya a su cama. Dos criaturas en un solo espacio me parecen promiscuas, sobre todo tratándose de mi hermana, algo arrebatada, sí, pero inocente.

Quiero ser generoso, padre, olvidar que mi hermana me prometió fidelidad, que habría de ser mía y de nadie más. Era lo que me decía detrás del pabellón. La fidelidad sólo se ofrenda a un hermano. Sobre todo porque jugábamos a ser marido y mujer, protegidos por los arbustos. Leonora simulaba estar buscando muñecas, todas audaces y voladoras. Nunca estaban donde pensábamos. Por mi parte, preparaba diligentes instrumentos de caza, como imitándolo a usted. Todas las ramas recogidas del suelo.

En los rincones más oscuros, nos entregábamos a historias en las que éramos los únicos protagonistas. Quien no fuese uno de nosotros no entraba en la trama. Echábamos hasta los criados, de cuyos servicios por lo común no prescindíamos. Y mucho quería significar esta soledad, principalmente para Leonora, a quien nunca le faltó una corte próspera, en que cada gesto correspondiese a una jerarquía establecida durante milenios.

Cuando veía que mi hermana flaqueaba, no soportando ya las exigencias de nuestra soledad, me sublevaba. Le prohibía todo exceso que nos alterase la intimidad. Sólo cuando juraba amarme hasta el fin de sus días, yo me tranquilizaba. Está bien, Leonora, ahora puedes ir a jugar con niñas de verdad. Me quedo donde estoy, cuidando de las paredes de nuestra casa invisible.

Leonora me acariciaba el pelo, era pequeña, pero sabía cómo agradarme. Y yo me iba a París, obedeciendo sus órdenes, siguiendo su mandato, mi querido muerto. Y cada vez que volvía, usted me miraba fijo y me ordenaba irme de nuevo. Cuando tardaba en dejarlos, le tocaba a Leonora pedirme que me fuera. Iba a la guerra queriendo arrancar de mi pecho otra guerra. Y siempre que huía, recordaba que a mi regreso, y por distracción de usted, tal vez encontrase a Leonora desposada, habiendo abandonado nuestra propiedad para siempre, y a mí que me había quedado, me tocaría pulir la platería de la casa. Nunca quise verla en ruinas, con las paredes enmohecidas y los corazones sin poder darse un respiro.

Las veces en que, de visita, en la casa, veía a Leonora en los pasillos, ella me sonreía. Sin dirigirle la palabra la dejaba crecer frondosa. Pues sufriendo por perderla, con la prohibición de retornar a los pasatiempos infantiles, estaba respetando a mi padre, a la tradición, y a la propiedad. Me costaba dormir entre aquellas paredes, la oscuridad me devolvía a Leonora con un apetito de pulpo.

Acepté todos los sacrificios, padre, con tal de que nuestra casa saliese altanera del embate, compensada con los ruidos de las castañuelas. Ahora, que Leonora se decidiese por un soldado modesto, un noble modesto y, todo parece indicarlo, un hombre de proporciones modestas, ah, eso sí que no puedo soportarlo. ¿Quién pagará mis horas de vigilia, derramando mi pecho lágrimas y resentimientos? Tengo derecho a protestar, claro que sí, en nombre de las fantasías infantiles.

Oh, padre asesinado, de repente he perdido a un tiempo a mi hermana, a usted, y hasta mis sentimientos, que naufragaron pronto en el océano Indico, que dicen de funestas ilusiones. ¿Cómo reparar entonces semejante dolor? ¿Acaso hundiendo la misma daga en el corazón de los amantes, para que juntos padezcan el grito atónito y doloroso que usted sí ha sentido? Pero qué clase de dolor habrá sido, si yo no estaba allí para oírselo explicar. Jamás perdonaré a la hermana que por amor a un extranjero empuñó la espada contra su progenitor en defensa de la concupiscencia, de la libertad de menear sus caderas desarticuladas. Seguiré adelante, padre, tras la pista de los asesinos. Abran filas que quiero pasar.

A los catorce años, la Tebaldi llamó a mi puerta. Quisieron la emoción y mi historia que fuese *La fuerza del destino* mediante. En vez de la *La Traviata* o, inclusive, de *Tosca*. Hoy, tantos años después, yo no sabría explicar la preferencia, un rumbo que se dejó simplemente impulsar por el amor. Sé que tenía el cuerpo de ahora, y hasta cierta vocación para las lágrimas. Y no las vertía por los fantasmas y la dulzura perdidas, sino porque la vida me exaltaba.

En aquella época, todos teníamos gran avidez. Por tal motivo, decidimos dividir el Municipal en dos escenarios hipotéticos, de modo que ambos albergasen el trágico amor de la Callas y los dulces sentimientos de la Tebaldi por separado. Sin dolor para nosotros. Frente a nuestro fervor juvenil, las dos vertientes se oponían de manera radical.

No fue fácil elegir entre ellas. El corazón se dividía para que yo no lo siguiese. Ya clamando entonces por sangre viva, su viva mancha en la pared. Aunque amase los cristales. La tragedia de la Callas residía precisamente en su voz, un aparato que purgaba su propia vida con sufrimiento. En ella los sentimientos eran griegos, con el leve retoque de dos mil años. Y como me solidarizaba con aquel esqueleto de sonido y urgencia vocal que bajo su inspiración osaba responder a los dioses, requerir oposiciones, siempre contrarios. También quería la alegría de vivir.

Fue la Tebaldi la que me enseñó a reír y llorar al mismo tiempo. Venció únicamente porque construía liturgias en un anfiteatro. Justamente para mí que aprendía a amar con las cuerdas finas del corazón. A proyectarme incluso en la cueva de los leones, con melenas ataviadas, cumpliendo la experiencia de que me devorasen. Quería darles comezón en la garganta, para que un fragmento de mí no permaneciese mucho tiempo en su estómago, dilatándoles las tripas. Desde el comienzo, yo valoraba los sucesivos combates y la claridad. Todo era un pretexto para la lucha. El amor, el arrebato, la atención que nos prestaban los héroes del escenario. En aquella tierra de lo imaginario, simplemente prolongábamos emociones iniciadas hacía siglos, sucedíamos a un pasado anterior a nosotros.

Y al prestarle mi cuerpo a la Tebaldi, para hacerme creer que cantaba a través de mi garganta adolescente, muchas veces pensé: si la voz humana se presta a tales usos, ¿cuál será nuestro límite real? Inmediatamente el teatro se convertía en cama y sepultura, donde buscaba correspondencia con toda experiencia humana. No veía en la vida lo que el escenario no trazase y reprodujese con igual perfección. Allí nos mirábamos como frente a un espejo. La arruga que nos devolvía era la que nos sería regalada en los años futuros. Bajo la magia de la iluminación, muy poco faltaba. Se abolía la soledad. De todo lo que yo inventase, el escenario confirmaba el sentimiento. Se trazaba mi destino en el sudor de los bastidores.

Fue un martes de aquel año cuando el amor de Leonora y Álvaro se mezcló con la sangre paterna, con la gordura de los intérpretes, con el montaje polvoriento, con el coro de los viejos comparsas, todos muy cerca de la jubilación. Principalmente a éstos los observaba pensando, tal vez pisen por última vez el escenario del Municipal. Me daba pena sorprender la melancolía que flotaba en sus ojos. Siempre supe lo que es un actor. Presentía de lejos su destino. Sé que está siempre despidiéndose. Y la despedida es su más precioso enigma. Se apagan las luces del escenario, se cierran los camerinos y jamás volverá él a pisar la arena donde fue rey y payaso. La gloria es el vaho de su sueño. Y cada aplauso lo envejece más de prisa.

La Tebaldi era exigente. Más que homenajes, recibía devoción. Y para poder abarcar su espíritu, había reglas y controles que vencer. Me tejía la memoria con los hilos de sus vocalizaciones, con sus pianísimos, que iban directos al corazón. Me proponía vínculos de hierro que resistiesen al tiempo, que no me hiciesen olvidarla nunca. Su maniobra era la de quien manipulaba la emoción y me sometía. Sólo que hoy son otras las urgencias que me abren los ojos y hasta puedo desterrarla, sin el riesgo de desterrarme también.

La memoria, sin embargo, me habita el cuerpo como un musgo agreste. No devuelve sólo lo que me sosiega. Hasta prefiere las reservas afectivas que justamente me sofocan. A ellas las tomo en mis brazos y, mediante su ímpetu, recupero súbitamente a la Tebaldi. Siempre agradeció los aplausos apoyada sobre la pierna derecha, parecía cojear. Desde el escenario, nos arrastraba hasta los bastidores. Entre nosotros apostábamos quién la alcanzaría primero para recibir el beso con que nos regalaba. Allí no había *champagne*, es verdad, sino sonrisas y palabras mediterráneas.

Han pasado ya tantos años. El tiempo ha cazado mariposas y nuestro afecto. Pero cuántos de nosotros que aún están vivos consagran la vida a la misma pasión de antaño. Y permitieron que lo más visible de sus rostros fuese el fragmento mayor de nuestro miedo. No tengo respuestas. La historia se in-

terpone entre lo vulnerable y lo que no concibo. Sí recuerdo haberle pedido a la cronista, apenas apareció, que se cuidase, que no permitiese que la humedad le enmoheciese el alma. Ella, a quien yo estaba ligada por un hado común, sólo me prometió que mantendría constantemente su suelo asfaltado por las dudas, no faltándole razones de lucha mientras lo humano fuese su objetivo. Pero, ¿en qué real medida aquella *Fuerza del destino,* de husos horarios y afectivos tan distantes, podría seguir respondiendo por un aprendizaje al que le falta tal vez cierto regusto a miel?

Repasemos ligeramente el texto ya hecho. El lector ha visto cómo el caballo de Álvaro, después de la muerte del marqués, le indicó el camino, sin dar tiempo al caballero de preguntarle a Leonora si aún le convenía seguirlo. Y que, afectada por tal proceder, Curra obligó a la joven a tomar la dirección de Madrid, mientras Álvaro, atraído por la sonoridad del catalán, se hàbía encaminado hacia el condado de Barcelona. A partir de este hecho, tejeremos rápidas consideraciones.

Por ejemplo, ¿en qué momento Leonora y Álvaro descubrieron que la vida en común les resultaría insoportable, al haber ahora un crimen entre ellos? ¿En qué instante se vieron solitarios, sucios de polvo y sedientos, en medio del camino, uno sin el auxilio del otro, sin tiempo al menos de decirse adiós?

La tragedia española contó con escasos testigos. Como previniendo el derramamiento de sangre, trató de ser comedida y discreta, aunque ajena a los rumores y a las inevitables voces humanas, cada una de las cuales añade un desenlace personal. Quien allí estuvo, sin embargo, tiene pudor de introducirse en los sentimientos humanos. Los considera una reserva que se debe salvar de la devastación pública. Y lamenta también que Álvaro y Leonora, cuando más se necesitaban, después de los votos de amor que abarcaban toda una vida, se dejasen abatir por los obstáculos. Que uno renunciase al otro antes incluso de agotar las delicias de un amor que les auguraba la eternidad.

Quien allí estuvo, al menos una vez, padeció del mismo mal. Buscó también olvidar que el amor, en relación con la vida, sale fatalmente herido. Y, aunque siempre supiese que la vida era más fuerte, por ser un proceso celular únicamente leal a su propio instinto de supervivencia, apostó por aquel amor.

Sí, yo estuve presente en el jardín. Tengo en la piel la marca del rubor de aquel momento. Examiné el cuerpo del marqués, le tomé la temperatura, él se enfrió de prisa en aquel invierno andaluz. Pero, a pesar de haber experimentado con la boca la angustia de los amantes, perdí aspectos de la tragedia que seguramente habrían enriquecido este texto. Por más que me empeñase en archivar detalles, e incluso muchos me queden ahora, siempre me faltó el recurso de pegar a mi rostro los diversos rostros de Leonora, Álvaro, el caballo, Curra, el marqués, y sufrir por ellos. Oír sus respiraciones ahogadas.

Curra, por ejemplo, en la comodidad del palacio, se aplica haciendo encaje de bolillos y se hiere los dedos. Y ahuyenta todo lo que pretenda adoptar una forma culpable. Para ella, Leonora no anuló el amor, simplemente lo trasladó al futuro. Dejémosla en paz, entonces.

Por mi parte, he perdido el rumbo después de la fuga de los amantes. Y era noche de luna. Recelosa de tanta humana perplejidad, me refugié en el tiempo, este evasivo reloj que no se fija sino que se inventa. Con agujas que falsifican todos los desplazamientos temporales a mi zaga, para que sólo así yo aprenda a considerar el minuto a mí confiado como un conflicto que se supera en la certeza de que la materia del tiempo es su inmenso y urgente consumo.

Y al tiempo yo me confiaba porque la vida se regía por su explosión, jamás por mi experiencia. No podía saber dónde me encontraba en el momento de la muerte del marqués. Si estaba describiendo su muerte y bordeando episodios recientes, todavía frescos o si contaba la historia muchos años después, con el desenlace listo en el bolsillo, y entonces me faltaban recursos, en caso de que quisiese darle un perfil a su realidad.

El tiempo me traicionaba a cada instante. Me ajustaba a una marcación sin reglas y, además, absorbiendo su propio contenido poroso. Aun así, me hacía ilusión pensar que podía desplazarlo a mi antojo, manteniéndolo siempre bajo mi yugo. Me olvidaba, sin embargo, de que ignoraba su real medida. Pues nada quería simbolizarlo, para que se revelase mejor ante mí. Ni los días, ni el año, ni el futuro, ni los sentimientos. Nada explicaba su paso o conformaba un retrato realista.

A veces me siento perdida. Visito a Leonora y a Álvaro, les hago compañía y en seguida me alejo, como si no hubiese un real peligro de perderlos. Y siempre que regreso, por una ruta indispensable, me hospedo justamente en décadas que no tienen mucho que ver con ellos. Pernocto en esas ciudades vacías del tiempo y allí, entre sus habitantes, o lo que de ellos queda, oigo historias, sus encantos me deciden a no olvidarlos. Piden que los lleve en mi equipaje de vuelta y que, al enfrentar a Álvaro y Leonora, les transmita su recuerdo, los ensucie con sus versiones.

Con el pretexto del tiempo, me encamino por vías diversas, apenas equilibrada sobre el alambre de cobre. Busco integrarme en el agosto que en algún momento vivieron Álvaro y Leonora. Queriendo descubrir qué clase de angustia experimentaron ante un mes cumplido. Pero es difícil. En definitiva, me toca una realidad de la que no huyo y mediante la cual también estoy ceñida a la fatalidad de un diciembre cualquiera. Debo obediencia a un calendario, le cedo diariamente mi vida. Y porque pertenezco al tiempo, a la vez que él no me pertenece, ¿con qué derecho me acerco a Álvaro y Leonora, a la muerte del marqués, a mis contemporáneos, o a los que vengan a sucederme?

Y, en el afán de frecuentar otra geografía, no hago más que renunciar a mi propio espacio por otro que el tiempo y la erosión de la tierra alteran permanentemente. Ingenua, me pongo a describir sus objetos, a aprehender sus sentimientos, como si fuese posible para mí volverlos familiares.

Me pregunto, entonces, sólo porque la realidad se ausenta de nosotros en una medida insoportable, con lo que se obtienen innúmeras versiones de sí misma, ¿tendré acaso el derecho de llenar los vacíos de una narración con la liturgia de la mentira? Y además ¿por qué enveneno el tiempo con mi inercia? ¿Mereceré ser devorada por él, para que se quede siempre con la última palabra?

Mis designios reposan en el azar. Me confiaron la tarea de no ceder jamás al relato feliz, que se deja de lado en seguida, no más allá de las tres páginas, por excesivo. Y me sugirieron también que hable de sombras antes que exaltar el sol. La educación de mi estirpe me encamina a recluir a los amantes en cuartos separados, en caso de que estén juntos ahora y coman una sopa común.

Prefiero, sin embargo, imaginarlos rudos y disipados. Lamiéndose como crías, experimentando la primera sensación de la carne, que es intransigente y ambiciona cada vez más placer. En el rostro de Leonora sorprendería la marca dejada por el asombro ante lo voluptuoso, que poco se ocupa del frío, del remordimiento, o teme a Carlos derribando la puerta, y esto porque sus ojos serían inmortales.

En esta primera mañana, ellos despertarían entre risas. Entre abluciones nerviosas y el café hirviendo, la excitación les oscurecería los muebles del cuarto. A su vez, el cuerpo ya se había apropiado de la destreza del mundo. Para que, cuando mencionasen a España, estuviesen apoyados en sus dimensiones, como obstáculo a la voracidad del hermano vengador. Ambos confiados en su país, ancho y concordante. Aquella España que adoptaba innúmeras lenguas con el propósito de crear en los visitantes la ilusión de que allí estaban visitando varios países, aunque hubiesen cruzado sólo una frontera.

Atento a cada taberna, a cada establo, a cada hotel de lujo, Carlos recorrería las provincias en su busca. Vociferando en todas las puertas, donde estoy ahora y no oigo los gritos de amor de estos amantes asesinos. Y, cerca de las costas atlánticas, allí, en la última franja de tierra, antes de hundirse en el mar, la voz se le pondría ronca. En aquella región, la sal afectaba muy pronto a las cuerdas vocales. Pero nada lo hacía desistir. Al preguntar, dónde estoy que desconozco esta tierra áspera, no lo dejarían esperando la respuesta y así sabría. Aquél era un pueblo rústico, de vocación marítima, lo que era fácil de ver por la propia geografía y las naves atracadas por todas las partes. Pero, en el caso de no saberlo realmente, estaba él en la remota Galicia, verde y poblada de leyendas, por lo que jamás encarcelarían a los dos amantes que habían llegado allí buscando simplemente la libertad.

No puedo hacerme ya ilusiones. Por más que los quisiese unidos, los hados apartaron a Álvaro y Leonora durante largo tiempo. Y cuanto antes admita su separación, mejor me desligaré de lo narrado. Para seguirles inmediatamente el rastro, descubrir sus paraderos, qué fino trazo de mapa los alberga ahora.

Y en esta búsqueda seguiré solitaria. No quiero ayuda, porque jamás describiré las facciones de Álvaro y Leonora. Me niego a dar detalles de sus rostros. Los quiero en la penumbra, siempre secretos, libres del temor de que la multitud pueda identificarlos a través de las claves que yo les proporcione impulsivamente.

A Leonora y Álvaro los quiero eternamente jóvenes. Distantes de los años que deforman. No permitiré que envejezcan ante vuestros ojos. Que por culpa de mi indiscreción puedan todos pegarles en sus semblantes las arrugas recogidas al azar del suelo. Sé muy bien que el rostro no es otra cosa que la piedad impresa en los ojos que nos acechan. Cuando ellos nos aman, son incluso capaces de rejuvenecernos, nos alivian de los años. Sin su estima, sin embargo, toda mirada es implacable. Quiere únicamente denunciar nuestras flojeras y bolsas de agua. Nos envejece sin compasión ninguna.

No, no describiré a estos amantes. Los protejo de vuestra intransigencia, del amargo placer que a todos nutre de despojar a lo humano de su belleza natural. Aprendí a rodear a quien amo de atenciones y sombras amigas. Para que no les vean así las marcas del tiempo. Y si al fin dejo escapar algo, un detalle mínimo cualquiera, será siempre aquella sabia intensidad que sólo puede reflejar un rostro que va avanzando con los años.

Frei Melitone: *Chi siete.*
Leonora: *Chiedo il superiore.*
Melitone: *S'apre alle cinque la chiesa*
Se al giubileo venite.
Leonora: *Oh Superiore, per carità.*
Melitone: *Che carità a quest'ora!*

Melitone definió los límites de su genio, inestable y compulsivo, desde el primer voto de obediencia que hizo al entrar en el convento. Leonora no empeoró su humor. En verdad, él ya solía despertarse irritado, enviando a paseo a quien lo contradijese. No había cómo captarlo para la amabilidad, virtud también cristiana. Por su parte, Leonora nació impaciente. Dentro del hato que Curra le había preparado, llevaba su incontinencia. No fue el miedo, pues, lo que la llevó a tocar la campana a aquella hora. Simplemente, no veía razón para esperar a la puerta, hasta el amanecer, cuando ya había alcanzado su destino. Poco le importaba cubrir su propia presencia con oro y elegancia, y privar a Melitone del dulce placer de educarla.

La tragedia paterna, y la premura de Carlos desterrándola de todos los canteros de la tierra, no le acentuaron su impaciencia. Desde la infancia quiso escaparse de la cuna, sin contar aún con la firmeza de sus propias piernas. Ante tal rebeldía, el padre protestó. ¿Qué hace una noble señorita con semejante instinto para la vida, que ha de herirle un día el corazón y derrumbar nuestra casa?

Mientras se empolvaba el rostro, le sonreía presurosa a su padre. Llevaba retraso para el té de la condesa de Montoso y ya le llegaba a la nariz el aroma de sus rosquillas. Y aquella noche tenía también la cena del duque de Alba, donde ostentaría, como de costumbre, su ilimitado poder familiar.

Se agitaba tanto frente al espejo, que se adelantó en dos horas a la ceremonia, por el placer de retirarse después del primer plato, a pesar de los resentimientos ducales. Sin duda, el duque les ofrecía aquella noche truchas que,

arponeadas en las altas montañas del Pirineo, se habían llevado al galope hasta Sevilla, en un esfuerzo porque se viesen aún las gotas de agua del deshielo.

No le hacían ningún reproche. Siempre la perdonaban, por su belleza y fortuna paterna. Y cuando le tocó darse prisa, para que el marqués no la sorprendiese en plena fuga, prefirió las propias ojeras y la muerte del padre. Se explicaba, pues, su desesperación a la puerta del convento. Privada de la presencia de Curra, llevándola hacia los baños calientes, indicándole ropas y palabras apropiadas, allí estaba Leonora desprovista de un ceremonial que le había embellecido su vida desde su nacimiento.

Sin hablar de que Carlos consultaba constantemente el mapa, para saber de su hermana. Ninguna línea despreció con sus ojos militares. Soñaba obcecadamente con envenenar el agua del pozo para que Leonora se retorciese y sus gritos no fuesen esta vez de lujuria.

El convento la inquietaba. Aunque la iglesia fuese un territorio en cuyos brazos se cobijaban los pesares, la justicia, los refugiados políticos, las innumerables víctimas asesinadas al pie del altar indicaban que siempre existió, entre iglesia y estado, un acuerdo mediante el cual algunos se libraban de la muerte, a otros se los sacrificaba, a fin de que nunca entrasen en conflicto ambos poderes.

No obstante, Leonora olvidaba que las horas de congoja, como las suyas en ese momento, también reclamaban cortesía. Pues se había montado, a través de innumerables *réveillons* y de cadáveres, e incluso para disfrutar mejor de la convivencia humana, un rígido código de conducta que Leonora no estaba autorizada a subvertir. Ni la tragedia personal, de rápida duración histórica, justificaba el olvido de las buenas reglas. Es casi seguro, sin embargo, que tal procedimiento se explica por presentir Leonora que, del otro lado de la puerta, se encontraba una criatura de extracción social inferior a la suya.

La tarea de Melitone era barrer todo el polvo acumulado en el convento con un soplo mordaz, palabras ácidas, o con un pañuelo de lino que, lavado por la noche, dejaba secar en la misma celda, para no perderlo de vista. Se ocupaba especialmente de aquellas plegarias que el Vaticano, como medida de seguridad, conservaba intactas, para que ningún religioso imaginase a la iglesia avergonzada de sus propios orígenes.

Disconforme por verse relegado en la mesa del Señor, entre cubiertos de brillo escaso, Melitone rezongaba porque siempre le correspondía el extremo de la mesa, desde donde hacía circular la sopa y el pan. Y ello porque toda su dote, muy modesta, cabía entera en un pañuelo.

Intentó antes convencer a la familia de que le entregase monedas que le asegurasen funciones nobles dentro del convento. Y tras mucho empeño, recaudó algunas de plata pero éstas, acuñadas de un lado solo, tenían líneas tan mal trazadas que no se veía la efigie del rey. Se pensaba incluso que eran extranjeras, monedas prohibidas en toda España.

Y el desprecio que le consagraban no se debía solamente a su bagaje campesino, que hasta llevaba consigo pan y queso de cabra, sino a su frágil formación escolástica. Pronto se reveló incapaz de perderse en cualquier abstracción, aun en las que adquirían una eventual forma concreta.

Por el contrario, aquellos hermanos iban hacia Dios con ímpetu de búfalo, después de digerir centenares de libros. Y trataban de ahuyentar, en el trayecto, el pensamiento circunscrito a lo inmediato y a lo visible. Allí considerado pobre y objeto de duda.

Acudían al pensamiento y lo distorsionaban de tal modo que ni siquiera ellos sabían ya de qué se trataba, de dónde procedía. Tanto variaba el pensamiento en sus manos, recubierto de finas capas, que cuando se descubrían impotentes para deshacer sus hilos, inmediatamente lo remitían a Dios para que lo deslindase en la tranquilidad del domingo y, mejor aún, lo devorase para siempre.

No obstante, nunca habrían perdonado a quien osase traducir la apariencia de Dios en lenguaje visible a todos y al mismo tiempo. La simplicidad los habría aniquilado, seguros como estaban de que únicamente se probaba la existencia del pensamiento humano, y su elevada complejidad, mientras no fuese posible verlo ni alcanzarlo.

Dios era el pretexto de un ejercicio que les hacía dar un salto fuera de la realidad. Y gracias a tales viajes sin regreso se debía la vida en aquel convento, en donde Leonora había atracado, sin el auxilio de velas hinchadas ni marineros de narices con alas ni olor de mar.

Si no hubiese sido por el mulero, jamás habría llegado allí. Leonora le informó que iba camino de Italia, que el marido y los hijos la esperaban preocupados. Al norte de aquel país, entre cipreses y hombres rubios, ellos habían montado la casa, con la chimenea encendida desde hacía mucho tiempo. Se sintió tan convincente dándole pistas falsas, que hasta el recuerdo de los hijos le volvía pesada la tripa. Pero tenía que defender el derrotero fijado por el padre Cleto, aún en Sevilla, después de huir de casa.

El padre Cleto intuyó en el acto los motivos de la visita. Una noble no se empobrecía salvo bajo amenaza de muerte. En Leonora eran visibles las señales del dolor y la premura. Le dio la mano a besar, y la dispensó con palabras que le salían a borbotones: hija, cuando la hiel y la amargura te dobleguen, no dudes en acudir al convento cuyo nombre y dirección figuran en este pergamino. El abad de allí, compañero de viejos cilicios y del rosario con las manos en cruz, es el único capaz de ofrecerte seguridad y sacrificio al mismo tiempo.

Bajo la custodia del padre Cleto, con su nombre escondido bajo la lengua, Leonora esperó que se abriese el portal, aún de madrugada. Melitone le preguntó los motivos de la visita, investigando su pasado. Quería saberlo todo. Era siempre tan indiscreto que a veces se ponía a escuchar lo que dirían las frutas en el calor de la cesta de mimbre, ya que había viajado por el mundo más que él. También Melitone cortejaba al viento. Atento a las ráfagas que traspasaban las puertas del convento, selladas de tal modo a cera y clavos que, en casos de emergencia, había que forzarlas a gritos y puntapiés.

No lo ponía de mal humor que le llevasen la vida que, según suponía, debía de existir allí fuera. Sino que le designasen siempre al abad como confesor, cuando él estaba dispuesto a proporcionar calor, una actitud comprensiva y rápida absolución. ¿Qué desea, señor, del abad? Él no podía suponer que en el pubis de aquél a quien trataba de señor había piel de satén y además tenía hermosos muslos y unos senos que el esforzado *crayon* pronto fijó en el primer esbozo. Y que otras partes de ese cuerpo merecerían amplias descripciones.

(Ciertas palabras en este texto se están excediendo en sus funciones. No las endosaré de ningún modo. Me refiero particularmente a las que destacan calor y cuerpo de Leonora. Pues la verdad es que nunca la sorprendí en el acto de levantarse la falda ni de quitarse acalorada el corpiño, para que le viesen los senos de africana del norte, empinados y sólidos. Jamás fui tras ella en ocasión de su aseo íntimo. Quise privarme a propósito de un conocimiento que se esfuma en la transcripción. Siempre, además, ignoré los detalles con que realmente contamos para elevar un cuerpo, darle credibilidad y sujetarlo al amor. No es con simples sugerencias como se inventa un cuerpo que arde entre nuestros dedos y nos transmite un intenso sobresalto.

El esfuerzo en describir a Leonora acabaría por fijarle plazos no siempre prorrogables en la delicada memoria del lector. No culpo al lector que demanda un cuerpo real en sus lecturas. Pero le sugiero el placer de crear su propio modelo de carne y huesos. Al que le añadirá también la belleza, si lo satisface la convivencia con lo fugaz, si no le da miedo. Por mi parte aprendí que la vida reniega a toda hora de cada detalle que le agregamos. Así pues, esta clase de complicidad no debe existir entre Leonora y yo.)

Melitone acusaba a las mujeres de garzas, blancas y voladoras. No las quería cerca. En caso de que hubiese sabido que el señor era Leonora, equivocaría el camino de vuelta a la celda, confundiendo el refectorio con el catre. Y

durante muchas horas, huyendo de los oficios, del incienso de la capilla, para vagar dentro de una cerca de alambre, clamaría contra el poder de la carne, bañada en sudor y secreciones. Inmerso en ese sueño, atribuiría a Leonora inmensos senos que saltarían de su vestido y se harían daño al caer. Al ritmo de aquellos pechos jadeantes, se golpearía repetidas veces la cabeza contra la pared, en la lucha por librarse del pozo donde su cuerpo flotaba.

Invitada a entrar, Leonora sorprendió a Melitone rechazando ese ámbito. Se disculpó diciendo que el aire de fuera le hacía mejor a su salud. Melitone insistió, ¿es usted un excomulgado? En caso afirmativo, aun así, que visitase de prisa las tristes paredes del convento, y que especialmente se detuviese ante las parras, ya a punto de emborrachar a la comunidad.

Desde niña, Leonora celebraba las uvas, su dulzura de sol. La naturaleza la conmovía y descubría en ella más virtudes que defectos. Al revés de lo humano. Y así divagaba cuando la saludó el abad, reprobando sus palabras. Dado su ministerio, apostaba por el hombre. Arrastrando los chanclos, cargado de espaldas, parecía recoger ramitas y sentimientos del suelo. De maneras finas, propias de un hidalgo, la liberó de dar explicaciones. Ella insistió: se trata de un secreto, señor abad.

Se le aflojó el cuerpo. Aquella voz acongojada y húmeda socavaba su oído. El abad atribuyó los vahídos a pocas horas de sueño. Llevaba mucho tiempo excediéndose en oraciones y ayuno. El cuerpo ahora le pesaba. Despidió a Melitone, pues quería quedarse a solas con la visitante. Le recomendaba, sin embargo, clausura. La celda era fría, la verdad sea dicha, y sólo recibía sombras a través de la vela, pero ¿qué otra vida tenían que los acompañase?

Melitone amenazaba con dejarlos una vez al mes. Se ofendía cuando el abad se obstinaba en no compartir los secretos que, en aquella casa, iban directamente a su regazo. Pues Melitone amaba el secreto sobre todas las cosas. A su juicio, se concentraban en él los mejores sentimientos, justamente las palabras capaces de definir el fino repertorio humano. Era partidario de que divulgasen el secreto por la tierra, mucho mejor si lo hacían sobre la grupa de un caballo veloz. En caso de que no fuese así, no veía por qué llegar a concebirlo. Pues ¿no era la gente la que buscaba las palabras con el único fin de darle forma, de hacerlo vivir? ¿Cómo no ser el primero, pues, en disfrutar de sus beneficios?

Personalmente, coincido con Melitone. No veo razón para que los documentos papales, los sigilos de estado, la correspondencia de amor y traición de los pares del reino, los sellos con que se lacran triunfos y derrotas, permanezcan bajo el control de autoridades que sólo los libran a la expiación pública mediante servicios que hagamos en dinero, sumisión y sospechoso recato.

Y que tales confidencias sólo se desagüen bajo el peso de los escrutinios abarrotados de lamentos, resentimientos, disgustos, y con el propósito de extraer de nosotros una producción que les asegure el poder, mientras evitan que desfallezcamos al sol de nuestro abandono.

Al contrario de Melitone, aprendí que lo humano se confía primero en el poder, que cela por su secreto, y determina cuándo la colectividad ingresará en el caracol, donde las palabras derraman a cántaros lo mejor de su generosa miel. Y, actuando así, el poder se da salida a sí mismo pues, en contra de la creencia común, no se anula en la división. Cuantos más papeles, recados y palabras eche a volar, tantos más retornan a sus brazos.

Y, mientras así se engrandece el poder, el dominado fabrica un hilo de seda que tiene principio y no se sabe dónde termina, y sobre el cual hace deslizar palabras que irrumpen en medio de la noche y quieren morirse allí mismo. Pero no mueren estas palabras suyas. Más bien pierden el recato, se corrompen, pasan a manos del poder, que había prometido olvidarlas.

Pues, siempre atentos a la Historia, estos interlocutores preservan toda narración secreta, no dejan hecho sin registrar. Son conscientes de que el mundo es una esfera agobiada bajo el peso de los propios deberes, y que, al girar alrededor de su eje, acentúa su poder de organizar el destino humano. Así las aventuras que no supimos conservar entre nuestros muslos, quedan bajo su custodia. E incluso sencillos ingredientes como el agua y la harina dejan la cama, el salón, el vecindario, para acabar archivados por ellos como quien jadea y no sucumbe.

Aunque enemigos y aun teniendo la certeza de que liberan secretos de versión única, y con un retraso mínimo de diez años, nadie prescinde de ellos. Al contrario, bajo su custodia, el pueblo incluso se excede. Les suministra confidencias que ellos rescatan, imprimen y dirigen. E inmunes a esta secreción nuestra de miseria y ansia, nada los debilita. Ni la malicia ni el dulce veneno de lo cotidiano. Simplemente trascienden lo real proponiéndose otra historia. Es decir, inventando la que nos falta.

También yo, en mi oficio, me parezco a ellos. Diariamente exijo un documento nacido de la confianza ajena. Pero, diferente de ellos, traiciono a quien me ha cedido su hilo inextinguible. Trato siempre de publicar el texto que suma mis paseos por la tierra y por los surcos de los rostros. Jamás retengo tesoros que, por ventura, hablan de piel, ardores, compasión, desdicha.

Amo los secretos. Me pongo sedas y galas para su ceremonia. El corazón me late ante la revelación de su prestigio verbal. Pues sé cuánto se ocupa esencialmente la existencia humana de esconder gestos y palabras que mejor nos narran a nosotros mismos. Tal vez intentando así empobrecer la biografía y prestigiar la historia oficial. De este modo, siempre estoy a la caza del secreto que mine mi conciencia con su boca carnívora y dispersa.

Los secretos domésticos son mis predilectos. Nacidos en la alcoba y en la cocina, exhalan sudor, ajo y cebolla. Se ocupan de los sentimientos y de las irregularidades caseras. Y lo humano siempre busca esconderse en ellos. Que es donde mejor crecen, por lo demás. El hombre los mastica junto con los alimentos. En posesión de ellos, se va convirtiendo en un narrador sin libro.

Al principio sólo con una página y muchas sílabas. Más tarde, instrumentalizando el secreto, que confirma su propia existencia y le asegura aspectos ricos, él ve cómo su historia, a través de la divulgación oral, aumenta y prosigue con absoluta autonomía, prescindiendo ya de su declaración primera.

Es cuando surge, en el pico de su modesta narración, un espectáculo que provoca el salto a lo imaginario del que todo el barrio carecía. Así, sobre esta única página, se escriben las que faltaban. Y mucho mejor que sea así. Pues por qué debería la historia humana revestirse siempre de pudor y sigilo, expurgando la pasión que se le escurre del ombligo, con el pretexto de una limpieza regeneradora.

Me palpo el corazón, que no es solitario. Y reniego del prestigio de una vida que no adquiere contornos narrativos, sin fuerzas para revelar caminos difíciles pero iluminadores, ya que se niega a dejarse retratar. Aun sabiendo cuánto se resiente una narración con nuestra ineptitud para revelarla. Pues cuántas veces yo misma no he oído al vecino a tiempo y me he desinteresado de quien ofrecía vida y sangre. He dormido demasiado, me ha perdido la indolencia.

Los ojos andan siempre pidiéndome certezas. Y los amigos me piden provisiones para combatir el peso de la conciencia y del tedio. Pero ¿Por qué justamente recurren a mí, a mí dirigen su solicitud de secretos? ¿Acaso no es la confidencia una invención colectiva, perteneciente a todos, tal vez por el hecho de proponer a la realidad una vida más fecunda?

Capturé algunos secretos flotando en la mirada vecina. Los pillé con una vara de junco, ideal para peces pequeños. Los eché en el estanque del área de servicio. Humedeciéndolos con agua, les di lo que llamamos vida, combinación de alimento y oxígeno. Y aunque resistan el silencio durante todo un día, no se quedan allí mucho tiempo. En seguida, mientras estudio su fuerza, adquieren cuerpo en el papel. A tres de ellos, sin embargo, los escondo en el corazón. Y no pienso sacarlos de allí, pues allí están construyendo casas, pozos y arterias, bajo el mando ético que decidió albergarlos.

El abad respondía a la vida con rapidez. En medio de la lectura, allí estaba convirtiendo el drama en comedia. Y, rezando el rosario, ponía en duda el sistema métrico y la oración como únicos recursos para acercarse a Dios. Así había establecido, para uso interno del convento, una cronología original que los redimiese. Conmemoraban los domingos, los jueves, y ciertos festejos, según las conveniencias de un calendario en total desacuerdo con la península ibérica.

Todos tenían prisa en envejecer. Y como no siempre el cuerpo respondía a este intenso deseo y, muy por el contrario, algunos incluso rejuvenecían, trataban de engriparse, de coger frío, se excedían con la sal para que les subiese la tensión al borde del derrame. Y así ponían esos malestares en la cuenta de la muerte próxima.

Y por haber sorprendido a algunos blasfemando cuando veían consumírseles la vida, el abad llevaba, sólo para avergonzarlos, la efigie de Dios dibujada con tinta china. Le había atribuido un rostro muy moreno, barbas abundantes y una inefable sonrisa.

Todos los domingos el abad palpaba a algunos hermanos, diagnosticando a cuántos sepultarían el lunes, día fijo de regar la huerta. El ilíaco saliente le rasgaba el traje gris, tal era su afición al ayuno. Ejercía su autoridad seguro de una rápida observancia. Pues alababa sus debilidades con rara maestría. A fin de cuentas, a él le había tocado la palabra apostólica, que sin pérdida de tiempo dejaba caer en el sensible oído humano.

La familia le había facilitado con oro y perfecto latín el ascenso jerárquico. Habiendo puesto los pies en el convento, una mañana de sol, pronto le anunciaron que, en menos de nueve años, el cetro de la casa, constituido por todos sus haberes, pasaría a ser de su dominio. Que no dejase nunca que el poder cayese en el frío enlosado de la capilla. Antes debía sujetarlo con el lazo, pues era diestro y escurridizo, como un verdadero gaucho. Y calentarlo junto al corazón, de donde irradiaría prioridades, mando y una poderosa fe.

Se desprendía de las tentaciones con elegancia. Le indicaba al demonio la puerta de la calle y bastaba con prometerle la vida. Todo para conservar su cuerpo honrado. Leonora temió que, sin oírle siquiera el discurso, creación exclusiva suya, por lo que se sabía todas las palabras de memoria, él la interrumpiese al fallar en la primera sílaba, siempre la más importante. Le resultaba penoso abrirle el corazón, como lo hiciera con Álvaro. Aunque Álvaro, por su formación militar, lejos de entenderla sonreía sin captar del todo sus congojas. La proximidad del cuerpo, con su temperatura ideal, acababa por ayudarlos. Ambos temblaban y les iban naciendo las palabras.

Cuando Leonora se decidió por el abad, Nélida le negó su ayuda. Y no por celos o porque sufriese al compartirla con extraños, sino porque la cronista había insinuado que más le convendría un exilio con trufas y vino blanco, en lugar de la sangre y la reclusión. Que Leonora fuese hacia donde se encontraba la vida, pues no le quedaría otro modo de salvarse.

Leonora no quiso oírla. Sobre mi vida decido yo. Habría de enfrentarse sola al abad, olvidando que él se había alimentado al pie de la cruz, había oído las imprecaciones romanas y las tenías reforzadas en la memoria. Siempre dispuesto a defender la escuálida faz de Cristo.

No habría sido fácil para Nélida explicarle al religioso la penosa trayectoria de Leonora. Al fin y al cabo su lenguaje era tan ortodoxo como el de él. Y seguramente chocarían cada vez que sus temperamentos sufriesen comparaciones o mutuos reparos. Si el abad había elegido la vida religiosa, como premio había perfeccionado la propia fantasía. Su imaginación superaba naturalmente la de la cronista, a quien la vida le sorbía sus mejores recursos. Nélida se arriesgaba, es verdad, a montar un espectáculo deficiente, con protagonistas enfermos, incapaces de captar la atención del espectador. Si Leonora quería favores, que explotase los recursos de su propia alma.

Lo siento mucho, Leonora, pero considerando el estado en que todos es-

tamos, tú serás tu propia embajadora, dijo Nélida. Leonora fingió ignorar a una vecina que, por mezquindad, no hacía nada por enriquecer su historia. Y ahora, para agravar su situación frente al abad, al día le costaba nacer.

¡Soy una mujer!

Una dona a quest'ora... gran Dio!

Desconozco la vocación sexual del abad. Si la voz le tembló por sorprender una especie húmeda que siempre había excitado su fantasía, o le sobrevino la turbación porque le transgredía una regla básica del convento sin permiso suyo. Lo cierto es que hay una gran emoción en su *gran Dio*. Tal vez el lamento de quien no ha saciado a la carne antes de los votos. O la certeza de que, aunque le hubiese prestado atención al cuerpo, es el cuerpo un rebaño que se alimenta de una hierba que jamás sacia el hambre.

Alude él a que es muy temprano como si sólo permitiesen el amor por la noche o la carne fuese frágil únicamente después del poniente. Aprendió, como cristiano, a menoscabar al hombre de las horas iluminadas, todas condenadas para el amor. En defensa del principio de que, como hay que convivir con el cuerpo, semejante acto ha de realizarse a oscuras, con la vergüenza en la piel.

La confesión de Leonora le obligaba a investigarle el sexo. Y aun resistiendo, ninguna zona le parecía tan irrigada por juveniles aguas blancas. Casi sin respirar repetía «¡una mujer a esta hora!», a pesar de que Leonora, desconectándose de voltajes eróticos, insistía en presentarse como infeliz, desorientada, una repudiada de la tierra, maldecida por el cielo, heme aquí postrada a vuestros pies pidiendo piedad, el camino de la salvación. Aceleraba ella su desvalorización verbal, por saber que la mujer, durante su exilio en la tierra, debía atribuirse desgracias, enfermedades de la piel o venéreas, la mala suerte, en suma, para ahuyentar a quien pretendiese su carne sin consentimiento. Había aprendido que el deseo se hacía más fuerte con la belleza, el perfume, la exaltación, y nunca la desgracia.

La docilidad de la mujer tranquilizó al abad. Ya no quería rehuirla sino oír su historia. La carta del padre Cleto, con suave aroma, le confiaba a la mujer sin mencionar su nombre. Lo que hiciese de ella tendría su anticipado aplauso.

¿Tú eres, pues, Leonora de Vargas?

La reputación del padre Cleto se asentaba en gran medida sobre la prudencia y la discreción. La vida lo había hecho, por su parte, lacónico y temeroso. Siempre dispuesto a desconocer a quien lo hubiese buscado en la víspera. Después de la consulta, todos se volvían inmediatamente extraños. Que no le preguntasen sus nombres. Con Leonora, más severo todavía, ya a la salida olvidaba si había sido en verdad una mujer la que lo había buscado. Nunca se le ocurriría, pues, avisar al abad, ni siquiera a través de un mensajero de confianza, que Leonora iba a su encuentro y en pocos días de viaje estaría llamando a la puerta del convento. Le había encargado que se anunciase personalmente.

Recién llegada, le había faltado tiempo a Leonora para exponer su nombre y origen familiar delante del abad. Así que no se pudo saber exactamente cómo él, ajeno a los medios de comunicación, televisión, radio o periódicos, la identificó con tanta rapidez. Nadie tenía idea de este viaje, salvo Leonora y el padre Cleto, naturalmente. La propia Leonora, hasta el encuentro con Carlos, no pensaba en obedecerlo. En ningún momento había defendido el convento, una solución, según su modo de ver, tan quirúrgica como enfermiza. A fin de cuentas, ¿cómo se podía excitar la carne en una celda de dos por tres?

Había soñado con viajes distantes, especialmente con París. Tenía una tía en la *rue de Seine*, una Vargas que vivía allí, por males de amor, pobre y desheredada. Sonreía sólo con pensar en sorprenderla camino del mercado, con la cesta en la mano, loca como estaba por los peces de río. En su compañía, entre los arbustos de los *Champs-Élysées*, pensaba rechazar a cualquier francés que aspirase a su mano, mientras aguardaba el perdón fraterno.

A pesar de ser española, con impulsos de autoflagelación, educada para saber que muchos compatriotas se deciden naturalmente por el cilicio, optó por el convento apremiada por Carlos, cuya voz de hermano siempre se había destacado en medio de la multitud. Él le moldeaba el destino al amenazarla de muerte.

La prisa con que el abad, dueño de limitados recursos, dio a Leonora bautismo y apellido ilustre, es en verdad sorprendente. A menos, claro, que él obedeciese a aquella contingencia narrativa que permite que el hombre, esté donde esté, absorba aun sin querer acontecimientos ajenos y distantes, sólo porque participa de la memoria colectiva y dispone de la vida y su mágico oxígeno. El acto de vivir le concede así la propiedad de traspasar fronteras, apropiarse del secreto seminverbal, no pronunciado, a veces a mil kilómetros de su sensibilidad.

Un proceso intenso a escala colectiva. Más discreto cuando la acción es individual. Nacido siempre del modesto hilo de agua que crece cuantos más favores y atenciones atrae, hasta formar un conjunto de declaraciones en permanente circulación. Desde la cuna, y en la cama, utilizamos un balbuceo modesto, pero no prescinde de la forma verbal, y hace que esta chispa se difunda por las casas, ciudades, aldeas, montañas, hasta que esos tambores redoblantes alcanzan la vida religiosa.

¿En qué momento el abad, identificando a Leonora, le concedió una historia? Ni siquiera él mismo sabría explicarlo. Aquellos días, ningún viajero pernoctó en el convento para hablarles de Leonora, figura ahora de cera que adquiere sucesivas formas al calor de las discusiones. Indiscutiblemente Leonora, con el asentimiento del padre, alcanzó en Sevilla la notoriedad reservada a los héroes de los que, por otra parte, la ciudad carecía, pues sólo a la sombra de sus memorias soportaba lo cotidiano.

Inicialmente, el susurro fue discreto, hasta que se repitió con ritmo orquestal, con el fin de que la vida de Leonora se volviese más real narrada por ellos que si estuviera regida por sus propios recursos. Una existencia repartida en mil detalles que le iban añadiendo diariamente. Más jugosa que si se hubiese dedicado personalmente a divulgar sus avatares desde la fuga planificada con Álvaro.

Después de la muerte del marqués, ya no le correspondía confirmar su propia historia. La fabulación colectiva le había forjado una vida de la que habría de enorgullecerse cuando volviese a Sevilla. Y Leonora de Vargas les había cedido, aun contra su voluntad, generosas porciones con las cuales todos iban tejiendo una mitología.

Las pupilas sevillanas se encendían, no de indignación por la muerte del marqués, sino de codicia. Deseaban seguirla, adueñarse de sus sentimientos y pegarlos en todas las puertas, aldeas, y hasta en el propio convento, donde Melitone e incluso el abad se obligarían a soportar, entre el chillido de los goznes, las emociones humanas.

Sin darse cuenta, hacía mucho que el abad la esperaba con la misma ansiedad de los hogares sevillanos. Aquellos días, Leonora había traspasado los límites de lo real posible ingresando en lo real imaginario, que era el sueño colectivo. Y el abad había adoptado el papel de narrador en la cadena de relatos que tenían a Leonora como protagonista. Le correspondía, pues, confrontar la noticia oral, llegada inadvertidamente a sus manos, con la realidad posible, traída por Leonora.

Ella misma ya no existía. La confirmación de su existencia sólo serviría para disminuir el desasosiego y el impacto de la narración que personificaba. Y entonces se descubriría parte de un relato ampliado con elementos que no habían surgido de ella, todos despojados de su fragancia. Y sabría que protagonizar un hecho es irrelevante, real importancia posee quien inventa la historia, le da cuerpo para que circule, la transforma en el relato que la colectividad espera hace mucho, que narra también. Para convertirse también en dueña de una fábula que, en verdad, no es más que su retrato íntimo, la voracidad de su corazón melancólico.

Somos, el abad y yo, simples mediadores. Escribiendo, o a la escucha, por los apretados pasillos de las cerraduras. Recogiendo materiales dispersos, ajustando algunos con simetría, preservando de otros el belén que arrastran desde el nacimiento, en el pesebre. Éste es un oficio necesario. Si no nos dedicásemos a él, los nudos humanos se desatarían por sí solos, el lenguaje perdería el poder de combinar lo que se circunscribe a él con lo que se hace en su nombre, la invención con el transcurso biográfico. Sin nuestro esfuerzo, se ignoraría que detrás de la historia existe otra, que más atrás aún existe otra y así sucesivamente, hasta el principio del mundo.

Una tarea fundamental es preservar la historia humana. Ya a través de nuevos datos, ya alterando el rumbo de los hechos, fieles siempre a la inagotable cadena narrativa, que jamás se rompe. Para que al registrar un hecho, al interrumpir un acontecimiento con mi propia versión, esté siempre soñando con voces humanas, incorporando su calor y sus vísceras.

La maledicencia que difama a Leonora en estos momentos redime su existencia, perdona la sangre derramada. Gracias a la muerte del marqués, con tantas versiones que se ignora cuál es la fidedigna, entró Leonora, aunque dispersa, en el corazón de lo imaginario popular. Hasta el punto de que sólo adquiero consistencia cuando tropiezo con su cuerpo, siento su respiración y su olor, ambos inmortales.

No es fácil vivir sin los comprobantes que los vecinos nos dan. Diariamente solicitamos recibos que confirmen lo que somos,

nuestros hechos, las palabras de tres meses atrás. Y hasta lo que haremos frente a una pieza porosa llamada alguna vez futuro. Sin una fuerte comprobación ajena, dudamos del conjunto de pequeñas facilidades con que contamos para vivir incluso un lance de amor. Y si hasta el abad, previamente destinado a la santidad, se deja envenenar por la propagación de las noticias, quiere decir que todavía vivimos bajo dominio humano. Con esta certeza poco valen los hechos de Leonora, cuando es a nosotros, y sólo a nosotros, a quienes corresponde inventarle una vida, proponerle un ritmo cotidiano.

Si respondo cuando gritan Álvaro, con el don delante, tomando en cuenta que tengo un pulso firme, la fuerza del brazo aplicada al enemigo, mi destreza en matar, sin hablar de mi acento desgraciadamente sevillano, está a la vista que van a decir *voi siete* don Álvaro, el asesino del marqués de Calatrava; quien, por órdenes de este muerto, fue expulsado de la mansión noble y perdió a su novia la misma noche de bodas.

Pero, ¿será realmente necesario cambiar de nombre, olvidar los murmullos de la madre en la cuna, renegar de la herencia paterna, que nunca fue mucha y que era toda la carne de cerdo, la sopa, el primer traje de terciopelo que él pudo ofrecerme junto con las monedas acumuladas a través de los años? ¿Y para colmo fingir que no me cuesta responder cuando me llaman Pedro o incluso Juan?

No es fácil desistir de una casa familiar, al fin y al cabo éramos muchos a la mesa. En bien de la verdad, siempre hemos sido numerosos, en la comida y en la prole. Desde mi bautismo mi madre pensó, si no lo llamamos Álvaro, será un pagano. Mi padre insistía, ha de llamarse Ernesto y no me preguntes por qué, mujer. Sabía sólo que daba suerte, se había topado con muchos vencedores con este nombre, bajo su amparo. Y además combatiría la larga lista de nombres cristianos en la familia. ¿Y quién le ha dicho, hombre, que Ernesto no es un santo? Fíjese en el almanaque del boticario. No, porque yo lo veo acribillado de pecado y de flechas, pero nunca como un san Sebastián romano y con vicios secretos.

Lo que me salvó de la ira de mi padre fue ser sevillano. De otro modo, se habría empeñado en llamarme Siegfried, aunque desconociese los *Nibelungenlieds*, muchos de los cuales dicen que son nazis. Sin duda, mi padre habría sentido placer en imponerme la incómoda sensación de estar abandonando España, por el simple capricho de una *cadenza* musical.

También a mí, como a mi padre, la música me hace perder el sentido. La simple emisión de un saxo soprano, que no se puede aún escuchar en toda España, me habría mortificado el cuerpo, por lo que sé de su lamento. Cosa incomprensible, por lo demás, para Leonora. Y es natural, pues la educaron para bordar, y sólo con lana, además de que es capaz de tejer incomprensibles historias de las que se apropian las tapiceras reales, quienes las venden más tarde en los kioscos del parque del Retiro, en aquel caluroso Madrid.

¿Y habré comprendido realmente a Leonora? No lo sé. Siempre me miró como si estuviese distinguiendo a tres hombres en uno. Como si no le bastase con una única figura de hombre para la cabal comprensión de esta especie. Yo protestaba, ¿acaso quieres inventarme para que sólo yo llegue a aceptarme y comience a creer en mí mismo? Ella me besaba, desgarrando mi boca con la suya. Le pedía, por favor, contrólate. De nada servían mis ruegos. Leonora estaba signada por la fuga, aun antes de amarme. Antes de que le propusiese seguirme. Creo incluso que si no hubiese sido el amado que se la llevó de Sevilla, algún gitano atrevido la habría arrastrado hasta Sierra Morena.

Para ella, la aventura precedía al amor, ofuscaba el sentimiento. Me pregunto, entonces, cómo se habría conducido después de abandonar juntos las propiedades del padre, del galope de algunas horas y de detenernos agotados. No creo que Leonora hubiera reprochado o señalado los defectos del viaje. Su aliento se renovaba cada hora automáticamente. E, inundada por el sudor, habría tratado de enjugarse el rostro en mi pecho para que me sintiese confiado. En el campamento, al que tengo derecho como militar, ella habría preguntado, ¿dónde queda la tienda del comandante? ¿Y para qué quieres saberlo, Leonora? En caso de peligro, necesito a quién recurrir.

No habría servido de nada reprenderla. No quiero verte entre soldados, no queda bien. ¿Qué dirían de mi mujer, de una noble sevillana? Hay que cuidar las apariencias, Leonora. Enfadada, habría cogido agua y jabón. Me lavo ahí fuera, no soporto tus reproches. Yo le habría dicho, confiesa que me amas y que has enfrentado los peligros del mundo en nombre de esta pasión. Me habría besado, para evitar roces. Tal vez planeaba huir a la semana siguiente, por el placer de repetir las mismas emociones de la última cabalgata nocturna. Pero ¿con qué otro caballero se habría ido dejándome a merced del disgusto?

Desde pequeño, quise servir a las órdenes del rey. Mientras que Leonora, además de los bordados, amaba las escapadas nocturnas. Motivo por el cual tal vez yo no vacilase, con la sola intención de servirla, en disfrazarme de oficial rubio, proponiéndole una nueva aventura y evitando así que tomase ella la iniciativa de hacer idéntica propuesta al vecino de la barraca de lona del ejército español. Y, prisioneros los dos de este destino, habríamos corrido el riesgo, por tanto saltar muros y atravesar haciendas de grandes aristócratas, de servir al maldito ejército holandés, de deleznable memoria. Pero a tales azares nos habría llevado el amor.

Hay quien es capaz, por los rigores del amor, de renunciar a la fortuna. Es justamente mi caso. Abjuré de emblemas, de la fe, de estandartes, del pasajero ascenso social, a cambio de los arrebatos de Leonora. ¿Quién se habría resistido a sus encantos? No fui capaz.

En cuanto desembarqué en Sevilla, después del viaje a las Indias (afirma Nélida que nací en aquellas regiones, sólo porque pasé allí algunos años, el tiempo de aprender la disciplina militar y el arte de matar con tacto y mínimo esfuerzo), vi a Leonora de Vargas en el barrio de Santa Cruz de La Cerrajería, apoyada en el árbol de naranjas amargas. Suspiré, me ardió el corazón, mi órgano quiso obtener vida fuera, y todo me consumía, hasta las alegrías y los sobresaltos.

Fingió no verme. Cuando en realidad había distinguido hasta el pañuelo que, atado a la espada, regalaría a la gitana que me prometiera amor aquella tarde. Y en el acto había pensado que la prenda servía para embellecer a su rival, pues mascullaba como acusándome de traidor, castigándome con la gracia de los amantes. Ya entonces yo conocía los privilegios concedidos a los que nos aman. La propiedad que tienen ellos de lastimarnos, de ir al fondo del corazón, y, en este pozo oscuro, ejecutar la venganza. Leonora era de las que se vengaban incluso antes de decir, Álvaro, te amo. Y sólo porque se precipitaba pensé, esta mujer será amor y perdición al mismo tiempo.

Le quité el sombrero, adornado con plumas. Ella desvió la mirada hacia un punto distante de la Cruz de la Cerrajería, el más hermoso ornamento de aquel rincón era el farol de bronce. Y su mirada siguió tan distante que llegué a pensar si no había abandonado el barrio de Santa Cruz, de tanta tradición judaica, pero hacia dónde fue esta mirada para que yo pueda rastrearla, hacer mío su camino. Estaba Leonora tan segura de su poder, que mientras andaba, no se volvió una sola vez, sabiendo que yo la seguía. Sin responder a Curra que le proponía un recorrido más rápido. Había intuido que, a pesar de nosotros, se armaba un mosaico de piedras opacas y preciosas, con toda la superficie llena de aristas. Ambos comenzábamos a trabajar para Nélida. Sin conocerla todavía. Pero seguramente su avidez la había atraído a aquel lugar. De inmediato presintió en nosotros la cualidad trágica que no deseaba perder.

La cronista esperaba que las agujas del reloj le indicasen la hora de presentarse. No se acercaría antes de que la vida los hubiese templado. Esperaba el momento exacto de poner en marcha el destino. Aquella respiración de toro a punto de atacar. A fin de cuentas, la voluntad de los hados siempre se ha cumplido lisa y llanamente. De nada serviría ahora que el propio Álvaro le suplicase dejarlos de lado. Nélida se reiría, como de costumbre, hasta en instantes dramáticos. Cuando se le ocurre pensar, ni yo misma soy dueña del plan que me he trazado. También me obedezco.

Leonora recorría las calles estrechas con andares de gacela. ¿Y de qué otro modo definirla? Seguramente, decir gacela chirría al oído culto, siempre exigiendo novedades. Nélida tampoco habría perdonado la imagen, vulgar para su gusto, ella que es tan pretenciosa. Sin embargo la gacela es un animal de patas aladas, su delicadeza acentúa el abandono al que su especie está condenada.

Leonora le dijo a Álvaro, separados por tres metros de distancia, esta noche a las nueve Curra lo recibirá en el portón principal de los dominios Calatrava. Ordenó, no me siga más, lo que teníamos que decir ya ha sido dicho. El resto es obra del azar. Y diciendo, o sintiendo destino, lo obligó a sufrir: amo a esta mujer, aunque por la pasión pierda todas mis insignias reales, la honra, el bonito sombrero de plumas de avestruz.

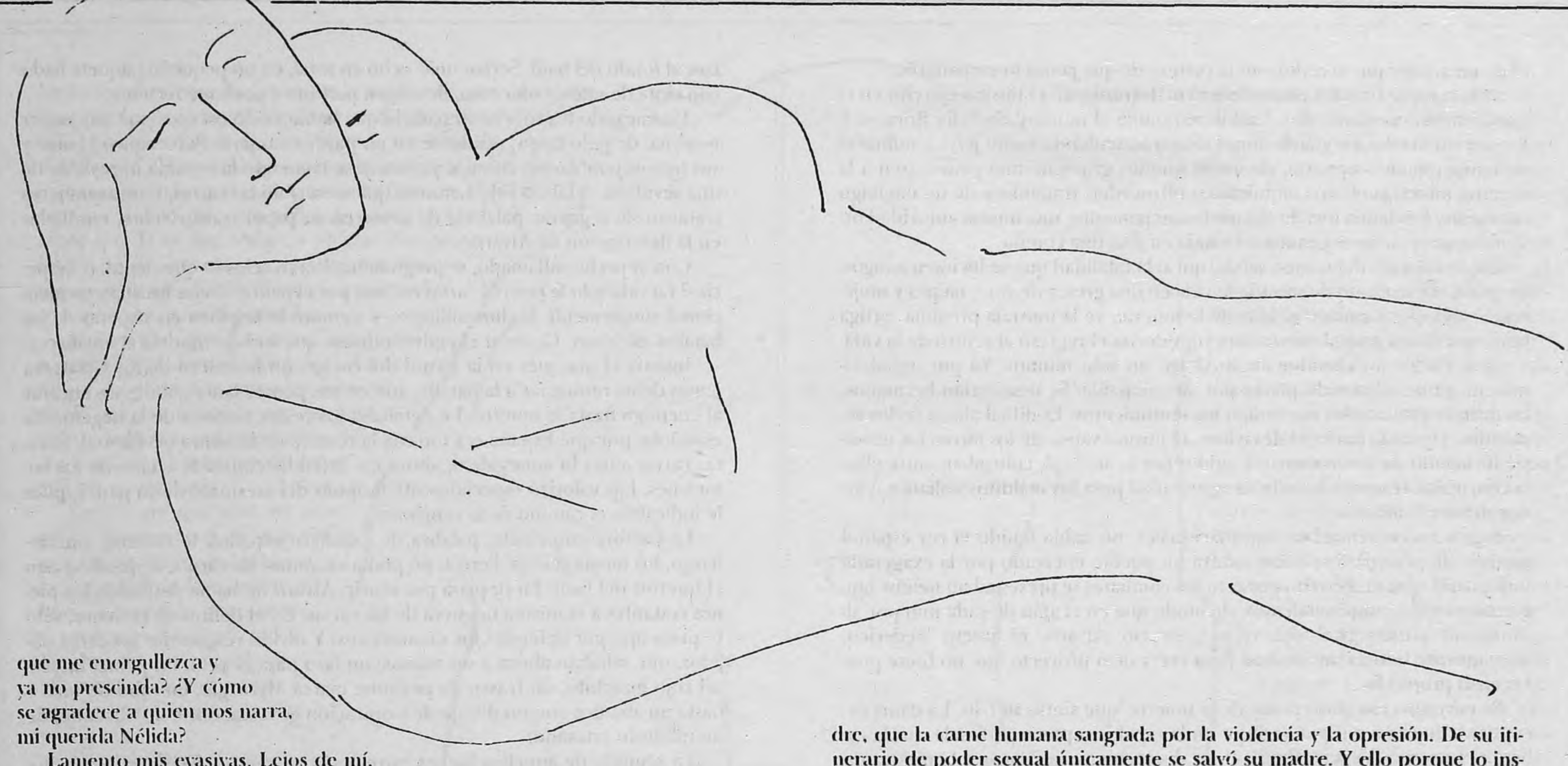
A las nueve, Curra lo tomó de la mano, ahora irá al encuentro de Leonora de Calatrava, gran doncella de Sevilla. Le recomiendo que se cuide del marqués y de los propios impulsos de la doncella. Desobedézcale aunque le pida lo vedado a las vírgenes. A la doncella sólo le toca conservar su propio estado, bien lo sabe un caballero como usted. Le hablo así porque he sido su ama de leche, la leche que la fortaleció era más mía que de la marquesa. Yo aventajé a su madre en muchos litros, pues ella era perezosa y, perdida por la vanidad, quería evitar que le saliesen grietas en el pecho.

Álvaro juró recato, pero no prometo casamiento porque debo consultar antes a Leonora. Tales palabras le sonaron de buena ley, el respeto confirmaba la ilustre prosapia del caballero. Curra le cedió a Leonora ya aquella primera noche y también las que siguieron, toda de blanco y con el pelo suelto. Ellos se abrazaron al punto con fervor de piratas, con el puñal entre los dientes. Álvaro le retribuía la pasión con cauteloso arrebato pues, a fin de cuentas, había empeñado su palabra, y ahí estaba ahora su palabra suspendida en el aire, y él arrepentido.

¿No me amas? dijo Leonora. Te amo, sí, sólo pretendo velar por tu honra. Bastó que yo le echase esta flor para que la mujer soltase la risa, se rió, sí, te lo juro, Nélida. No lo dudo, Álvaro, yo estaba presente. Fue en ese momento cuando comencé a interesarme por vosotros. Lo vi claro en seguida: de este monte saldrán conejas todas preñadas. Me quedé atenta, velando a los dos cuerpos, dispuesta a multiplicarme cuando se dispersasen. Pensaba reservar una Nélida para ti y otra para los sueños de Leonora.

No lo creo, Nélida. Antes que a mí preferiste siempre a Leonora, que es una Julieta española, corresponde a tu ideal de independencia. Pobre de mí, hasta ahora no he hecho más que obedecer, como el tonto de Romeo, cediendo en todo a la dama del balcón y del perfume envenenado. Nunca me amaste con la misma intensidad, tal vez porque tu afecto anda a la deriva, padece de inconstancia. Lo lamento, Álvaro, si te hago sufrir, no te creía tan celoso. Me gustáis los dos, tal vez un poco más Leonora. Es parecida a mí, juega con las palabras, no revela en seguida todos los recursos, me quiere distraída, pues así me sorprende, a la mañana siguiente, con su espléndida espuma de jabón. Ella vuela y es hemisférica, no sé dónde está su primer brote. Quiere probarme que nada sé, ella es para mí una palabra en custodia, dentro de un cofre herrumbrado, cuya tapa no puedo abrir. Tú, Álvaro, eres más sencillo. Puedo corregirte algunas letras, y hasta te cambio muchas sílabas, te clavo en el papel con alfileres.

¿Acaso insinúas que te debo gratitud, Nélida? ¿Existo sólo porque te dedicas a describirme y, gracias a tu empeño, gano existencia? Aun en las Indias, no había soñado que una escriba, llevándome de la mano, me ligase a una historia con cuerpo verbal autónomo, en que mi rostro adquiriese imágenes decididas exclusivamente por ella, sólo para embellecerme. Jamás aspiraré a ser protagonista de una historia donde mi amada intervendrá con comentarios falsos, o con la expresión de algunos de sus sentimientos. Ahora, sin embargo, que soy el texto, ¿cómo saber si te decidiste a mantener la parte que no tiene nada de mí, pero por la cual únicamente me aseguras un perfil de medalla, del



que me enorgullezca y
ya no prescinda? ¿Y cómo
se agradece a quien nos narra,
mi querida Nélida?

Lamento mis evasivas. Lejos de mí, sin embargo, explicarte mi técnica narrativa, o tranquilizarte sobre cuál de los Álvaros, entre los existentes, voy a elegir, cada vez que me haga falta en la historia. Espero que no llegues a odiarme a lo largo de esta lectura, o a proclamar en público: se trata de una falsificadora, no de monedas, billetes o cuadros valiosos, sino de quien, buscando el revés de la palabra, escamotea su rostro legítimo. Nada tienes que agradecerme, Álvaro. Ni yo a ti. Ambos evitamos los galanteos mutuos, que no nos convienen. Me basta saberte perdido de amor y desesperado. Y es en este estado, recogiendo residuos de una pasión que compromete por su fugacidad, como quiero encontrarte.

Qué desolación, Nélida. ¿Así que no crees en el amor? Ah, estoy siendo indiscreto. Perdóname, no quise forzarte a la confidencia. ¿Será tu corazón una región espinosa, o justamente una tierra empapada, a la vera del río, y esta generosidad te confunde? Por mi parte, abracé a Leonora, sí, correspondí a su excitación hasta cierto punto, pues ella también había perdido los escrúpulos. Llegué a decirle, si no te contienes, llamo a Curra para que nos vigile. ¿No ves que hacer el amor en los jardines del marqués pondría fin a mi carrera, que está casi en pañales?

Leonora lloró, como nunca he visto a una mujer lamentarse sólo por amor. ¿Eso es amor, Leonora? Claro que es amor, ¿te parece que es fácil permanecer casta durante tantos años sólo por venerar un apellido ilustre? Ten paciencia, después nos casaremos, serás mi mujer. No seas tonto, mi padre no lo permitiría. ¿Y por qué no? ¿Acaso soy repugnante, ingrato con mis progenitores, fui deshonrado en la plaza pública, o en el cuartel, de donde emana el poder? Todo porque no eres un noble ni un gran militar y dispones de pocos ducados en la faltriquera. ¿Y no es verdad?

Ni gran noble ni gran militar, es cierto, pero tengo algunos ahorros. No lo olvides, Leonora, acabo de llegar de tierras que nosotros, españoles, hemos vilipendiado y donde acumulábamos botines sin que nadie nos lo recriminase. Jamás he visto tanta codicia, parecíamos los frailes de Ipanema rematando iglesias. Te aseguro que no vas a padecer privaciones, Leonora. No sigas, Álvaro, ¿Hasta cuándo tendría que esperar tu ascenso social? Ten paciencia, Leonora, hablaré con el marqués mañana sin falta. He de recoger tu alegría en mi pañuelo de lino. Mi padre no estará de acuerdo, mi futuro amante. Por favor, Leonora, no me llames amante que me ruborizo. ¿Y cómo llamarte? Marido es mejor. Como quieras, pero casi me quedo fría sólo de pensar en llamarte esposo.

A la mañana siguiente, le pedí audiencia al marqués. Alegó cansancio y una agenda ocupada por asuntos impostergables para que yo desistiese. Al fin me recomendó redactar, en lo posible en papel pergamino, mis pretensiones. Las leería todas, prometía. En caso de empleo, tal vez me echaría una mano con las autoridades sevillanas. Las sanitarias especialmente, le debían favores. Viendo que no cruzaría los pasillos de la intimidad del marqués, me decidí a quemar el futuro con un solo cartucho. Le declaré, amo a su hija Leonora, mi loca ansiedad aspira a su lecho virgen (claro está que no mencioné la palabra lecho, Nélida, sustituí la intención por una tinta poderosa, de discreto pudor), que prometo proteger, mientras le pido la mano, para consagrarme a honrar su cuerpo hasta la muerte. La letra la hice gótica. En cuanto al estilo, aunque no comparable al de la escriba que nos narra, era útil a mis objetivos.

El marqués no vaciló. Después de absorber las letras a gran velocidad, rasgó el billete con los dedos robustecidos por la ingestión de carne de toro sangrado en arena local, y me devolvió en la bandeja mis puras intenciones. Leonora tenía razón, su padre jamás permitiría que se mezclasen nuestras sangres. Ella no era para mi pico, o para mi palo, que se había vengado de las privaciones en las Indias comiéndose al mujerío de allá.

Don Álvaro es carnívoro, aprecia la carne cruda y sufrida. No teme los ruidos de las víctimas. Como machote que es, no está habituado a elegir, el cuerpo se le ha convertido en una agencia que presta servicios desde el momento en que le rozan la piel. Usó a las mujeres de las Indias con tradicional falta de respeto. Valoraba mucho más la sopa de ajo, preparada por la madre, que la carne humana sangrada por la violencia y la opresión. De su itinerario de poder sexual únicamente se salvó su madre. Y ello porque lo instruyeron para respetar sólo a las mujeres que tuviesen un hogar a su cargo. No es posible, pues, esperar de Álvaro que renuncie justamente a las prerrogativas que le permiten un goce accesible y sin compromisos. Jamás se le ocurriría ofrecer a Preciosilla los mismos beneficios destinados a sus hermanas. Ni Leonora tendría éxito proponiéndole una visión feminista. Aunque le correspondiese a ella decirle cuánto podría valer en el mercado su precioso falo. Por educación, el lenguaje del español es rudo. Lo acepto entonces como se presenta. Sus criterios establecen firmemente su parte en el texto. A pesar de ciertas restricciones, descubrí algunos de sus sentimientos. El más delicado de todos, además, lo reservó para mí. Pues con prestigio suficiente para denunciar mi reputación, que la fantasía ajena se empeña en minar, hace todo lo posible para disipar nuestros antagonismos, anular la guerra entre nosotros.

Algunos equívocos de esta narración se los debemos a Álvaro. Sin embargo, creo que sus intempestivas intervenciones lo enorgullecen. No hurtando el cuerpo a ningún juicio cuando dudan de la intensidad de su amor por Leonora. De las intenciones matrimoniales con que se acercó a la doncella, independientes de su gran fortuna. Tal vez fuese injusto acusarlo en algún aspecto. En ningún momento intentó ostensiblemente corromper a Leonora. Se mantuvo correcto, desinteresado, al menos mientras estuve presente.

Leonora sí que buscó tejer sobre el militar una cota de raro ingenio, una malla de hierro que le cubriese el cuerpo y, por todas partes, el torbellino de su arrebato. Desde hacía tiempo ella actuaba así. Seducir lo humano era su obra de arte. Siempre adoptó actitudes de hombre al dar ella el primer beso. Aunque Álvaro era de apariencia muy viril, sospecho que en la práctica era dócil, dispuesto a humillarse. Si de su pistola salió el proyectil ambicioso y cruel que segó la vida del marqués, al reconstruir esta escena los detalles acabarían por condenar a Leonora. Sin actuación directa, es verdad, pero fue ella quien inspiró el disparo del gatillo. Quién sabe, sin embargo, si Curra no habría aceptado declarar a favor de Álvaro que él no había sido el primer varón que sucumbiera a aquellos encantos. Pero ¿cómo insinúo injuria tan grave, cuando no se ciernen dudas sobre la virginidad de Leonora? ¿No es verdad, Curra?

Desde la noche fatal, Curra se dedica al bordado, a la cocina y al rosario. Se niega a ir a misa, aunque se lo pidan con insistencia. Todos los días repite, qué haré con los curas que no supieron evitar la desgracia. Toma de Dios su displicencia frente a lo humano, el modo maligno como el Poderoso expone a la criatura a toda clase de peligros. No quiere noticias de Leonora y, las que le llegan, las califica de falsas. Sólo confiaría si tuviese a Leonora en sus brazos diciéndole dónde estaba y lo que necesitaba de ella. Insensible a las otras preguntas que se le hacen, Curra, cierra su cuarto con llave.

Vamos, Curra, al menos confiesa si Leonora era virgen o no.

El detalle anatómico es irrelevante. La pregunta se justifica sólo para comprender a Álvaro conteniéndose ante Leonora, en el supuesto caso de que no haya dormido realmente con la sevillana. Yo misma no puedo asegurar si el caballero se privó todo el tiempo de conocerle el cuerpo. Algunas veces fui al hotel a reparar mi cuerpo con agua y sales. Me ausenté brevemente, lo bastante como para alimentar ciertas dudas. Especialmente porque mi deber es evitar falsas garantías. Confiesa, Curra, ¿era Leonora virgen?

Curra apagó la vela que le iluminaba el rostro. No sigo su mirada de ahora. Ella está llena de trucos y es una mujer sabia. La discusión de este asunto le resulta ofensiva, y la comprendo bien. No insistiré, puedo prescindir de ese dato sin perjuicio para la narración. Mejor es que me dé prisa en seguir a Leonora y Álvaro.

No es fácil identificar su rastro. Ambos alteraron los derroteros iniciales. Fiel a la vocación militar, Álvaro se incorporó al ejército español, adoptando esta vez el nombre de Federico Herreros, para evitar sospechas. Temía que, si era descubierto, reclamasen su cabeza. Ignoro si este nombre de adopción pertenece a un muerto cuyo rostro soñó copiar para protegerse mejor. O es

el de un amigo que lo cedió con la certeza de que jamás lo empañaría.

A la vez que firmaba como Federico Herreros, en el mismo ejército en el que se había enrolado, don Carlos respondía al nombre de Félix Bornos. Y no servían los dos en guarniciones distintas, teniendo como jefes a militares de temperamento opuesto, de modo que los gritos de uno provocasen a la muerte, mientras el otro impulsaba a retroceder, tratándose de un enemigo tan fuerte. Les había tocado el mismo campamento, una misma autoridad ordenaba que sus bayos comiesen cebada en una tina común.

Bajo el mando del mismo señor, quiso la fatalidad que se hiciesen amigos. De prisa, Álvaro trató de salvarle la vida en una gresca de vino, naipes y mujeres. Y sólo quien conoce el olor de la muerte, ve la mortaja próxima, ortiga brava que da escozor al cuerpo entero, valoriza el regreso al centro de la vida.

Don Carlos no abandonaba a Álvaro un solo minuto. Ya por agradecimiento, ya manifestando placer por su compañía. Se descubrían hermanos, las mismas palabras les encendían los sentimientos. Es difícil ahora verlos separados. Desde la hora del desayuno, el mismo vapor de los jarros los envolvía formando un único rostro. Ungidos por la amistad, cultivaban entre ellos la concordia, reservando toda su agresividad para los malditos italianos a los que debían combatir.

Según los comentaristas internacionales, no había tenido el rey español motivos de peso para volverse contra un pueblo enervado por la exagerada inclinación canora. Pero no por esto los combates se presentaban menos sangrientos en los campos italianos, de modo que en el afán de cada uno por alcanzar la arteria vital del vecino, se vio Álvaro, el nuevo Federico, mortalmente herido sin facultad para creer otro proyecto que no fuese pensar en el propio fin.

Se encontró tan convencido de la muerte, que sintió su frío. La dama oscura se anunciaba, no por el dolor en la espalda o por separársele casi la cabeza del cuerpo. Veía su figura al no distinguir ya la vida con la nitidez de otra, sin poder oír el chirrido de los carros, disipado ya el rostro de Leonora en las tinieblas. Su fiebre pedía todas las mantas que hubiese en la tienda, de tamaño exiguo, sin desalojar por ello a Carlos, nuestro Félix, que no lo abandonaba siquiera cuando la vida, mucho más ingrata, quería dejarlo.

Carlos le suplicaba, resiste Federico, maldice incluso si es preciso, la arrogancia en estos casos es aconsejable. Álvaro pensó desalentado, un amigo es una hermosa esperanza. Pero no le servían de nada esas palabras, la aguda infección le atacaba las partes más vulnerables. Ah, qué hado ingrato, y todo porque estaba huyendo del hermano de Leonora. Si no hubiese sido por el accidente con el marqués, estaría a esa hora de vacaciones, disfrutando de Leonora y el sol de Marbella.

Decidió, sin embargo, organizar su propia muerte. Y no queriendo irse sin dejar un legado, a fin de cuentas el testamento era noble instrumento, designa a Félix para que se ocupe de sus bienes. No por considerarse rico, con mucho para repartir, ni porque tuviese herederos que se disputasen una fortuna que habría de librarlos del sudor, de las lágrimas y de la miseria. Algunas de sus monedas, sin embargo, merecían cuidados y lustre. No las dejaría sin dueño. Sobre todo Carlos, mejor dicho Félix, debía jurarle que, en cuanto muriese, quemaría sus cartas sin leerlas. Ah, amigo, destruye lo que ha quedado de mí.

En poco tiempo, Carlos había perdido al padre, a la hermana, y ahora al amigo que se estaba despidiendo. Sí, amigo mío, tiraré las cartas al fuego después de tu último suspiro. Más tranquilo, Álvaro acudiría a la llamada de la eternidad dejando la vida en orden. No quería comprometer la honra de Leonora, ya tan sacrificada en su compañía. Carlos le enjuga el rostro, la muerte estaba tardando tanto en anunciarse, era evidente que le faltaba un reloj que la orientase.

Le dolía que su amigo abandonase el mundo. Álvaro había sido el único rostro estimado en aquellos meses. A quien le debía la vida, pero que bien podía ser el seductor de su hermana. En definitiva, era hombre, un español desorientado por la variedad de pasiones que España siempre ha ofrecido a sus súbditos. Y por qué Leonora no habría de amarlo si él, Carlos, también le admitía encantos capaces de seducir a una mujer hasta la perdición. Naturalmente, semejante sospecha ofendía al amigo moribundo, debía reconocerlo. Al fin y al cabo, no tenía por qué elegir como adversario justamente al soldado que le había salvado la vida.

Durante meses habían compartido, y con gran animación, el mismo pan, el vino, la barraca y todos los beneficios. Infelizmente, por su trágica naturaleza, nacido rico y belicoso, siempre se había mostrado hostil a cualquier tipo de secreto que se guardase, sobre todo, en un baúl de cuero al alcance de su vista. Desde Sevilla, propendía a desvelar el mundo en una rápida progresión y, a veces, con desastrosos resultados.

Álvaro había comprado el baúl de cuero en la última feria de ganado. Con el estímulo del vino, confesó, sin este cofre mis bienes se dispersarían y jamás localizaría el pasado. Carlos lo felicitó por su actitud precavida. Único varón de una familia en extinción, era partidario de tener la memoria al alcance de las manos. Ante una amenaza de peligro, bastaba estirar el brazo para recoger la historia de una sufrida genealogía.

Jadeante ahora, con la vida leve y vacía, de nada le servía a Álvaro esta memoria. Quien mejor se aprovechaba de esta herencia era siempre el enemigo. Carlos midió la inutilidad de tantas promesas, y esperó que la agonía del amigo le indicase en cuántos minutos exactamente abandonaría a los vivos. Se estaba demorando. Carlos consultaba el reloj. Álvaro nunca se había destacado por la puntualidad. Tal vez le costase decidirse. No soportó seguir esperando.

Aceitó las bisagras de hierro antiguo, pulió las cerraduras, quería moverse sin perturbar aquella agonía. Temía que con el tiempo llegasen a acusarlo de traidor. No obstante, tenía prisa por revisar sus pertenencias, por confirmar sus sospechas. Las cartas se destacaban al fondo del baúl. Serían unas ocho en total, en un pequeño paquete liado con cinta de satén, color rosa, de origen parisino y perfume reciente.

Husmeando los sobres, descubrió que habían sido escritos por una mujer morena, de pelo largo, residente en un país extranjero. Pero aspiró el olor y sus manos temblaron, como si ya estuviese lamiendo la espalda impecable de una sevillana. ¿Habría sido Leonora quien escribió las cartas, u otras mujeres trataron de registrar palabras de amor en su papel transparente, confiadas en la descripción de Álvaro?

Con el pecho inflamado, se preguntaba, ¿serán celos lo que siento, o despecho? La vida sólo le reservó cartas escritas por el padre. Todas insistían en mencionar simplemente hechos militares, y siempre le llegaban en vísperas de las batallas decisivas. Como si el padre intuyese que su hijo moriría al amanecer.

Insistía el marqués en la virtud del coraje, un heredero de los Calatrava jamás debía renunciar a la batalla, aún en sus peores lances, antes de encarar al enemigo hasta la muerte. Le detallaba los reales motivos de la hegemonía española, por qué España era todavía la reserva de la honra occidental. Si estas cartas antes lo amargaban, ahora las defendía contra la acción de los comejenes. Las valorizó especialmente después del asesinato de su padre, pues le indicaban el camino de la venganza.

La palabra empeñada, palabra de caballero español, le cortaba, sin embargo, los movimientos. Pero si no podía examinar las cartas, le quedaba aún el interior del baúl. En su prisa por morir, Álvaro no había destinado los bienes restantes a la misma hoguera de las cartas. En el delirio de la fiebre, sólo se preocupó por defender los manuscritos. Y olvidó resguardar los otros objetos, que saltaban ahora a sus manos: un lazo para el pelo, un peine, un clavel rojo marchito, un frasco de perfume marca Myrurgia, un rabo de toro y hasta un abanico con un dibujo de inspiración goyesca, obra, no obstante, de un modesto artesano.

La reunión de aquellos bienes estremeció su cuerpo. Tenía ganas de llorar, de tanto como el corazón clamaba por venganza. Todas aquellas posesiones revelaban a las claras que habían pertenecido a Leonora. Y si, por un lado, le clavaban un cuchillo en el pecho, por fortuna también apuntaban al asesino en el catre, a punto de morir. Tan próximo a él, que podía enjugarle la frente o exterminarlo con el puño de la espada. A pesar del esfuerzo de Álvaro en mentirle diariamente, la verdad triunfaba en el centro de su refugio. Los objetos de tocador de Leonora no lo dejaban engañarse. Expuestos allí, le traían el calor de la hermana, brasa que le marcaba en el pecho fotografías del pasado.

A través de este ardor, revivía los juegos de la infancia. Las veces en que, como marido y mujer, padecía ella de un mal curable con hierbas y ungüentos que sólo Carlos sabía conseguir. Mi hermana no tiene vergüenza, pensó malhumorado. Y muchas cosas más habría gritado, si no le hubiese advertido el médico que Álvaro acababa de superar la fiebre, con lo que ya no había motivos para que muriese. A menos que el militar se empecinase en tal destino. Como profesional, le aseguraba una larga vida, siempre que no se arrojase fuera de sí desde una ventana, en su ansia por dejar atrás a la mujer hermosa.

Carlos se regocijó por su propia suerte. Justamente disponer de Álvaro curado, sólo para matarlo con calma. Las monedas de oro demostraron al médico su aprecio. Y no debía extrañarle su generosidad, pues ¿no le había salvado la única vida que necesitaba? Preparó de inmediato un alimento fuerte y crudo para restaurar a Álvaro. Lo curaba con el auxilio de las sopas de avena, de las que siempre había oído maravillas. Sin duda recordaban el útero materno. Sólo entonces lo mataría.

Dunque voi siete Leonora di Vargas!

La misma tan difamada, famosa, objeto de discursos, leída, cantada, sin apologías, dispuesta a arrepentirse de sus propios pecados.

¡Leonora de Vargas, mentadísima sevillana, que en la fuga se quedó sin padre, ni amante, ni casa ni hermano, y ahora me sorprende en este convento tan fuera de las rutas turísticas!

Misericordia, abad, le pido perdón. Y no es por sentirme tan culpable. A fin de cuentas, ¿quién le mandó a mi padre aparecer cuando Álvaro y yo íbamos a escaparnos? Hasta parece que eligió su propio sino. Justamente en el momento en que el arma se disparó, mi padre decidió que aunque tuviese todo el resto del cuerpo para ofrecernos, prefería quedarse con la bala en el corazón. Pero, antes de cerrar los ojos, se reservó tiempo para gritar hija maldita. Ah, abad, cómo tiemblo al recordar esas palabras. Y sólo me acude el consuelo cuando me pregunto, por qué maldita, si todo mi crimen fue amar a un militar que me quiso ofrecer como casa una tienda guerrera, salpicada de sangre y hechos heroicos. No acepto esta clase de prejuicios de nuestros tiempos, abad. ¿Por qué sólo me serviría un duque? He conocido a tantos en mi vida, algunos desmenuzando pichones en la mesa, otros en los carruajes hablando por señas con marquesas, que no veo razón para seguirlos también en la cama. Claro que con Álvaro habría vivido un amor de cabaña, con poco dinero, pan y cebolla. Pero una vez muerto mi padre, habríamos heredado sus bienes. El marqués no se atrevería a excluirme del testamento, aunque se lo exigiese el ingrato de Carlos. Muchas de las heredades de los Calatrava le llegaron a través de mi madre. Cuidadosa, ella señaló, en su propio testamento, mientras viva el señor de Calatrava, mi augusto esposo, toda la plata inventariada, las piedras labradas de las innumerables casas, los muebles asignados, y los caballos que me sobrevivan en el establo, se conservarán bajo su custodia. Cerrando él sus ojos por muerte natural, accidente, o incluso asesinato, mi fortuna se dividirá en partes iguales entre Leonora y Carlos. No veo razón para que Carlos sea el único heredero, sólo porque nació dotado de una cola minúscula entre las piernas, que yo evita-

ba lavar, pues otra fue siempre la misión de una marquesa. Con tales precauciones, abad, mi madre me garantizó el futuro. En cuanto vuelva a Sevilla, recogeré lingotes y escudos de oro. Si no lo hago ahora es porque Carlos nos está siguiendo los pasos, dispuesto a matarnos. Aquí estoy, pues, abad, no para pedir de nuevo el amor, el amor que Dios me obliga a olvidar. Vengo en busca de penitencia y recogimiento. Quiero renunciar a las miserias locales, municipales o, mejor aún, a las del mundo.

Menos mal que has mencionado las miserias, hija, después de señalar tanto fausto, la plata, los animales briosos. Creía que me tomabas por un banquero inglés o un mercader de Amsterdam. ¿Y qué puedo hacer yo para castigarte?

Ordéneme que viva en una gruta. Una caverna de esas sin puertas ni ventanas, sólo con la humedad de las piedras. Y lléveme un caldo, pan fresco y un botijo de agua todos los días. El resto corre por mi cuenta. Yo me ocuparé del arrepentimiento y las oraciones.

¿Y aguantarás, Leonora? Mira que la de santo es una carrera técnica. Justamente tú, tan acostumbrada al lujo, a los vestidos drapeados, lazos, carruajes último modelo, candelabros de plata con velas de macumba.

Si no me hubiese sentido fuerte, no habría venido al convento. Y, además la idea es de Nélida. No la del convento exactamente. Sino la de vivir con intensidad.

¿Quién es Nélida?

Una cronista de Río. Escribe para un matutino local. Diariamente ensaya quinientas palabras en el papel. Si no lo hace, pierde el brillo de la tez. Al menos eso es lo que insinuó. Me dijo también que en el caso de que no supere mis propios límites, se desentiende de mí. Y como quiero protagonizar la historia que se estará ahora escribiendo en estilo secreto, sin saber todavía qué espacio me reservará, actúo con la intención de encaminarme, quizá, hacia la santidad. Es difícil explicarle, abad. Pero justamente los elementos intraducibles son los que enriquecen una historia. Así, al menos, me lo aseguró Nélida. No se preocupe, abad, pero conviene saber, sí, que la voluntad de Dios se cumple por caminos llenos de desvíos. Y que ni siquiera una cronista, por más fecunda que sea, dispone de tiempo útil para aclarar el más modesto de los misterios.

Melitone reaparecía apenas se susurraba su nombre. Dejaba feliz el rosario y el libro santo. Y los retomaba de buen humor. La campana lo incitaba a vivir, dulce como el pan en el tazón de la leche. Sin mencionar su nombre, el abad le señaló al extranjero, para que observase sus maneras tal vez suaves en exceso, aprendidas quizás en la corte. Convocados los otros hermanos, el abad, insistía en las cualidades del nuevo compañero. A pesar de su pequeña estatura, de sus gestos tal vez de flor, era tan vigoroso que, abrumado por las cosas de la vida, se decidió por los oficios religiosos. Entregándose a Dios de modo casi profano, era desmedida su pasión por la plegaria, el milagro, y el convento.

En materia de sacrificio, este hermano exigía tal rigor, que las piedras del convento, hasta entonces capaces de retener el sudor y los lamentos colectivos, ya no le bastaban. Pedía encarecidamente, para una perfecta vida de oraciones, la reclusión en la gruta del descampado. Debían convencerse de que era muy piadoso y discreto el nuevo fraile. De raras virtudes, pues, y todas ellas ligadas a tal recogimiento que ya no podrían hacerle visitas a la caverna donde iniciaría su nueva vida. Y cuando lo viesen en el campo, pues también se mostraba sensible a la naturaleza, que no le dijesen siquiera buenos días. Cualquier ceremonial, en esos casos, quedaba abolido. Mejor sería que le volviesen la cara, que confundiesen su sufrido perfil con la espesura.

Les prohibía preguntas tales como quién será, de dónde ha venido, de qué noble casa procede. No era él un personaje original. Si no fuese porque buscaba la santidad, podía pensarse que deliberadamente había empobrecido su vida antes de abandonarla. Hacía mucho que no se encontraba un destino humano tan carente de interés.

Pero, si no les había tocado un fraile de pasado rico, lleno de aventuras, no por ello debían despreciarlo. No siempre podemos contar con héroes. Así, pues, mejor era que lo dejasen en paz. Vida como la suya aspiraba a la discreción. Pobre hombre, poco después de recibirlo en confesión, medité mucho sobre la modestia humana. Ah, hermanos míos, no somos nada más que una prolongada tristeza.

Que estuviesen seguros de que estaba allí dándoles explicaciones porque no los quería dispersos, urdiendo sueños contrarios a los intereses divinos. Aquí nos reunimos para luchar por la honra de Dios. Si no fuese así, aquella institución no resistiría a los asedios heréticos. Ella confía en nuestra combatividad, que desenvainemos la espada en su defensa. Que acabasen, pues, con las intrigas, que sólo dilapidaban el patrimonio del alma. ¿Habían oído bien? Malhumorado al darse cuenta, y sólo ahora, de que había reconocido a Leonora de Vargas sin que ella tuviese que identificarse.

Jamás lo habían visto tan conmovido. Ofrecía cuidados y alpiste al nuevo hermano, al mismo tiempo que le señalaba la morada para sus sueños de eternidad. Personalmente, estaban todos empeñados en asegurar paz a aquel ermitaño con regodeos de santidad. Desde hacía mucho tiempo la hermandad necesitaba agradar a Roma. Con un santo en las manos, podían acogerse a los favores de una capital arrogante, que dio un modesto recibimiento al abad en su última visita. Se negó el Camarlengo a oírlo cuando el abad intentó, con orgullo nativo, describir las montañas españolas que rodeaban el convento, reputadas justamente por sus sendas de mulas. Quién sabe si un nuevo acercamiento romano no se haría a través de aquel hombre ansioso por dedicarse a la humedad y al ayuno.

Cuando le veáis, sabed que él es sólo el espejo de nuestros rostros, y simplemente nos refleja, concluyó el abad. Por su parte, intentaría no ir a verla nunca. Se sabía el más vulnerable de aquella casa. Ya le aparecían arrugas en el cuerpo que amenazaban con agrietarse. Una mujer podía ser la tentación diaria, había que aferrarse a las cuentas del rosario. Y evitaba que Leonora lo ayudase en las horas de aflicción. No era ella el regazo materno y, de probar su leche, jamás lo saciaría. No quiero verte más, dijo indicando a Leonora la puerta de salida.

Me siento voraz ahora. En vez de un pan, pido siempre dos. Mastico, sin embargo, distraída, sin el placer antiguo. Comienzo a cansarme. Estoy pretendiendo de Leonora y Álvaro lo que no pueden concederme. Los encuentro parsimoniosos, inmersos en la costumbre de las comidas diarias, esperando trivialmente el sueño rápido, un día transcurrido sin enmiendas ni tachaduras. Pero qué culpa tienen ellos de que yo les provoque un sueño que sólo se agotará en la derrota o al borde del abismo. Cuando lo que ellos quieren es la vida transparente, con adornos modestos, algunos floreros, los pétalos salpicados de agua. Yo les había pedido pasión y ellos, distraídos con la fuga, se olvidaron incluso de arrastrarse el uno al otro. Les ganaron el caballo y el miedo. Y si no desisto ahora de sus destinos es porque, a pesar de ellos, la historia que están tejiendo permite todavía añadiduras y esperanzas. Me ofrece dos espacios que recorro siempre al mismo tiempo.

Heme aquí pisando suelo italiano, la bota histórica, con vino y vinagre que se remontan a los fenicios, a los sarracenos. Carlos y Álvaro eligieron este país como campo de batalla. Después de la lucha, allí no atendían a los animales mancos. Ni a los heridos. Ninguna mano les ordenaba los cabellos para que muriesen circunspectos. Dejo Italia por cinco minutos. España me reclama. Quiere que yo presencie el sacrificio de todo un pueblo. A ninguno, por otra parte, he visto morir con más altivez. Sin embargo, jamás consigo ponerme al día con el dolor que Italia y España tragan con vino de parras mediterráneas, con sus uvas que maduran bajo un sol selecto, sin días de lluvia que alcancen alguna vez los rincones de la memoria.

No me atrevo a pedirle a Leonora que me transcriba los acontecimientos perdidos mientras yo viajaba. Instalada en la gruta, por vértigo amoroso, se ofende por mis ausencias, porque no me ponía a la puerta para oírla suspirar. Cuántas veces, por la noche, solitaria y llena de cólera, sus manos recorrieron el cuerpo y, abrigadas en el sexo, entre pelos, musgo, se rasguñó en su placer.

Sin duda no perdona el abandono en que la dejé. Sin haber exigido amistad, Leonora esperó constante mi presencia. Me imaginó incapaz de cambiarla por Álvaro. Se consideraba más atrayente que él. Por el pelo largo y su estirpe sevillana. También Álvaro me reprochó que, sólo sometida la memoria de Leonora, no disponía de su afecto en mi favor.

Soy siempre torpe cuando lidio con los sentimientos humanos. Son un velo tan delicado que me desarman. Me incapacitan incluso para preguntar cómo Carlos descubrió a Álvaro. Y cómo es que sólo por los objetos del baúl, el perfume de las cartas, los pelos de las cejas de Leonora, sus ojos dibujados en un papel que, expuesto al sol, les daba luz y transparencia, Carlos tenía en

sus manos, finalmente, al enemigo deseado. Pero no logro entender esta delicadeza mía de ahora, tan excesiva, diría yo. ¿Me estaré olvidando de que el silencio también acumula orgullo, mezquindad, desolación? ¿Y que declara contra sí mismo? ¿O estaré combatiendo la impaciencia con la certeza de que aun atando las piernas de toda una colectividad jamás se acaba el dibujo donde al menos un rostro se distingue?

Aquí estoy, anclada en la tierra, Leonora. Entrelazadas, mis raíces forman una red de peces. En el regodeo de dedicarme a los personajes con la pasión que únicamente el verbo consiente. Leonora parece herida. Sus labios se ofenden por mi ausencia. Protesta por las veces en que la dejé sola. Ni a desayunar iba yo. Ella que tanto pedía amigos en la soledad de la gruta.

En su lecho moribundo, oí a Álvaro decir, ¿por qué preferiste a Leonora antes que a mí? Ambos sufren, noto sus celos, estos guantes perfectos que calzan en los dedos y acarician la piel del cuerpo. Por todas partes la fiebre, y su aroma. Nunca los imaginé tan exigentes, requiriendo por encima de todas las cosas el alma ajena.

No es que se quejen por amor. Aunque les regalase mi cuerpo, alegarían falta de tiempo para tomarlo. En sus muñecas, el reloj atestigua la prisa en que viven. ¿Y acaso me correspondería culparlos cuando ambos, temerosos de la mutua ocupación de la carne, con sus dientes y sangre devoradores, se negaron a sudar en el mismo lecho, a beberse a través de un beso profundo? ¿Y desconocieron la rústica sábana de la tierra, donde mejor se hace el amor, sólo porque sus recursos, para tanto sentimiento, eran insuficientes? Temerosos, quizá, de verse en menos de tres meses agotados, buscando en un extraño la resurrección del deseo aplacado entre ellos. Pero, qué alegría sorprenderlos en el despeñadero del cuerpo humano, concediéndose el placer que al mismo tiempo envejece a sangre y fuego.

En el campamento militar, después de un año de vida en común, Leonora habría engordado ocho kilos. Por la vida sedentaria, y las patatas empapadas en aceite, con ajo y azafrán. Apasionado por los caballos, Álvaro habría de consumir su tiempo en la feria. Durante largas horas frente a los animales, analizaría sus dientes y patas árabes, pues muchos de esta raza optaron por la España dorada y pirenaica. Los dos se verían forzados a regresar a Sevilla, incluso para cobrar la fortuna de derecho. Pero ¿lo que os estoy describiendo podría haber ocurrido? ¿Serían posibles estas previsiones que los encadenan a la vida común? ¿O sólo para contradecirme, pues el corazón ajeno está hecho de la misma perplejidad que apenas admito en mí, se habrían decidido por una salida opuesta?

Volveríamos a Sevilla, sí, después de ocuparnos de ciertos detalles. A la puerta de la ciudad, proclamaríamos nuestra presencia. No recorreríamos las calles a la sombra. Queremos que nos traten como a toreros, Nélida. Aquí sería un día de fiesta. La propia Macarena, llamada con insistencia, desfilaría por las calles. Por primera vez no se respetaría el calendario de la Semana Santa.

Leonora tiene razón. No habría peligro alguno. La fortuna prescribe versiones nuevas sobre los hechos antiguos. Quién habría de nutrir, entre tantas celebraciones, infaustas memorias. Especialmente porque ellos pretendían demostrar su riqueza, generosidad, fuerza, por el número de fiestas ofrecidas. Ambos pulirían urgentes la platería, como en los tiempos de la marquesa. Ninguna pieza quedaría descuidada. Personalmente, Curra administraría los platos de caza para que, en la jerarquía establecida por el menú, ningún manjar adquiriese relevancia por culpa de un equívoco. Convertida en mujer exigente, Leonora enfrentaría los caprichos de Álvaro con los suyos propios. Lo superaba proponiéndole fiestas que se iniciasen en el desayuno, sin hora de terminar. Los dos lucharían por el poder, de modo que Sevilla supiese que se trataba de una pareja fortificada por escudos extravagantes, armas relucientes, y hasta el amor en los ojos.

Así, se iniciaría el hastío entre ellos. Con el apoyo de fiestas y guirnaldas. Leonora siempre ha despreciado las muñecas antiguas en favor de las que le llegaban con facciones nuevas y que el padre conseguía en cada viaje suyo. Jamás volvió a leer una página ya pasada, aunque el texto le pareciese oscuro. Álvaro interpretaba esa distracción como el signo de una mujer empeñada sólo en llevar trofeos al interior de la casa. Sin ocurrírsele que vivía momentos de peligro.

En una de estas divagaciones, la mujer podría no volver nunca más. Simplemente sustituirlo por cazadores sin casa ni hogar, capaces de sumergirla de nuevo en el sueño. Ambos conservarían, a pesar de todos los sinsabores de la pasión en ruinas, el acento andaluz, del que se enorgullecían en las noches de verano.

Estoy cansada, sí. De las presiones geográficas y de la inconsciencia del tiempo. Escribir será siempre un acto que me desfigure el rostro. Me revuelve las vísceras, que yo quería misteriosas y abrigadas en el cuerpo. En este oficio, mis manos tiemblan levemente y las calmo con la mirada. Y me pregunto, si es así de doloroso, ¿por qué me he atrevido a tanto? No consigo escapar a la emoción que solicito para deshacerme, en seguida, sin placer, sin recurrir a la harina de trigo, antes tan indispensable para la masa verbal de mi vientre, de mi lengua, de mi inextinguible pasión humana.

Este difícil esfuerzo de narrar me confirma únicamente que no sé casi nada de Leonora y Álvaro. O de la historia del hombre, densa y llena de velos que impiden la visión. Ya al despertar, esta criatura caprichosa tiene toda la tierra por delante. Sin embargo, siempre le faltan algunos pasos para abandonar su prisión diaria. También yo me ilusiono aquí bordando un retrato inmortal que enlace a dos amantes en el mismo bejuco, en el mismo beso ensalivado.

No voy a impedir la venganza de Carlos. Tal vez hasta llegue a deberle la iniciativa de librarme de Leonora y Álvaro. Pues no quiero seguirlos durante toda la vida. O traicionarlos más de lo tolerable. Un artista no es solidario sino con lo que inventa. Carlos es el enemigo dispuesto a ayudarme, el que decreta mi libertad. Y cumpliendo él la misión de su honor, podré ocuparme de otros espacios humanos.

Carlos es decidido. El amor por Leonora tal vez le conceda astucias, la fantasía se derrama en su plato con un calor que a mí me deja fría. No amo a Leonora o a Álvaro. Mi estrategia se subordina a lo temporal, al momento en que los sorprendí distraídos aún en Sevilla, cuando el amor era un sentimiento delicado del encuentro a las cinco de la tarde.

A cada instante vacilo en enmarcarlos en una historia que se construye sin depender de mi voluntad, a la que le faltará seguramente la voraz ambigüedad de los desplazamientos narrativos. No tengo a quien recurrir salvo a ti, Carlos. Aunque te recrimine más tarde la iniciativa y jamás te perdone por robarme a Leonora y Álvaro. Ahora, sin embargo, ayúdame a ser libre, al menos por pocas horas. Libérame, por favor, de este derrotero humano, de la solidaridad penosa, del deber de frecuentar regiones desérticas y húmedas al mismo tiempo. ¿Dónde estás, Carlos? ¿Has desistido de vengar la muerte del marqués?

Señor, protector de los afligidos, qué debo hacer para olvidar que Leonora de Vargas es mi vecina, y que para tocarla basta con cruzar los jardines del convento, tomando antes la precaución de aceitar el portón, no vaya a chirriar justamente en la madrugada en que decida ir al encuentro del pecado. Así no sería tan difícil conseguir la llave de la libertad. Como si adivinase mi voluptuosidad, o queriendo dar un aliciente a mi carne eunuca, Melitone deja la llave a la vista, colgada de un clavo de veinte centímetros de largo.

Siempre he sido aliado de la oscuridad, y apoyándome en algunas piedras evitaré la caída y los ruidos que puedan despertar a Leonora. La pobre está tan necesitada de reposo. Haber vivido una pasión casi le costó la salud, sin hablar de la muerte del padre, que le pesa en la conciencia. Pero también, vaya idea que ha tenido esta mujer de buscar refugio justamente en una gruta condenada por la salud pública y donde cualquier animal puede estar husmeando el suelo sin que Leonora note su presencia. Pero no por imaginarla desamparada, o sin la higiene necesaria, mi deseo cede, me mantengo libre de su imperio. Y eso que la sé abandonada, hablando sola, riendo consigo misma, amando su propio cuerpo, arañándose la piel para que yo, al desnudarla sienta el olor de un cuerpo que me precedió y piense, loco de celos, Álvaro estuvo aquí de prisa, el tiempo justo de tomar impulso e invadir las entrañas de la mujer. Y tanto gritaron por el placer que se daban que incluso llegué a taparme los oídos con algodón, no quería padecer de amarga envidia. La envidia de no haber vivido yo el estado que ellos, trastornados por el amor, habían conocido.

Pero a la entrada de la gruta murmuraré, Leonora, Leonora, aquí estoy, quién sino tú para librarme del castigo humano. O tal vez mejor le diga, Leonora, Leonora, quién sino tú para indicarme el paraíso que insisto en negar en la tierra. Ah, descarado padre Cleto, con tantos conventos como hay en esta España de rosario y vela, donde en cada metro cuadrado hay un alma aspirando a la santidad, justamente tenía usted que mencionar el mío, bien escondido, en estas montañas de bandoleros, gitanos y toreros que andan simulados sobre mulas, porque nadie olfatea abismos como estos animales, con luces en los ojos.

Dígame por qué, representante de un clero ambicioso. Me arrojaste la carne de la que había escapado, pues solo gozaría mejor de Dios. ¿Seré acaso un onanista que pensando amar a Dios amó su propio cuerpo? Frente al espejo veía cómo mi miembro saltaba, como se empalmaba. Avergonzado, colgaba de él algunas oraciones, el único peso que esa corta vara podía soportar. Porque la vagina de la mujer, que siempre puede absorber más de lo que se supone, sin duda lo habría atormentado. Bastaría hundirse en ella una sola vez para no abandonar nunca más ese mar de sargazos, musgos, ah, qué hierbas místicas, qué eras míticas. Pero ¿por qué estoy lamentándome aquí por un sabor que nunca quise probar?

Leonora se me acercó cubierta con un manto, con el rostro velado, sarraceno, apenas le distinguí sus facciones. No sé qué belleza tiene. Con qué gracias fue dotada en este paso por la tierra. Sé que, al sentir su olor, ya no dejé de orar. Ahora me voy del refectorio con dolores en el pecho, radiaciones florales por toda la carne. La celda parece estrecharse y sueño con chuparle los senos, ah, no me atrevo a dar nombre a las partes deseadas. Antes me bastaba con pensar en las mujeres para apartarlas en seguida de mi compañía. Y aunque llegase a decir, hasta con cierto placer, muslos, pubis, nalgas, caderas, cerraba los ojos para deshacer sus formas. Me aferraba al rosario, con su fervor de grano de maíz, hasta lograr un desprecio suficiente de la anatomía humana. Pero Leonora es sevillana, se resiste a que le despedacen el cuerpo. En ella siguen articulados para siempre los senos, el pubis, las caderas, todos los labios, aun aquéllos sangrientos y recónditos, para que su ardor quede en el recuerdo.

No me hace falta tocar a la mujer para sentir su calor de torre y tierra, o para imaginarla en la gruta, encendida sobre el heno. Tal vez solloce ahora, repita el nombre de Álvaro con sobresalto, pues el mío, cuando lo pronuncia, lo hace en favor de la protección. Ah, Leonora, ¿por qué me enseñaste el secreto de la realidad? ¿Cómo perdonarte ahora? Necesito hasta tal punto hundir el deseo en el misal, refrenar la carne diciendo, Dios, aquí estoy para que me tengas. Pero la tentación es hablar, Leonora, aquí estoy, concédeme tus muslos eternos. Ah, mujer, debo huír de tu caverna. Aunque Melitone tenga que vigilarme noche y día, y esconda la llave del infierno en el bolsillo, y hasta cierre los portales para siempre.

Pero si yo fuese allá sólo para decirle tres palabras, que aún no sé cuáles serían pero que andan sueltas por ahí, basta pegar el oído al cesped y recogerlas, ¿a qué peligro me expondría? No, no puedo. Tres palabras se convierten fácilmente en treinta. Cada una correspondiente a la parte del cuerpo que se quiere tocar para conocer de cerca la sonoridad de un vocablo susurrado. Pero qué cuerpo aún te queda, Leonora, si de Sevilla trajiste sólo una sombra. El cuerpo mismo se quedó sollozante al lado del cadáver de tu padre.

Cuéntame cómo Álvaro te hacía el amor en la Sevilla de fuego, para que

lo deseases tanto y este amor exigiese matar, someterse a la expiación pública, para demostrarse indestructible. No, todo es mentira. Vosotros os odiabais. Quien ama se opone a la separación, vence los obstáculos. Y en este caso, Leonora, tu corazón está libre, libre para amarme. Pero ¡qué digo Señor! La verdad es que Leonora no se opone a mis sentimientos, son los votos religiosos los que me vedan el placer de la carne. Pero también, vaya idea que tuve al hacer semejantes votos, de un radicalismo implacable, que en conjunto va contra las necesidades de la naturaleza. Qué loco estoy, estoy loco por Leonora, loco por ti, América, loco por las mulatas brasileñas, loco.

Calma, abad, la nave de su cuerpo está a la deriva. Veo agua por todos lados. Tal vez yo pueda ayudarlo. Aun sin autorización de Leonora. Si quiere saber mi opinión, revele de una vez su amor otoñal. Nunca es tarde para la pasión. Y en el estado en que se encuentra Leonora, hasta le haría bien un amor prohibido. Que es siempre el mejor de todos, por otra parte. Ella acabaría por amarlo, aunque más no fuese para librarse de las propias lágrimas, que ya saborea por las mañanas junto con la leche de cabra. Se ha habituado a esta mezcla como parte de su sufrimiento. Sin hablar de sus remordimientos, que acuden a su pecho con la sopa que ustedes dejan discretamente a la entrada de la gruta.

He aprendido que mejor se sucumbe a la carne en la desolación. Cuando se está huyendo de un amor, hay otro que señala el camino para salvarse. Naturalmente, ambos corren peligro. Pero tampoco hay amor sin la amenaza de la espada. El problema es Álvaro, que puede aparecer sin previo aviso. No quiero pensar en la actitud de ese español fogoso sorprendiendo la desnudez de Leonora disfrutada justamente por un hombre de Dios. Pienso también en los otros hermanos de esta pobre orden, todos presa de los celos.

Perdóneme, abad, no estoy aquí para insinuar nada que lo ofenda. Pero ¿se atreve a negar que alimentan ustedes entre sí afectos fuertes? ¿No deslizan su mano sobre la del otro con el pretexto de pasarse el pan? ¿No se equivocan de celda y allí se quedan, en domicilio equivocado, durante un tiempo que excede los límites de la cortesía? ¿No se ruborizan cuando los ojos se descubren heridos y empañados por una mirada de sospecha, que es la fantasía queriendo imponerse en la vida de todos?

Discúlpeme, abad, no he querido decir que sea *gay*, ni usted ni sus compañeros. Pero la vida humana no es un simple arbusto, pide calor, lágrimas, la emocion que empuja el sentimiento hacia el mar, y cómo renunciar entonces a su vértigo. No seguiré con el tema si molesta tanto. Pero si quiere a la mujer, luche por ella. Nadie mejor que Leonora para apreciar a quien la aparte de las promesas hechas en un momento de hastío. Ella es sevillana, con la piel aceitunada, el aceite del amor. ¿No le dice nada esta realidad?

Antes de atravesar el portal, un último aviso. Álvaro no vendrá solo. Carlos le pisa los talones. Tendrá pues que enfrentar al novio traicionado y al hermano vestido de negro, en señal de luto. Considero a Carlos el peor de los dos. Es implacable en la defensa de su padre. Desde la mañana, antes incluso de cepillarse los dientes, jura venganza. Y no me pida, abad, que lo aparte de esta historia. No puedo despojarlo de su propio destino, de su derecho a intervenir en la intriga familiar. Puedo casi oírlo ahora, a pesar de la distancia. Su respiración imponente de león africano. Siempre exagerado en los gestos. Y en sus sentimientos para con la hermana. No sé por qué lo he llamado león. Podría haberlo llamado avestruz. La verdad es que ciertas imágenes son para mí pájaros que se posan cerca del tiempo justo como para que me sirva de ellas, inadvertidas. Algunas me comprometen, otras llegan a redimirme. Tal vez cuente con las últimas para mejor exponer mi corazón.

Preciosilla es una cortesana. Siguiendo la moda antigua, usa falda plisada, muy roja, y sus ojos son de carbón encendido. Sigue los pasos de los ejércitos italiano y español. En los momentos de tregua, sirve a los dos al mismo tiempo y con rara diligencia. El dinero, fruto de su empeño, lo manda por correo, en aquella época hecho de patas, crines, y el sudor de un hermoso bayo. Su aldea se sabía destinada a la riqueza en cuanto el animal se anunciaba al galope.

Su vocación por los brocados, los carruajes y los soldados que le proporcionan cotas de sueño, le permitía sonreír. Mucho habría que decir, pues, de Preciosilla, si llegase a adquirir relieve en esta historia.

Temo, sin embargo, que su papel sea aquí modesto y pasajero. No pasará de cinco minutos de lectura. Me encantaría concederle más, pero no puedo. Me resulta incluso difícil ponerla bajo mi custodia cuando le prometo vida tan breve. La culpa no es mía. Verdi exigió su presencia, sin darme explicaciones. Supongo que en la juventud llegó a tenerla en su propio lecho y le prometió entonces la gloria. Y cumplió la promesa. Lo que no es de extrañar pues se trataba de un caballero italiano, celoso de la palabra dada. Realmente, ella es una mujer encantadora, que el tiempo y la profesión no han consumido todavía. Y tan verdad es lo que os digo que hasta Melitone la invitó a jugar a los naipes.

Le confesó en seguida la castidad, dispuesto a defenderla de cualquier ataque suyo. Era un estado que ya no le costaba el esfuerzo de antes para mantenerse. Habituado a vivir solo con su propia carne, podía imaginar no obstante cómo sería el placer compartido entre dos. Preciosilla no insistió. En vez de dinero, cuénteme la historia de este texto en que estamos todos inmersos, fuera de nuestra voluntad, y que apenas se está haciendo.

No puedo ayudarte, cortesana. Sólo sé que la labor de un cronista se perfecciona cuando se aturde con las palabras. Quien me aseguró la precariedad mágica de esta función fue el propio abad. También él tuvo en su juventud veleidades literarias. Creyó mejor, no obstante, servir a Dios. Con Dios, él mismo fijaba los hábitos, que no se alteraban con los años. Si él fuese cronista, no haría otra cosa sino rectificar la palabra confesada en la víspera.

Melitone temía que la mujer le descubriese el espíritu de aventura. No coincidía con su estado. Se avergonzaba de haber aspirado siempre a tierras y seres nuevos. En mi convento, hay un ermitaño escondido en la gruta de estalactitas y estalagmitas. Y, a pesar de la sopa y del pan con el que lo proveemos diariamente, continúa delgado e inmerso en la sombra.

¿Será este ermitaño más importante que nosotros en esta historia?, se inquietaba la cortesana. Mejor será que bailes, dijo Melitone. Ella acariciaba especialmente a los desertores. Muchos habían abandonado el batallón, próximo a Velletri, donde la lucha se decidía. Se esforzaba en borrarles de la memoria el fuego del hogar casero en la tienda de mil lienzos.

Melitone suspiraba ante el recuerdo de la llave guardada durante años en la cintura. Abrir la puerta del convento y cerrarla en los días de fiesta había sido su tarea más delicada. El abad le perdonó que cambiase el convento por las batallas, sospechando desde hacía tiempo que Melitone traicionaba su vida cotidiana. Siempre amenazaba con la huida, aunque con ansias de regresar. Debo aprovechar mis últimos años de vitalidad. Voy sabiendo que volveré a mi función de Pedro con las llaves del cielo en la mano.

Lo movía el deseo de la aventura. Despertar en tierras extranjeras, sin saber dónde había estado la noche anterior. Puedes irte, dijo el abad, pero no olvides el camino de vuelta a casa, la casa es siempre el ajuste final del largo engranaje. Él agradeció que le diese carta blanca. Su libertad se sentía menoscabada con tales advertencias en el bolsillo.

¿Desde aquí hacia dónde iremos, don Melitone? Quería Preciosilla un mapa, seguramente en poder de Nélida, que contase con escasas líneas para que al día siguiente se pudiese dibujar, en forma de istmo o península, las que faltasen. Al fin y al cabo, ¿no se podría heredar la tierra entera de una sola vez?

No lo sé, dulce cortesana. Pero, mientras ignoramos todo, ¿no será aquel hombre don Álvaro, el famoso asesino del marqués de Calatrava?

Lamento comunicar a los lectores que Preciosilla, la cortesana amiga de Verdi, que tan amablemente nos rodeó de cuidados, se prepara para dejarnos, ya en el próximo párrafo. He hecho lo posible por mantenerla en nuestra compañía. Pensé incluso en invitarla a visitar

España, que no está tan lejos. Seguramente le habría gustado la idea. Pero, sujeta a las exigencias históricas, tuve miedo de infringir disposiciones superiores a mi voluntad. Y además, Leonora y Álvaro no tardarían en reprenderme. Amenazados, sin duda, por una presencia que exhalaba permanente fruición y olor silvestre.

Me fastidia, sin embargo, la pérdida de un personaje con quien he convivido tan poco. Me queda la esperanza de que, al abandonarla, le he permitido la felicidad. El derecho de envejecer en su Italia renacentista, alimentándose diariamente de una pasta *al succo* que, para llegar a su plato, no vaciló en atravesar mares exóticos.

Se hizo las primeras abluciones con las manos trémulas. Sin la fuerza de costumbre. Álvaro dejaba el lecho, armado especialmente para morir, con un rubor en las mejillas que se debía a tanta leche tibia, a la manteca de cerdo, y a los caldos de repollo. Había vencido a la muerte por extraña estrategia de la vida, había reconocido el médico. La vida es un melocotón de color vibrante, rió él desafiando a Preciosilla a bailar. Ella se sintió lisonjeada. No todos los días tenía un oficial en la cama. Ellos se resistían, eran también elitistas en el sexo.

El entendimiento fue rápido, la temperatura del cuerpo y el número de acrobacias variarían según el peso de las monedas. Melitone defendió valores, la mujer en la guerra alcanzaba una cotización que no podía pretender en tiempos de paz. Ésta era la justicia del mercado. Álvaro coincidió, sobre todo porque ella exhalaba olor de jazmín. Como prueba de estima, el fraile los acompañó hasta la tienda. No iría más allá de la entrada. Sería discreto con los propios ojos. Ya les daba paso, cuando don Carlos se interpuso.

Tú no eres Federico Herreros. Eres un embustero cuyo nombre ya he descubierto.

¿Y quién soy, ya que sabes más que yo?

Más que un nombre, tú tienes estigma de asesino. Y asesino de mi padre, el ilustre marqués de Calatrava.

Yo no maté a tu padre.

De nada sirve la mentira. Toda Sevilla puede declarar en tu contra.

Por favor, Félix Bornos, o mejor, Carlos de Vargas, vamos a olvidar este lamentable episodio. Ya te he dicho que soy inocente. El arma sí es la culpable.

Tú y la puta de mi hermana premeditasteis el crimen, y todo para recibir la herencia por anticipado. Siempre has sido un pobretón, y necesitabas el dinero de mi hermana para montar una casa, andar en carruaje, vestirte de seda y de brocado.

¿Acaso piensas que las Indias no me dieron dinero? Vivo bien y soy honrado. Más honrado que rico, la verdad sea dicha. Carlos, seamos amigos fraternos, salgamos en busca de Leonora. La pobre vive en la penuria y está todavía esperándonos. Larguemos esta guerra, estos piojos, dejemos a los reyes la firma solitaria de los armisticios. Volvamos a las Españas tan amadas como difíciles y seremos felices para siempre en Sevilla. Olé.

Don Carlos desenvainó la espada, listo para atacar. Dibujaba a distancia el rostro de Álvaro, su nariz estremecida, en un ejercicio de intimidación. Álvaro no tenía intenciones de usar el arma ya unida a su mano derecha. Se movía, no obstante, sin pretender gestos vencedores. Qué culpa tenía de los ágiles dedos. Lo llevaban hasta donde se podía considerar propiedad de Carlos, con su pecho velludo adornado de seda. Carlos cayó al suelo atravesado por tal espada, que penetraba en una carne que Álvaro, ni por asomo, había pretendido herir. Y parecía morir, o al menos imitaba el clásico suspiro de los moribundos. Sobre todo gemía, para atraer la piedad de Álvaro que, claro está, no quería presenciar su final. Llamó a su ayudante de campo, cuando muera el caballero, lo que ocurrirá dentro de cinco minutos, entiérrelo decentemente. Es de familia noble, gran heredero y, por encima de todo, un legítimo español.

Perdone la pregunta pero hacia dónde piensa usted seguir, justamente en medio de esta batalla, que tiene casi la importancia de Lepanto.

Estoy cansado de matar a los miembros de una sola familia. Me voy al convento, a purgar como pueda mis pecados.

El abad admitió a fray Rafael, entre los muros de la congregación, sin exigirle explicaciones. El nuevo fraile casi no hablaba, tenía un temperamento fuerte por el modo como masticaba las hierbas. Se expresaba con los dientes apretados, para que no le identificasen el habla andaluza. Por la noche, el abad lo sorprendía en medio del cansancio, con la expectativa de que el sueño revelase orígenes y ansiedades. Las oraciones, sin embargo, favorecían a fray Rafael. Sacudía la cabeza como un caballo, echando polvo y hebras de pelo sobre el catre.

De vuelta a Italia, escritos a suspiros en el pecho el nombre de Preciosilla y los episodios de caza que abarcaban a Carlos y Álvaro, Melitone previno al abad. No le haga más preguntas. Este fray Rafael, que todos consideran santo, pues actúa como tal, no es otro que don Álvaro.

¡Don Álvaro! ¿Cambió él de nombre otra vez y se refugia ahora entre nosotros? El abad pidió sólo cinco minutos de tiempo, tengo mucho que pensar, Melitone. Y pensó: qué hago si mi rival se encuentra entre nosotros, próximo a Leonora, objeto de mi inquietud. ¿Acaso lo envió Dios para apartarme de las tentaciones, queriendo demostrarme que pertenezco sólo a Él y que al fin deben unirse los dos amantes, y tan es verdad esto que sólo algunos metros los separan? No, ni siquiera Dios tiene el derecho de premiar la lujuria. He de esconder a Leonora. Rafael sólo la tendrá de nuevo después de al menos veinte años de sufrimiento. Cuando pasen estas dos décadas, y no se ciernan más dudas sobre la cronología, volveré a pensar sobre el asunto.

¿Estás seguro, Melitone? Las gotas de sudor le invadían el rostro. Parecía haber corrido en una pista de arena, en su prisa por aprovechar al máximo los cinco minutos que había pedido.

Estoy seguro. Lo vi en la hermosa Italia, poco antes de matar a don Carlos, hermano de doña Leonora. Aquella morena que huyó de Sevilla y nadie sabe dónde está ahora escondida.

Qué cotilla eres, Melitone. Ah, Señor, le agradezco la ingrata decisión tomada hace poco, antes incluso de saber que Álvaro había cometido un segundo crimen en nombre de un amor pecaminoso.

Si yo no difamase, nadie sabría nada de Leonora y Álvaro. O si no los habría olvidado. ¿Y cómo podría prolongarse la historia humana?

Después de la campaña italiana, Melitone se había vuelto tan audaz que parecía navegar sobre las piedras del convento. El abad aplaudía a este nuevo barco que les llegaba de visita y les traía tácticas y brocados venecianos. El convento tenía gran necesidad de la presencia de otros países. Desde hacía tiempo le inquietaba tener a Leonora como única vecina. Capaz de arrancarle, en cualquier momento, gritos de placer que los otros hermanos oirían. No quería aquel territorio manchado de sangre, todos disputándose a la misma mujer.

Ya no debía Melitone llevarle realidades incompatibles con la vida del convento. Y ya estaba dispuesto a desafiarlo cuando Carlos, a la puerta, pedía permiso para entrar. Según había sabido, fray Rafael, cuya imagen por los prados era vista como santa, era la máscara actual de Álvaro, asesino del padre, y de él también si, por obra de ciertas hierbas mágicas, no hubiese al fin sobrevivido. Que no le preguntasen cómo había logrado llegar al convento, un cazador siempre recupera los rastros perdidos. Sólo el tiempo se había desvanecido para siempre. En la faltriquera no guardaba más que un domingo de pascua. Era todo lo que le quedaba. Allí estaba, sin embargo para vengarse. Pero antes de matar a Álvaro, habría de llamarlo cobarde, no has hecho nada más que abandonar las cosas vivas, jamás has tolerado a los que tenían la sangre ardiente y la altivez de los gitanos de Sevilla.

Pidió agua con azúcar. El discurso se prolongaría, a pesar del desenlace de su historia que, no obstante, prometía ser trágico. De nada serviría que el abad, a quien naturalmente respetaba, pidiese clemencia en nombre de Álvaro. Claro que lo escucharía. Que hablase, pues; comprendía los deberes del clero. No se deciden en la tierra los destinos previstos en el cielo, hermano Carlos. Por qué habría de hacer justicia él, cuando la verdadera justicia sería dejar que Rafael penase en el convento, privado de la abundancia, las mujeres, los naipes y el vino. Que supiese que allí sólo sentían el gusto rojizo del vino los domingos y días de guardar. Durante los otros días del mes, tomaban la precaución de cerrar con candado la bodega, donde los buenos vinos licorosos se mantenían a una temperatura ideal.

Desde hace mucho hemos optado por el sufrimiento. Y diariamente arrastramos a Rafael a nuestra compañía.

Reconfortado con el agua azucarada, Carlos rechazó los argumentos abaciales. Tales castigos no le parecían suficientes para Álvaro. La vida es siempre un presente, para un hombre el suspiro es el comienzo de la felicidad. Si no lo mato ahora, cuando me hierve la sangre, pronto tendré cincuenta años y mis dientes habrán quedado en el camino. Apártese señor abad.

No puedo aceptar ese tipo de justicia.

No se trata de justicia, sino de descubrir quién va a quedar para contar esta historia.

Las señas del abad protegían a Rafael. Lo quería en la penumbra, sirviendo a Dios. Carlos le impidió los avisos. Obedézcame, Melitone, pidió el abad. Carlos cerraba el paso a Melitone, ¿a dónde piensa ir, hermano sinvergüenza?

Ustedes me buscan, dijo Álvaro, vestido de Rafael.

¡Ah, don Álvaro, pensabas escapar de mí! Carlos había adquirido en campos italianos la desagradable costumbre de poner los brazos en jarras y de contonearse al equilibrar el cuerpo.

¡Otra vez tú! Ya no soporto más tu obstinación. Cómo es posible, Carlos. ¿Es que no te cansas de fingir que mueres, de fingir que vives y de andar pisándome los talones?

Mientras uno de nosotros se obstine en vivir, el otro se obstinará en perseguirlo. Y a Leonora también. Esa desgraciada me las pagará.

Dios bendiga a los hombres tronantes, con eterna sed de venganza. Si no fuese por sus códigos del honor y por sus severos cultos, no nos quedaría mucho material de trabajo. Pero tal vez la ansiedad de Carlos obre a mi favor. La verdad es que hace mucho que pienso si debía tragarme a estos personajes o simplemente hacerlos felices, contradiciendo a Verdi, que los condenó al martirio. ¿Tendré yo, sin embargo, el poder de modificar el odio y entregar estas criaturas a los tiernos sentimientos?

Lo que tú quieres es la herencia de Leonora.

Quiero recuperar mi honor. Y tú, Álvaro, debes devolvérmelo.

Otra vez la mano de Álvaro domina la espada que, precavido, Carlos le ha alcanzado. Para campo del honor eligieron el área frente a la caverna donde se alojaba Leonora. Había allí espacio para matar y morir cómodamente. A pesar de las semanas dedicadas a las oraciones, Álvaro conservaba un espléndido dominio corporal. Moviéndose a ráfagas, su brazo a veces alcanzaba las ramas más bajas.

Cansado de recorrer la distancia entre Italia y España, Carlos tenía dificultades para desplazarse. Álvaro lo esquivaba siempre. Como una trucha de las montañas altas, rozando veloz con sus escamas las piedras del río. Meditó sobre su propia imprudencia, primero tendría que haber descansado, adelgazado al menos cinco kilos, estos malditos cinco kilos de más de tanto comer *pasta* italiana, y entonces sí desafiar a este deshonesto Álvaro, a quien las

plegarias, el reposo y los ayunos han vuelto más joven, delgado, nervioso. Lucha conmigo con la furia que yo necesitaba demostrar.

Qué azar, estaba justamente diciendo cuando el arma de Álvaro alcanzó su pecho, cerca del corazón. Sobre semejante dolor, nada tenía Carlos que decir. A él se había habituado desde la lucha sostenida en Italia. Pero ahora exigía confesión, quiero la presencia de Dios en la hora de mi muerte.

¿Y vas a morir de verdad esta vez?

Esta vez va en serio, Álvaro. Voy a morir, sí. Fíjate cómo la sangre aflora vieja y pestilente. Vamos, hombre, haz algo. Al fin y al cabo, tú también eres fray Rafael. Pronuncia algunas oraciones de prisa. Antes de que me muera.

Álvaro acomodó la cabeza enemiga sobre una piedra. No veía razón para buscar almohadas. No le debía servicios extras. Por su causa, iba a volverse asesino de nuevo. La furia que le dominaba el pecho no le dejaba espacio para recordar que también era un religioso a quien un herido, ante la inminencia de la muerte, podía exigir el cumplimiento de sus funciones.

Carlos insistía, ante semejante indecisión. Sólo que ahora con menos aliento, ya le iban faltando las fuerzas. Álvaro se negaba, no puedo, lo siento mucho. Voy a conseguir alguien que me sustituya. Miró a su alrededor, con la esperanza de que el abad estuviese cerca. Vio una caverna, donde algún ermitaño meditaba. Tenía la certeza, por mera asociación cultural, de que se trataba de un santo, un santón encogido cuarenta días sobre un tronco de árbol, viviendo de hierbas y langostas, tal era su fanatismo.

Santo hombre, de prisa, aunque Roma no lo haya consagrado, conceda la extremaunción a una pobre criatura gravemente herida.

Leonora se peinaba con una espina de pescado, uno de los últimos regalos del abad, que siempre la sorprendía con tales gentilezas. La llamada la golpeó con fuerza, qué hago, Dios mío, estoy perdida. El abad había instalado una campana en la caverna para casos de peligro. Resérvela para el delirio y el miedo, no vacile entonces en llamarnos.

Leonora la hizo sonar repetidas veces, obedeciendo al abad. La venció la curiosidad, sin embargo, y llegó a la entrada de la gruta. Álvaro la reconoce primero. ¡Leonora, soy yo! Álvaro, grita Leonora. ¿Qué estás haciendo aquí? Y si no obedecen al impulso del fuerte abrazo, hace mucho tiempo soñado a través de España e Italia, es porque los contienen los hábitos religiosos, aquellos votos pegados a sus pechos respectivos.

Mientras pronuncian Álvaro y Leonora al mismo tiempo, van narrando sus avatares desde la separación. Leonora protestando sobre todo por el abandono en que vivía, por su causa. Nervioso, Álvaro le habla de Carlos, gravemente herido, obra exclusiva de su agilidad de espadachín. ¿Dónde? A pocos pasos de allí. Sería muy fácil abrazarlo. Y antes de pedirle moderación, y porque hace mucho deseaba el ejercicio y aire libre, Leonora va al encuentro de Carlos. Quizás llegue a tiempo de pedirle perdón. Lo que Carlos decidiese, tendría la aprobación del padre muerto.

Ah, eres tú, Leonora. Carlos quería comprobar el olor que lo había acompañado desde el nacimiento. Él la vio nacer, ella no lo había visto venir al mundo, aunque salidos de la misma madre. Este privilegio de Leonora había sido siempre su dolor y, así mismo, la fuerza de su sentimiento.

Le pasó la mano por la cara. Nunca te he visto tan blanca, hermana mía. Pero la muerte ya venía al galope. No permitía otras confidencias. Disponía de menos de un minuto para hundirle el cuchillo en el pecho. Carlos se incorporó, no debía su hermana olvidarse de morir, ya que no había podido eliminar a Álvaro, rival y asesino. Actuó con rapidez, un golpe seco, la mano le tembló ligeramente.

Pendiente ahora de su propia muerte, que le llenaba todo el tiempo libre, Leonora deja que su hermano muera solo. Arrastrándose por el suelo, va al encuentro de Álvaro.

¿Qué penitencia es ésta? La criatura de Dios mejor está de pie, se extraña el abad.

De tanto convivir con una serie de ilustres muertos, de intimar con las convulsiones, Álvaro diagnostica la muerte de la amada para los próximos cinco minutos. Entre llantos, le informa al abad, ¿no se da cuenta, tontainas, que se trata de la muerte de Leonora, que le ha llegado finalmente la hora?

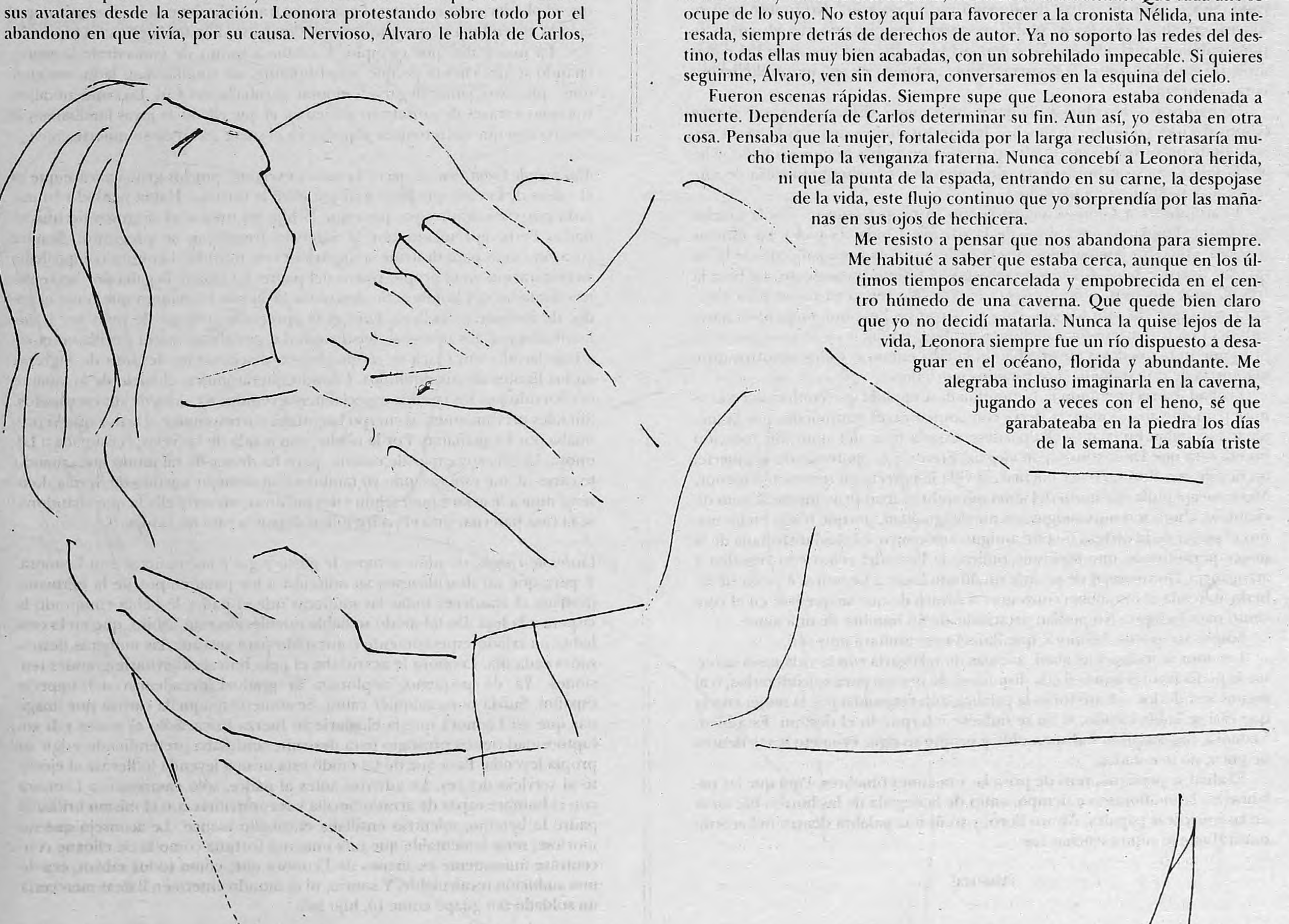
Leonora aplaude sus palabras. Por fin alguien demostraba allí buen tino. El amante aprendía rápidamente a vivir. Unos años más tarde estaría maduro para una mujer. Lástima que no fuese ella. Es verdad, como os habréis dado cuenta, que mi hermano Carlos no ha querido perdonarme. Desde pequeño fue siempre cabezotas y exigente, tanto si se trataba de un caramelo como de una cometa. Y además siempre tuvo la suerte de pillarme distraída. Pero también, cómo iba yo a desconfiar. En el fondo, siempre me sentí su preferida, a quien, más que herir, acariciaba. Que Dios me perdone en esta hora amarga. Rece por mí, abad.

No puedes abandonarme así, sin más ni más, dijo Álvaro.

¿Y por qué no puedo? Éste es un asunto de familia, entre Carlos y yo. Y además estoy harta de esta historia, de esta *Fuerza del destino.* Que cada uno se ocupe de lo suyo. No estoy aquí para favorecer a la cronista Nélida, una interesada, siempre detrás de derechos de autor. Ya no soporto las redes del destino, todas ellas muy bien acabadas, con un sobrehilado impecable. Si quieres seguirme, Álvaro, ven sin demora, conversaremos en la esquina del cielo.

Fueron escenas rápidas. Siempre supe que Leonora estaba condenada a muerte. Dependería de Carlos determinar su fin. Aun así, yo estaba en otra cosa. Pensaba que la mujer, fortalecida por la larga reclusión, retrasaría mucho tiempo la venganza fraterna. Nunca concebí a Leonora herida, ni que la punta de la espada, entrando en su carne, la despojase de la vida, este flujo continuo que yo sorprendía por las mañanas en sus ojos de hechicera.

Me resisto a pensar que nos abandona para siempre. Me habitué a saber que estaba cerca, aunque en los últimos tiempos encarcelada y empobrecida en el centro húmedo de una caverna. Que quede bien claro que yo no decidí matarla. Nunca la quise lejos de la vida, Leonora siempre fue un río dispuesto a desaguar en el océano, florida y abundante. Me alegraba incluso imaginarla en la caverna, jugando a veces con el heno, sé que garabateaba en la piedra los días de la semana. La sabía triste



también, una mujer de su temperamento sujeta a la propia voluptuosidad y a los cariños que sus manos le daban.

Al despedirse del abad, firme en dirección a la caverna, rehusó mirarme. Lo mismo intenté hablarle, recoger su última declaración. El orgullo de aquella mujer me vedaba el paso, no consentía la piedad. Tal vez tuviese miedo de dejarse tentar por el mundo que yo representaba. Así que nos despedimos. Suponía que yo le interpretaría el gesto, o confió en salir un día de allí triunfante, arrancada de la oscuridad por el amor de Álvaro y el perdón de Carlos. Me hizo creer, en su última mirada, que la vida que le tocaría vivir, desde aquel momento en adelante, habría de ser secreta, que no me entrometiese yo con mi poder, mejor que me callase, aun disponiendo casualmente de informaciones.

Leonora tenía razón. Si ella había aceptado la oscuridad, la tristeza de las cabras que allí la habían precedido, me correspondía respetar sus exigencias. Muchas veces rondé discreta su difícil casa. El único abrigo contra la lluvia, la luz, la floración de la vida. Algunos de sus suspiros llegué a guardarlos de recuerdo. Ignoro a quién se dirigían, tal vez fuesen delicada manifestación de un dolor hecho de materia que sólo ella identificaba.

En estos casos, me apartaba de prisa. Temía que Leonora, atraída por algún ruido, me descubriese. Yo había comenzado a deberle gestos delicados. ¿Se han dado cuenta los lectores de que casi no mencioné su exilio, no describí nunca las condiciones de la caverna, y todo lo hice para que creyeran con qué facilidad aceptó Leonora ese destino? En esos momentos, sin embargo, comencé a perderla. Iba anulando mis derechos a la vida que ella montaba con dificultad y que respeté.

Álvaro se había convertido en nuestro único vínculo. Cuando quería verla, porque la añoranza llamaba a mi puerta, iba al encuentro del hombre. Pero él ya no era el mismo. La campaña italiana le había arrancado la última nobleza del rostro, y las oraciones, que llegaron más tarde, acabaron por ennegrecerle las facciones. Veo ahora hasta qué punto, por arrogancia, no quise admitir que ya los había perdido. Antes incluso de que Carlos hiriera mortalmente a Leonora.

Me da pena ver a Leonora en el suelo, entregando la vida con rabia e inutilidad. Le duele el cuerpo y no puedo ayudarla. Su pérdida me provoca grietas en el pecho, sufro. Es un sentimiento difícil, tal vez inexplicable. No sé de qué modo hemos estado unidas a lo largo de esta historia. Qué habrá significado Álvaro para mí, hasta dónde caló en mi corazón. No quiero que se muera, creedme, por favor. Quizá, cerrando los ojos, no vea yo cómo se pone pálida su piel aceitunada, cómo sus ojos afligidos buscan la luz como arma de combate contra la oscuridad que, instalada en su cuerpo, le devora voraz el corazón.

¿Tengo acaso derecho de llamarla amiga mía? ¿Besarle la cara? ¿Entre llantos decirle, yo te quiero mucho? Ignoro los límites de mi vida, si me corresponde perturbarla con un afecto fuerte que ambas hemos probado, y he ahí la sal en nuestras bocas. Ésta, sin embargo, es la simple historia de una historia. Y yo su discreta narradora.

Álvaro abraza a Leonora ocupada con su propia muerte. Había mucho que hacer, limpiar la casa antes de la partida. Cuidar la piel y las últimas muecas. Volverlos compatibles con la belleza que la acompañó desde la infancia. Álvaro le hace difícil, sin embargo, el último tratamiento. Le besa la frente, lame sus ojos, quiere inyectarle vida. No tengo ya razón para vivir, grita, para que ella aún lo oiga. Para su sorpresa, Leonora, empeñada hasta entonces en ordenarse los cabellos, responde, también yo lo creo, no sería justo que tú te quedases aprovechando la vida mientras todos nosotros, protagonistas de esta tragedia, nos estamos muriendo.

El abad iba recuperando la tranquilidad. A medida que confortaba a Leonora para que abandonase la tierra con confianza, el sentimiento por la mujer se atenuaba. En cuanto ella partiese, estaría libre del amor. Su vocación no era otra que Dios, sonrió con alegría. Frente a la apoteosis de la muerte, un desfile con flores, risas y bocinas, la vida le parecía un testimonio menor. Melitone aplaudía el triunfo del alma mirando al abad firmemente. Como diciéndole, ahora seremos amigos, en pie de igualdad, porque tengo en las manos el poder de la certeza de este antiguo amor suyo. El abad disfrutaba de la mujer permitiendo que Melitone puliese la llave del reino con regodeo y arrogancia. No sin dejar de pedirle un último favor a Leonora. A pesar de saberla atareada ahora, debía convencer a Álvaro de que se quedase en el convento para siempre. No podían prescindir de un hombre de oraciones.

Somos tan pocos, Leonora, que Rafael nos resultará muy útil.

Leonora se indignó, el abad, además de castigarla con la vida en la caverna, le pedía favores como si ella dispusiese de tiempo para considerarlos, o al menos atenderlos. Álvaro tomó la palabra, aún respondía por la mujer con la que casi se había casado, si no se hubiese interpuesto el destino. Está bien, Leonora, hago aquí lo indispensable y pronto te sigo. Prometo verte dentro de poco, no te enfades.

El abad se persignó, rezó de prisa las oraciones fúnebres. Para que las palabras en latín aflorasen a tiempo, antes de la llegada de las hordas bárbaras de las encíclicas papales. Álvaro lloró, y su última palabra dentro del acorde musical que le cupo escuchar fue

¡Muerta!

Dramatis Personae

Álvaro: pequeño noble español, aventurero, hasta el encuentro con Leonora. Presentado a la doncella en el baile del rey, le contó su vida y su particular empeño en explorar la tierra, incluidas ballenas y mujeres. A medida que disertaba sobre el pasado, con la promesa del futuro, por la mirada de Leonora que englobaba en la misma retina los mil rostros de aquel baile, se descubrió modesto y de carácter vacilante. La doncella exigía del hombre trazos firmes, que la guiasen en su camino hasta el centro de la tierra, allí donde están el fuego y la maravilla. Junto al espejo biselado, vio Álvaro su propio espíritu de aventura constituido de pillajes, discretos paseos en barca por las aguas comunes del Atlántico, que ya no ofrecían como antaño peces gigantes con escamas que imitan la piel del ser humano. Trató de desterrar el antiguo orgullo que un día el comején devoraría. Leonora le hizo ver que, además de las Indias, estaban las propias Indias. Él no había estado allí, salvo en sueños. Durante todos aquellos años, había servido al rey por casualidad. Para Álvaro, sin embargo, vivir tantos sentimientos a la vez significaba un desacuerdo con la vida. No estaba preparado para situaciones que abarcasen análisis diversos. Pero Leonora, compensando de tal modo la educación ramplona que él recibiera de sus padres, insistía en que probase el fuerte sabor del amor y de la muerte hasta aprender a distinguir estos finos paladares y, como príncipe, se nutriese de ellos.

Leonora: doncella de Sevilla que, de visita en París, cumplió su sueño. Hasta la muerte, la reverenciaron por su proclamada pureza. No tuvo mácula, y en Andalucía algunos exaltados murieron por su honra. Y esto a pesar de las insinuaciones forjadas por Curra, la ingrata criada, que la amamantó para que no le faltasen fantasía y altivez junto a la leche del pecho. Desde pequeña, guiñaba los ojos andaluces con el fin de que dudasen de sus discretas invitaciones. Todas dirigidas a las figuras de la nobleza, esclava como era de las reglas cortesanas, sabía bien a quién interpelar. Bajo el amparo de un sólido apellido, agradecía a los padres el esfuerzo en transmitirle semejante legado, sin mencionar la fortuna. Encontró en Álvaro, el militar, un pozo profundo en cuyas aguas se podía zambullir para tan sólo descubrirlo seco, al final de la travesía. Aun así, fue él el pretexto para que ella iniciase un viaje en el que aprendió a dominar las peripecias que llegaban a sus pies. Controló a Álvaro con leyes que él obedecía sin rechistar. Leonora se tranquilizaba con la jerarquía que el amado aprendió a tragar junto con el desayuno. Ella tenía elevadas aspiraciones. La mariscalía, por ejemplo. Y estaba a punto de concederle la mano, cuando se dio cuenta de que aquel hombre, de rodillas a su lado con cualquier pretexto, jamás llegaría a montar el caballo del Cid. Lo condenó al ostracismo a través de un retrato al óleo en el que ella lucía joyas familiares y la sonrisa con que entretendría al padre en el suave lecho de su muerte.

Marqués de Calatrava: al nacer Leonora exclamó, por los gritos parece que es el varón de la casa que llega a disputarme la fortuna. Había pensado en matarla por vía intrauterina, para que la hija no tuviese el disgusto de traicionarlo. Pero, apremiado por la vigencia freudiana, se preguntó: ¿tendré corazón como para destruir la mejor obra de mi vida? Leonora comprobaba su respiración en el propio rostro del padre. La vida le llegaba por las ventanas dilatadas del hombre. Se descubría bella por la manera que tenía el padre de imitarle su belleza. Pues él la apreciaba, a pesar de pulir las armas familiares con los vestigios de su vaho. Le gustaba recorrer Sevilla en el carruaje lacado, cuya laca se resquebrajaba diariamente, después de ingresar en los límites de sus dominios. Cuando quería mujer, el suelo de la amante era barrido por los criados especialmente venidos a cuidar de sus escrúpulos. Sin tales precauciones, al cuerpo le costaba corresponder al ardor que lo premiaba por las mañanas. Por la noche, con ayuda de las velas, reclamaba a Leonora. Un día soy capaz de casarte, pero ha de ser de tal modo que, cuando te cases tú, me esté casando yo también con el mejor partido de Sevilla. Leonora nunca le aclaró que, según tales palabras, no sería ella la que abandonase la casa paterna, sino el padre quien dejase la casa de la hija.

Carlos de Vargas: de niño siempre le gustó jugar a las muñecas con Leonora. Y para que no descubriesen su adicción a los pasatiempos de la hermana, destruía al atardecer todas las muñecas que el padre le había comprado la víspera a la hija. De tal modo se había establecido este hábito, que en la casa había un criado especialmente contratado para sustituir las muñecas destrozadas cada día. Leonora le acariciaba el pelo buscando evitarle grandes tensiones. Ya de pequeño, deploraba la gradual decadencia del imperio español. Sufría por cualquier causa. Se sometía a aquella caricia por imaginar que así Leonora elogiarle su fuerza física. Sólo el poder y la voluptuosidad tienen prestigio para destruir, confesaba pretendiendo erigir su propia leyenda. Para que de tal modo esta misma leyenda lo llevase al ejército al servicio del rey. Le advirtió antes al padre, sólo casaremos a Leonora con el hombre capaz de arrasar Sevilla y reconstruirla con el mismo brillo. El padre lo bendijo, mientras ensillaba el caballo blanco. Le aconsejó que no muriese, sería lamentable que una inmensa fortuna como la de ellos se concentrase únicamente en manos de Leonora que, como todos sabían, era de una ambición incalculable. Y sonrió, ni el mundo entero en llamas merecería un soldado tan guapo como tú, hijo mío.

Curra: el nombre es extraño. Pero fue nombre de pila, toda la familia celebró el bautismo. Moza de cámara, antigua ama de leche, su experiencia también le daba el título de criada de la vida. Sabía mejor que nadie de qué eran capaces los ojos de Leonora cuando querían cautivar al mundo. Había logrado contarle quince mil expresiones exactamente, todas catalogadas en su memoria. Se disponía a este trabajo, apenas obligaba a Leonora a levantarse de

la cama. A veces confundía la ficha, consideraba a Leonora alegre y perversa cuando, en verdad, estaba alegre pero desatenta. Al descubrir su error, lloraba. De nada servía que Leonora intentase aliviarla del desengaño. Había que dejarla castigarse por una equivocación que ella al menos consideraba sumamente grave. Antes de que Leonora mirase a don Álvaro, en el barrio de Santa Cruz, suspirando por las naranjas amargas y al pie de la Cruz de la Cerrajería, adivinó cuántas expresiones usaría su ama hasta invitarlo a encontrarse a las nueve en el portal de los dominios de Calatrava. Fueron exactamente mil doscientas expresiones que la llenaron de orgullo por la exactitud numérica. Sin embargo, haciendo un balance de su vida, un único error la compensó: no haber perseguido a Leonora hasta París. Su castigo ahora era enumerar los días que vivía encerrada en la inmensa sala del palacio haciendo calceta. Y cuando lamentaba la ausencia de Leonora, se daba golpecitos en los hombros pensando por qué, al fin y al cabo, debería haber seguido a su ama por caminos que siempre consideraba impropios para una criada de su condición social.

Abad: apenas se libró de la vagina materna, la familia lo destinó al convento. Le alimentaron la vocación eclesiástica como fórmula para saldar antiguas deudas contraídas con una aldea vecina, que los improperios y la violencia del abuelo habían destruido parcialmente. El perdón no se destinaba propiamente a los ofendidos, sino a la sociedad que aún los condenaba bajo la vigilancia de la memoria. Él celebró que decidiesen en su nombre. No quería tomarse el trabajo de buscar un empleo al que debiese ajustarse como un guante. Y además supo también que sería fraile por poco tiempo. Le aseguraron el cargo abacial antes de su ingreso. Un cetro al que tenía derecho. La visita de Leonora al convento, y por breves horas, no impidió que él aspirase a la canonización en vida. Fue ella sueño frugal, propio de las largas abstinencias. Después de la muerte de la doncella, en la distante Sevilla, el abad cerraba los ojos como asegurándose de que la mujer jamás había existido, yo sí existo en el seno divino. Y al decir seno se estremecía, combatía veloz el segundo que traía a Leonora de nuevo a la conciencia. Nunca más la mujer habrá de vencerme, proclamaba entre el credo y el *kyrie eleison*. Ante Melitone, perdía el orgullo. Se adornaba con penas y humildad. La carne es poderosa, confesó frente al chuletón de un buey que habían regalado al convento. Se refería, evidentemente, al animal abatido, descuartizado, que adquiría color y sabor entre el fuego y las brasas.

Melitone: bufón, no. Mucho menos guerrero, aunque hubiese visitado Italia en época de memorables campañas. Mensajero, sí, una especie de informante. Agente de la CIA, de las comadres, de los cotilleos, y, para esto, tenía oído agudo, mente rápida, y el incontrolable deseo de acumular nombres, direcciones, filiaciones, no perdiendo nunca de vista el objeto de sus anhelos. No había rastro que se le escapase. Su vocación de perdiguero atraía a algunos compañeros hasta su celda. Con el pretexto de oírlo narrando historias que ellos mismos habían vivido sin darse cuenta. Su presencia en el convento estaría plenamente justificada por el modo, elegante y digno, de lidiar con llaves oxidadas y portones chirriantes.

Preciosilla: no se sabe en qué año de gracia su carne se consumió al fin por el uso y la añoranza de su aldea. Sólo se sabe que, integrada en el ejército vencedor y en el vencido, se reía mucho, puesto que poco rió a lo largo del texto que ahora está por acabarse. Y participa de esta lista, a pesar de sus rápidas intervenciones, porque es imposible descartarla sin herir los intereses de los guerreros convocados en rebeldía, quienes habrían preferido quedarse en su propia casa, si los reyes no hubiesen decidido que ciertas batallas divierten y enriquecen los manuales de los Clausewitz de occidente.

Verdi: componía música y no sonido, pues éste surgiría cien años más tarde con la eclosión de la electrónica. Inicialmente, Leonora fue un sueño exaltado. El trabajo febril, no obstante, lo premió con la realidad. Sin mencionar su amor, que superaba en mucho el de Álvaro por Leonora. Su índole perfeccionista proporcionó a la amada cuerpo y sentimiento. Y habiéndole asegurado vida, años después le pidió a Renata Tebaldi que, por favor, le prestase su voz a Leonora. A una y a otra, soberanamente cortejadas en el Teatro Municipal de Rio de Janeiro, las pedía también una ciudad llamada San Sebastián. Le concedió la Tebaldi tal arte e ingenio que, en el *foyer* de aquel teatro, se murmuraba que nunca se había visto a una Leonora tan deslumbrante. Ni siquiera en la cena del duque de Alba cuando Leonora, sin disculpas ni explicaciones, abandonó la mesa seguida por dos caballeros que la acompañaban presurosos hasta el carruaje dorado y palaciego, el mismo que Álvaro codiciaría en el futuro.

Nélida: no escribe por deporte y tampoco se deja seducir por el dinero. En estos casos, ella es muy noble. Conserva secretos sus motivos, carga con su propio enigma. No es éste el lugar para analizarlos. Tampoco ella lo permitiría, es celosa en exceso de su propia intimidad. Desde pequeña adiestró la mano derecha para enfrentarse con la pluma. El instrumento se reveló proclive a almacenar sólo palabras sensatas. Las mejores se le escapaban por la ventana, tal era su velocidad. Ya a los trece años se libró de este yugo utilizando las dos manos sobre una pequeña máquina Hermes que fue, en realidad, la que escribió sus libros. A ella sólo le ocupó el trabajo de firmarlos.

